



**SOLO
DAME
UN POCO**

MÁS

TANIA VILLAR

Solo dame un poco más

TANIA VILLAR

Copyright: Publicado en Amazon

CONTENIDO DE LA NOVELA

PRÓLOGO

ISABELA

VICENTE

Epílogo Isabela

Epílogo Vicente

Sobre la Autora

Tania Villar es una entusiasta y empedernida escritora de novelas románticas. Cada una de sus obras relata hechos vividos en el pasado o imaginados en una fría noche de la mano de un café caliente.

Cada una de sus obras reflejan la ilusión, el amor, el engaño y la pasión que nos rodea a diario. Muchas de sus novelas desbordan de placer, pero al mismo tiempo de ternura. Ningún relato está escrito al azar, ya que cada una de sus historias son fragmentos aportados de su propia vivencia o de una que otra de sus lectoras.

PRÓLOGO

Frente a mí hay una mujer muerta.

Al menos, eso es lo que se supone que es. En realidad, no tengo el hábito de cenar con los muertos.

Si alcanzaba mi mano al otro lado de la mesa, podía tocarla, pero ella no me veía. Ella no sabe que soy yo.

¿Se acordaría de mí después de todos estos años?

Estuve usando una máscara sobre mi cara la mayor parte de la noche que pasamos juntos. Esa noche fatídica nos salvamos el uno al otro, nos zambullimos juntos de cabeza en las oscuras profundidades de nuestra depravación, y luego ella se alejó de mí.

Durante cuatro años, ella ha sido mi obsesión. Muchos pensamientos sobre ella se introducen en mi cerebro y envuelven mi corazón. En medio del dolor sordo de la rutina, ella es el único punto brillante en mi vida.

Y ahora, todo mi trabajo duro ha dado sus frutos. La he encontrado.

Una vez que la encontré, fue fácil. Al menos me había demostrado a mí mismo que ella estaba viva, que yo no estaba delirando. Aunque todo el mundo creía que estaba muerta, yo sabía con toda seguridad que estaba ahí fuera, viviendo y respirando. Podía sentirla.

Quería pararme en su entrada y llamar a su puerta. Observar cómo una multitud de emociones revolotean a través de su adorable rostro. Sorpresa. Reconocimiento. Incredulidad. Pero sabía que estaría dominada por el miedo al momento siguiente. Y no quiero que eso suceda.

Así que busqué una agencia de búsqueda de pareja, de esas que abundan por Internet, y concerté una cita con ella para que pudiéramos encontrarnos aquí para cenar juntos en la oscuridad. Sin caras. Sin identidades. Solo palabras. Solo voces.

Se hace llamar Sara estos días. No es su verdadero nombre, por supuesto. Pero lo usaré de todos modos. No puedo despertar sus sospechas.

Quiero conocerla, conocer esta versión de ella. Y eso no sucederá si ella sabe con quién está hablando.

—Entonces, Sara, ¿qué haces? —pregunto. Una pregunta casual con tono despreocupado, apropiado para una primera cita a ciegas.

Bajo la superficie, una tormenta se desata. Lucho contra el impulso de arrancarla de su silla de comedor y aplastar su cuerpo contra el mío. El exquisito aroma de la comida impregna el aire, pero lo que realmente quiero percibir es su olor a jazmín salvaje. Quiero probar la dulzura de sus labios.

Tengo que ser paciente. Casi la tengo en mis manos. No puedo dejar que se me escape entre los dedos.

Ella es mía. Ahora que la he encontrado, nunca la dejaré ir.

ISABELA

~ ~ ~ ~ ~ *Cinco años atrás* ~ ~ ~ ~ ~

—¿Estás por tu cuenta? —pregunta la chica detrás del mostrador. Sus cejas perfectamente labradas se estrechan mientras inclina su cabeza rubia y me mira fijamente.

Yo lo sabía. Esto fue una mala idea. No debería estar aquí.

Pero ya he llegado hasta aquí. Y esta es mi última oportunidad. Además, con esta máscara en la parte superior de mi cara, soy alguien anónimo.

Por la ansiedad me aprieto fuertemente alrededor de mi estómago. —¿Hay algún problema? Su sitio web dice que las mujeres solteras son bienvenidas.

—¡Oh, por supuesto! —Abre los ojos y sus largas pestañas se mueven hacia arriba.

—No quise decir eso. Para nada, por supuesto. Es solo que no veo a menudo a chicas como... uh, no se ve a menudo a las chicas, como, venir aquí solas por primera vez, ¿sabes?

—Chicas como tú. —Eso es lo que ella quería decir.

Maldita sea. He hecho todo lo posible para seguir el código de vestimenta que se muestra en el sitio web, pero al parecer todavía me veo fuera de lugar.

—Sí. —Poso el dedo en el delicado encaje de mi lencería negra, frotando nerviosamente la tela.

Tal vez debería haber escogido algo más que ropa interior de muñeca con el pecho opaco. A juzgar por las otras chicas de la fila, enseñar mis pezones llamaría menos la atención.

Parezco una mojigata. Destaco como un perro entre gatos.

—Bien, ya que es tu primera vez, te daré el gran tour. Mi nombre es Giulia. Si necesitas algo, no dudes en preguntarme. —La chica rubia me da una sonrisa de disculpa, tal vez puede sentir mi nerviosismo.

Lamentablemente su sonrisa no ayuda mucho, para ser honesta, porque es hermosa y es aún más impresionante cuando sonrío. De hecho, todas las chicas que trabajan aquí no se verían fuera de lugar en la pasarela de un desfile de alta costura. Me imagino a Giulia con un extravagante abrigo desfilando frente a cientos de personas.

—Gracias. Soy Isa... Sara. —Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo. —Soy Sara.

Jesucristo. La primera persona con la que hablo aquí y casi le digo mi verdadero nombre. Necesito tener cuidado. Nadie puede enterarse de que estoy aquí. Nadie.

—Encantada de conocerte, Sara —dice Giulia.

Si se daba cuenta de que vacilaba, no lo mostraba. Probablemente se encuentra con cientos de nombres cada noche de todos modos. Olvidará el mío antes de que acabe la noche.

Giulia abre la majestuosa y grande puerta de vidrio y me hace gestos para que la siga, dejando que la otra chica ayude al siguiente invitado. Se detiene frente a una canasta de cuero negra llena de brazaletes blancos, negros y grises.

—Si has estado en el sitio web, tal vez ya sabes acerca de nuestros códigos de color.

Asiento con la cabeza afirmando su pregunta.

—Genial, pero te lo recordaré de todos modos. El negro significa tomado y no disponible. Gris significa tomado pero disponible, a algunos les gusta compartir. —Giulia guiña el ojo. —Y blanco significa que eres participante libre. Supongo que necesitarás el blanco esta noche.

Trago y asiento de nuevo a su afirmación, tratando que parezca algo normal.

—Perfecto. —Giulia estira un trozo de cuero blanco, me lo sostiene y luego me lo envuelve alrededor de la muñeca. El broche

dorado hace un pequeño tintineo metálico indicando que ya está firme en mi delgada muñeca.

Esto es todo. Ahora soy oficialmente una invitada en el club, un club tan exclusivo que ni siquiera tiene nombre. Los hombres gastan una fortuna solo para entrar, aunque las mujeres entran gratis siempre y cuando nos atengamos al código de vestimenta.

La primera vez que oí hablar de este club fue a través de Lily. Se inscribió en mi gimnasio solo para coquetear con los hombres en forma que podían permitirse la costosa membresía. A veces, ella se une a la clase de yoga para charlar con las chicas también -por si acaso conocemos a algún soltero rico y elegible que podamos presentarle-.

En resumen, Lily es una caza fortunas. Sin embargo, a pesar de que sabe de este club, se niega a venir. Nunca ha venido.

Cuando me habló de este lugar, se apretó la nariz con asco. Aún no lo entiendo, no sé cuál es su motivo para evitar este lugar, pero Lily haría cualquier cosa por un hombre rico, siempre y cuando garantice una fortuna y viajes de por medio.

—Unámonos a la fiesta. —Dice Giulia mientras corre la pesada cortina de terciopelo negro. La luz se derrama a través del hueco, resaltando sus rizos rubios en un tono magenta de otro mundo.

Estoy entrando en otro mundo. La lujosa alfombra se traga la mitad de la altura de mis tacones los cuales de por sí ya son altos. De su techo cuelgan candelabros de cristal con sombras negras.

Nos encontramos en lo alto de las escaleras, con vistas a un gran vestíbulo con un escenario en el centro y asientos elegantes a su alrededor.

Todo el mundo lleva máscaras, excepto los miembros del personal, que llevan bandejas de bebidas entre el público y revolotean en el gran escenario, donde parece que están preparando una actuación.

Observo a una mujer atada a una estructura de madera en el escenario. Esa cosa no parecería fuera de lugar en una sala de tortura medieval.

Mientras sigo a Giulia, paso junto a una mujer con una máscara peluda que tiene orejas de gato, un hombre con una máscara

plateada que le hace parecer un auténtico robot androide, y un hombre que lleva una máscara de bufón completa con una gorra y campanas doradas a sus costados.

Algunas de las máscaras giran hacia mí mientras exploro la sala, evaluándome en cada paso que doy. A pesar de los musculosos tipos de seguridad y mi propia máscara que mantiene mi verdadera identidad oculta, me siento vulnerable. Cada paso de mis pies sacude el miedo más profundamente en mi estómago.

Un hombre con una máscara negra con cuernos curvos mira por encima de su hombro justo cuando me acerco por detrás. No puedo ver su cara, pero la electricidad se siente en el aire entre nosotros cuando nuestros ojos se encuentran.

Él está usando una impresionante máscara de hombre lobo, pero son los ojos que me miran por detrás los que atrapan mi atención. El hombre tiene los ojos más azules que he visto en mi vida. Una mandíbula fuerte cubierta con una barba oscuro y cuidadosamente recortada.

Su traje parece caro, al igual que los de todos los demás, por supuesto. Como dijo Lily, estos hombres son políticos, directores ejecutivos y famosos. Si se quitaran las máscaras, reconocería algo más que un par de caras. La mayoría de los hombres aquí se visten bien.

Pero el hombre lobo parece que acaba de salir de un catálogo de modelos, mientras que los otros simplemente han comprado sus trajes en la tienda.

El hombre no dice nada, pero voltea la cabeza para seguir mi paseo por las escaleras, y puedo sentir su mirada caliente sobre mi espalda.

¿Por qué un hombre así me prestaría atención? ¿Hay algo pegado a mi zapato tal vez? ¿Acaso la cremallera de mi vestido se abrió y no me percaté?

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que, a pesar de que estoy vestida de manera más conservadora que las otras chicas, mi apariencia está bien. Me veo exactamente igual que hace una hora, cuando escudriñé cada detalle en el espejo de mi habitación.

Llevo una máscara sencilla y dorada que cubre mi cara desde la parte superior de las cejas hasta la mitad de la nariz. Aparte de mis zapatos negros, es la única parte de mi traje que se mezcla con los otros invitados, aunque nunca pensé que lo llevaría a un lugar como este cuando compré la máscara en unas vacaciones a Colombia.

Giulia me muestra las habitaciones más pequeñas, las cuales están adyacentes al gran salón. Cada uno es más surrealista que el anterior.

—Detrás de esta puerta están las habitaciones privadas. Solo los clientes Premium con llaves especiales y sus invitados pueden entrar. Pero como puede ver, incluso las áreas públicas ofrecen muchas oportunidades para jugar. —Los rizos dorados de Giulia caen por su espalda mientras se detiene frente a las pesadas puertas dobles de madera. Las intrincadas tallas representan a hombres y mujeres desnudos con sus miembros enredados y sus bocas abiertas en gemidos silenciosos.

Volvemos al gran salón, donde Giulia se disculpa. Resulta que estar sola en un gran salón lleno de gente medio desnuda es mucho más aterrador que seguir a un guía por el mismo salón.

La duda me consume de nuevo. ¿Por qué pensé que esto sería una buena idea?

Claro, en el Club Fetichista puede parecer atractivo cuando vives a través de algún personaje de una historia de ficción. Pero esto es la vida real. Estoy loca por llevar una mera fantasía tan lejos. Incluso si estoy en mi último suspiro de libertad.

Debería mezclarme. Debería partir por sentar, por favor, parezco una idiota parada aquí en la esquina.

Ya estoy aquí. Podría disfrutar de un espectáculo antes de irme, cargando conmigo mis excusas a casa.

Coloco mi trasero en uno de los asientos estilo teatro junto al pasillo, hundiendo mi espalda en el grueso cojín forrado de terciopelo, con la esperanza de que la presión ayude a absorber los latidos de mi cuerpo.

Nadie más está sentado solo. Las parejas y los grupos se sientan a mi alrededor. Conversan en voz baja, inclinándose uno al lado del

otro. Las manos se deslizan por debajo de la lencería y abultan los frentes de los pantalones cuidadosamente diseñados.

Dos mujeres se arrodillan a cada lado de un hombre que lleva una máscara negra, con la cabeza agitándose sobre su regazo mientras le dan placer, sexo oral. Cuando se deslizan hacia abajo, puedo ver la cabeza del pene del hombre, atrapada entre dos juegos de labios.

En la mano derecha, el hombre sostiene dos correas conectadas a los collares alrededor de los cuellos de las mujeres. Está inclinando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados mientras respira por la boca, demasiado fuera de sí mismo como para darse cuenta de que miro fijamente la escena.

Pero una de las mujeres me atrapa. Mi corazón se estremece de culpa, pero ella ni siquiera pestañea.

En lugar de eso, sus labios rojos se acurrucan en una sonrisa mientras me hace señas.

Le sonrío y sacudo la cabeza antes de mirar hacia otro lado.

Una chica sin máscara que viste lencería roja se inclina para ofreceme una bebida, y yo tomo un vaso, murmurando un agradecimiento nervioso.

Tomo un sorbo, maldiciendo en voz baja cuando me doy cuenta de que es una especie de zumo de fruta y no un cóctel como esperaba. Es mi culpa por no preguntarle a la chica, supongo.

Al menos me da algo para ocuparme. Tomo pequeños sorbos a través de la paja, mi mirada fija en el espectáculo que se desarrolla frente a mí.

La mujer en el escenario está ahora completamente amarrada, con las piernas y los brazos separados para hacer juego con la extraña cruz de madera a la cual está sometida. Como la mayoría de las mujeres aquí, no lleva nada más que lencería casi transparente.

Un hombre grande y corpulento, vestido todo de negro, la rodea, con un aspecto peligroso y depredador, todo lo contrario de su vulnerabilidad. Le arranca la ropa, cortando la frágil tela con un cuchillo. La hoja brilla bajo el foco.

No puedo creer que esto esté pasando frente a mí. Estoy empezando a preocuparme.

Las manos y la boca del hombre vagan por todo su cuerpo mientras ella se estremece. Sus gemidos resuenan por la gran sala, llegando a un crescendo cuando presiona un vibrador entre sus piernas.

Una mano me aprieta el hombro por detrás, haciéndome saltar del susto. Con la mirada fija, encuentro a un hombre de pie en las escaleras. Lleva una máscara verde que no cubre completamente su gorda cara.

—Una chica como tú no debería estar sentada sola —dice.

Dejé salir una risa nerviosa. —Es mi primera vez. Estoy feliz solo de mirar.

—¿Por qué mirar cuando puedes disfrutar más, haciéndolo?

—No sé si estoy lista para eso —le digo, esperando que entienda la indirecta y me deje en paz.

Los labios del hombre se curvan en una pequeña sonrisa. —¿Has visto ya alguna de las habitaciones privadas?

Sacudo la cabeza. —Eso no era parte del tour. Pero la verdad es que no me interesa conocerlo...

El hombre agarra mi muñeca y me pone de pie antes de que pueda terminar de hablar. Me tira tan violentamente que casi dejo caer mi vaso de jugo sobre el piso alfombrado. Camina tan rápido que tengo que concentrarme en cada peldaño de las escaleras, o me caeré sobre mi trasero.

Intenta arrancarme el brazo, pero sin éxito. A juzgar por su físico, el hombre no parece excepcionalmente fuerte, pero sigo sin ser rival para un hombre de su tamaño.

—Eres una de esas chicas, ¿eh? —pregunta mientras me lleva más allá de las filas de asientos cómodos. Justo en frente de las grandes puertas dobles, me golpea contra la pared y me saca el aire. —Quieres hacerte de rogar. Actúas como una mocosa para que un hombre pueda ponerte en tu lugar. Bueno, nena, tu deseo está concedido. Voy a hacer que tu fantasía se haga realidad.

Sacudo la cabeza, mis pulmones están demasiado desprovistos de oxígeno para hablar.

El miedo se apodera de mi pecho. ¿Qué me va a hacer este hombre? Estamos fuera del área pública; no hay garzones o guardia de seguridad al que pueda pedir ayuda aquí.

El hombre pone una mano húmeda en transpiración alrededor de mi brazo, tan fuerte que este se me empieza a entumecer.

—No te resistas, nena. Viniste aquí por tu cuenta. Sé que quieres que esto suceda. Admítelo. —Sus labios forman una sonrisa grotesca mientras se inclina tan cerca que su estómago se aplasta contra mí. —Pero pensándolo bien, me gusta cuando peleas.

—Suéltame —grité. El pánico me constriñe las cuerdas vocales.

—Eso es. Me gusta eso. Sigue así. Ya se me está poniendo dura. —Se mete la mano en el bolsillo. —Ahora, ya que nos vamos a conocer íntimamente, necesitas saber qué gritar cuando te estoy golpeando. Me llamo Andrew.

Las palabras se enredan, el sonido suena en mi oído. —No. Hablo en serio. Suéltame.

—Una vez que entres en mi habitación, cambiarás de opinión. Como todas las demás chicas —dice, empujando su llave dentro de la cerradura.

Mi corazón me golpea en el pecho.

Oh, no. Este tipo cree que estoy fingiendo que no quiero esto.

—Déjame ir —insisto, esta vez más fuerte. Miro a mi alrededor. No hay ningún guardia hasta donde alcanza mi vista.

Andrew solo se ríe.

Me da vueltas la cabeza.

¿Por qué pensé que era una buena idea ir a este club? Este es el tipo de cosas que pasan en un lugar como este.

Oigo a un hombre aclararse la garganta, y el agarre alrededor de mi brazo se afloja ligeramente. Me lleva un tiempo darme cuenta de que hay un segundo hombre.

—¿Hay algún problema aquí? —El hombre que hace la pregunta lleva una máscara negra peluda y orejas. El Hombre lobo.

Andrew da la espalda a la puerta, con la frente arrugada por la irritación. —No.

—Déjame oírlo de la dama —insiste el hombre lobo.

Andrew dice unas palabras fuertes. —Métete en tus asuntos.

Eso fue un error.

En una fracción de segundo, el hombre lobo tiene a Andrew clavado contra la puerta, con la mano doblada dolorosamente detrás de la espalda. La parte de la cara de Andrew que no está cubierta por su máscara azul se vuelve roja mientras lucha por respirar.

—Dije que quería oírlo de la dama —repite el hombre lobo, con un tono ácido goteando de su voz.

Él se vuelve hacia mí, y me encuentro mirando fijamente a los azules y plácidos charcos de sus ojos. A pesar de la confrontación, el hombre está tranquilo. Ni siquiera un mechón de su pelo está fuera de lugar.

Con voz grave y autoritaria, pregunta: —¿Estás bien? ¿Este hombre te lastimó?

Debería sentir alivio inundando mi torrente sanguíneo. En vez de eso, mi corazón se rompe en un galope.

Mi salvador... hay algo en él. Su aura grita peligro.

¿Y lo peor de todo?

Esa misma aura me está llamando.

VICENTE

La chica se encoge, su espalda se curva contra la pared. Ella sacude la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunto mientras retuerzo el brazo del perverso con más fuerza.

—Ow. Ow. Ow. Ow —grita—. La perra está mintiendo. Ella está bien.

—¿La perra?

¿Qué carajo...?

Envío al tipo gritando a un mundo de dolor. El ruido puede llamar la atención, pero ¿a quién le importa?

—¿Dónde te duele? —le pregunto, con mi mano libre golpeando con el puño, listo para golpear al perverso exactamente donde le ha hecho daño.

Ella sacude la cabeza, sus ojos verdes llenos de aprensión. —No, quiero decir... quiero decir que no me hizo daño. Estoy bien.

—¿Ves? No le hice nada —dice el perverso. Deja escapar un suspiro de alivio cuando le aflojo el brazo.

Por supuesto, él no sabe que eso es solo porque odio la idea de atacar a alguien -incluso a basura sin valor como este tipo- por la espalda.

Se da la vuelta y se ajusta la máscara. Entonces lo golpeé lo suficiente como para hacer que parte de su máscara volara por la habitación.

El perverso se arrastra por el suelo. Se agarra la máscara y la sostiene con una mano sobre su cara mientras grita por seguridad. Tan pronto como un hombre vestido de negro y musculoso entra en la habitación, sonrío. —Eso iba contra las reglas. No se suponía que le hicieras eso a un miembro VIP. La cagaste. Te van a echar a patadas.

El gorila, un hombre calvo con la piel bronceada, observa la habitación. Cuando sus ojos se posan sobre mí, un destello de reconocimiento se enciende en su mirada. —¿Hay algún problema aquí, señor?

—Sí —dice el pervertido con su molesta voz aguda. —Este tipo salió de la nada y me golpeó. Sácalo de aquí.

Pero se está avergonzando a sí mismo. De lo que no se da cuenta es que el gorila me mira a mí y no a él, lo ignora y espera en silencio mi respuesta.

Me hubiera encantado darle con más fuerza a este tipo. Mostrarle lo que se siente ser el más débil, ser intimidado hasta la sumisión.

Pero veo el escalofrío que corre por el cuerpo de la chica. Lo que necesita no es venganza, sino consuelo.

Y me muero por dárselo.

Al portero le digo: —Llévatelo de aquí. Ha estado acosando a esta jovencita.

La queja del tipo se interrumpe cuando el gorila le agarra del brazo y lo arrastra más allá de la pesada cortina negra hasta el vestíbulo principal. Sus chillidos se convierten en un sonido tenue, atenuado por la música que suena afuera.

Aun así, los escalofríos de la chica persisten. Se apoya contra la pared como si se fuera a derrumbar si se moviera.

—Siéntate —le digo.

Hay un sofá en la esquina de la habitación, más decorativo que nada, ya que la gente solo pasa por esta zona en su camino a la sección privada.

La chica se separa de la pared, sus palmas se presionan contra ella mientras se tambalea hacia el sofá, impulsándose hacia adelante.

No ha dicho mucho, pero puedo decir lo valiente que es por su comportamiento. No es que no tenga miedo, sino que se las arregla a pesar de su miedo.

He estado observándola toda la noche. Ha pasado por mucho en una noche. Se obliga a salir de su zona de confort.

—¿Cómo te llamas? —Me siento a su lado.

—Sara —dice después de una breve pausa, sin siquiera mirarme a los ojos. ¿Tiene miedo? ¿De mí?

Claro, acabo de golpear a un tipo justo delante de ella. Pero nunca la lastimaría, a menos que sea para darle placer. Dios, el pensamiento de volver su piel de color rojo brillante mientras gime en sumisión, su humedad goteando entre sus largas piernas...

Pero me estoy adelantando.

—Sara. —Mi lengua prueba su nombre por su tamaño. No sé por qué, pero no me parece que encaje bien. —Soy Vicente.

—Gracias por salvarme, Vicente. No sé qué habría pasado si no hubieras estado allí —dice, con voz inestable. Debajo de su máscara dorada, sus labios llenos tiemblan.

Sé exactamente lo que habría pasado. Ese cobarde se habría aprovechado de su inexperiencia de la manera más atroz posible.

—He estado observándote toda la noche —admito. —No podía quedarme quieto mientras él te arrastraba así. Claramente no querías ir con él.

El cabello marrón miel de Sara se extiende sobre sus delicados hombros mientras finalmente se vuelve hacia mí.

Estudia mi cara y frunce el ceño. —¿Por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué me miraste? —pregunta ella.

—No podía dejar de mirarte.

Incluso en la luz azul fantasmal puedo ver el brillo de las mejillas de Sara. Está avergonzada. Qué adorable.

—Sé que no debería haberme puesto esto —dice, mirando hacia abajo a su pequeño y sexy cuerpo. —No paso muy desapercibida.

Frunzo el ceño. ¿Está viendo lo mismo que yo? —No lo sabes. Destacas como una joya.

Sara se ríe. —Vamos. No lo dices en serio. Comparada con todas las otras chicas, estoy vestida como una abuela.

Su ropa interior es conservadora para este club. Pero debe estar loca porque solo un maniático la confundiría con una anciana.

La lencería negra abraza su figura, mostrando la forma de sus curvas mientras esconde la forma real. El encaje negro da vislumbres de su suave piel de porcelana mientras el sostén opaco

cubre sus tetas. Una línea horizontal azul oscuro atraviesa su estrecha cintura, enfatizando su forma de reloj de arena. Por debajo de esa línea, la ropa interior de muñequita roza la curvatura de sus caderas y termina alrededor de la mitad de sus muslos.

—Te ves con clase —digo yo.

Un rubor tiñe su piel y el silencio desciende sobre nosotros. Se oye un par de risas de dos personas al pasar, obviamente borrachos e impacientes. La chica prácticamente está llevando al tipo hacia adelante tirando de su pene mientras desaparecen más allá de las puertas.

—¿Qué te parece esto? —pregunto. —Aparte de esa cara de mierda, por supuesto.

Sara ríe, un sonido melódico que me hace cosquillas en los oídos. —Es... interesante.

—¿En el buen sentido? —Levanto una ceja.

Vi la forma en que miraba la actuación de afuera. Estaba tan emocionada que ni siquiera se fijó en mí o en el cobarde desde antes de acercarse.

Pero más que eso, vi la forma en que su respiración se hacía más pesada. Juntó sus muslos y los frotó uno contra el otro para aliviar la presión que se acumulaba en su vagina.

Sara asiente con la cabeza.

Es tímida, pero es honesta. Está ansiosa, pero persiste. A pesar de su aprensión, ella quiere estar aquí. Si no, no habría venido sola.

—¿Cómo te enteraste de este lugar? —pregunto.

—Una amiga.

Eso es raro. —¿Por qué no le pediste que viniera contigo?

—Bueno, ella es más bien una conocida, en realidad. Y ella, uh, ella no quiere venir.

Interesante. —Ella no es como tú.

—¿Eh? —Sara inclina la cabeza a un lado y frunce el ceño como si no pudiera decidir si debe sentirse ofendida.

—Te gusta esto, ¿no? Por eso viniste. —Atrapo su mirada. —La idea de que un hombre pueda tener el control total de una mujer. La idea de que una mujer lo dejaría voluntariamente. Te intriga. Llama algo profundamente primitivo dentro de ti.

—¿Cómo...? —Sara sonrío irónicamente. —No importa. Esto fue un error. Obviamente, no pertenezco aquí.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es obvio? Me asusté en el momento en que ocurrió algo —dice.

La miro fijamente. —¿Te refieres a cuando ese monstruo te obligó?

Sara asiente con la cabeza.

—Eso fue acoso. —le dije.

—Pero tú mismo lo dijiste. —Control total.

—Estás olvidando el otro lado de la ecuación.

Me da una mirada interrogativa.

—Se supone que tienes que renunciar voluntariamente al control —le dije.

—Sí. Y cuando llegó el momento, no quise hacerlo.

La miro fijamente y ella mira sus zapatos negros.

¿Está bromeando? Primero, me dijo que parecía una abuela. Ahora, ¿cree que no estoy hecho para esto?

Ya puedo decir que es la perfecta sumisa.

—Así que lo real es lo que hay en el escenario, ¿no? Yo tampoco sé si quiero eso. Esa cruz en forma de X se ve bien, pero no es para mí.

—Se llama la Cruz del Placer. —Creo que Sara se vería celestial en ella, pero decir eso ahora solo la asustaría. —Eso es solamente mobiliario. Puedes disfrutar del club sin tener que tocarlo.

—¿Qué se hace en este lugar entonces? —pregunta Sara.

—¿Quieres que te lo enseñe?

Una pausa vacilante. Luego, ella asiente con la cabeza.

Me acerco más a ella en el sofá hasta que siento su dulce aliento en mi piel. —Dime si te sientes incómoda.

—Bien —dice ella, riéndose nerviosamente. Su respiración se vuelve superficial. La vena de su largo y elegante cuello late rápidamente. Ya está excitada, y ni siquiera la he tocado.

Es naturalmente sumisa.

—¿Confías en mí?

Ella asiente con la cabeza.

Puse mi mano detrás del cuello de Sara, enredando mis dedos en su cabello, lo suficientemente firme para que ella sienta mi fuerza, pero lo suficientemente suave para que no sienta dolor; eso vendrá después, cuando lo desee.

Sara traga mientras inclino su cabeza hacia atrás.

—Mírame —ordeno.

Sara intenta asentir con la cabeza, pero mi mano en su cabello restringe su movimiento. Se estremece. Sin embargo, el latido en sus venas me dice que quiere más.

Ella se encuentra con mi mirada, su mirada suave y flexible. Está cayendo bajo mi hechizo, abriéndose para mí.

Mi pene se tuerce en mis pantalones. Mierda, ¿qué me está haciendo esta chica? Ninguna chica me ha puesto tan nervioso antes, y solo estamos empezando.

Si me dice que pare ahora, me destripará. Necesito tomarme esto con calma.

Pero esos labios gordos y gruesos... me llaman por mi nombre, rogándome que los reclame como míos.

Mientras la respiración de Sara se desgasta, me entrego a mi tentación silenciosa.

Se siente exactamente como pensé que se sentiría; no, mejor. Sus labios son delicados. Suaves. Mojados. Sara parte sus labios para mí, dejándome barrer hacia adentro con mi lengua, probando por primera vez de ella. Es tan dulce que no puedo esperar a saber a qué sabe el resto de sus gustos. Enterraría mi cara entre sus piernas y la devoraría.

Me besa la espalda, pero sus brazos permanecen a su lado. Estoy ansioso, pero soy flexible.

Ella es jodidamente perfecta.

Me alejo lo suficiente para ver cómo sus labios se ponen rojos por mi beso. Todo lo que quería era darle una pequeña muestra de lo que este estilo de vida podría darle, hacer que volviera.

Pero en el proceso, me estoy dando una pequeña muestra de cómo se siente estar con ella. Y ahora no puedo contenerme. No a menos que ella me lo diga.

—Sara —le susurro en la boca. De alguna manera, ese nombre no le queda bien. No sé por qué.

—¿Sí? —suspira. Está jadeando, luchando por respirar. Sus dedos agarran la tela del sofá tan fuerte que sus nudillos se han blanqueado.

—Llevemos esto a un lugar más privado, gatita.

ISABELA

—Llevemos esto a un lugar más privado, gatita —dice Vicente con una voz profunda y autoritaria a la que no puedo oponerme.

Mi corazón late contra mi caja torácica. Pequeñas bocanadas de aliento caliente escapan de mi boca mientras le hago un gesto con la cabeza.

La gran mano de Vicente agarra la mía, sin soltarla ni siquiera mientras busca en su bolsillo la llave para abrir las puertas dobles y me lleva a través del cálido pasillo iluminado, decorado con pinturas desabridas de siluetas desnudas.

Una vocecita en mi mente grita. ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca? No tienes idea de quién es este tipo. Ni siquiera has visto su cara. ¿Y si te obliga a ello? Ya has visto cómo actuaba el gorila a su alrededor, nadie podría salvarte de él.

Ignoro el flujo de preguntas críticas mientras mis talones hacen clic contra el suelo de mármol oscuro.

¿A quién le importa? He estado jugando a lo seguro toda mi vida, y mira adónde me ha llevado. Estoy a punto de perder toda mi libertad.

Un hombre que nunca he conocido tomará todas las decisiones por mí mientras yo hago el papel de una baratija decorativa. Después de todo el trabajo duro que he hecho para obtener mi título, el único trabajo que voy a conseguir es lucir bonita y tener bebés.

Estoy segura de que dice algo poco halagador sobre mí, y así es como elijo pasar uno de mis últimos momentos de libertad.

Si Vicente me atacara, no tengo ninguna duda de que no podría hacer nada al respecto. Mira esos hombros anchos. El ajuste perfecto de sus mangas alrededor de sus fuertes brazos. Las

piernas largas que fácilmente me sobrepasarían. Por su tamaño, calculo que mide más de 1,85 m.

Pero como sea. Al menos estoy haciendo algo por mí misma por una vez.

Vicente se detiene en una puerta negra con un número 5 dorado. El clic de la abertura de la cerradura se divide a través del silencio. Vicente llega al interior y las luces amarillas inundan la habitación de calor.

Mantiene la puerta abierta y se mantiene al margen. — Bienvenida, gatita — dice detrás de su máscara de hombre lobo.

Tan pronto como mis talones golpean la alfombra blanda en la parte interna de la habitación, me doy cuenta de por qué es tan silenciosa. La tapicería negra con pelo insertado cubre las cuatro paredes, absorbiendo todos los sonidos. Podía gritar desde lo más profundo de mi garganta y nadie podría oírme.

Me palpita el pecho al pensarlo. Mi sangre corre. Pero esto no es miedo. No tiemblo porque quiera escapar; tiemblo porque no puedo esperar a que Vicente empiece a hacerme lo que quiera.

De pie en el medio de la habitación, escudriño el mobiliario. Una cama de gran tamaño con sábanas de raso blanco domina el espacio. Apoyado en la pared opuesta, veo un gran espejo con un marco dorado. Refleja la impresionante cama. Un sillón de cuero descansa en una esquina.

Mis mejillas chisporrotean cuando miro hacia arriba para encontrar un espejo aún más grande en todo el techo. Aparte de este detalle, la habitación parece normal, aunque hay un cofre metálico al pie de la cama y un armario alto que puede contener cualquier cosa.

Al igual que Vicente, esta habitación desprende un aura de peligro del que no puedo deshacerme a pesar de no poder identificar la fuente.

—Siéntate, gatita — ordena Vicente. La puerta se cierra tras él.

Me acerco a la silla. Las posibilidades giran en mi mente. Su nuevo nombre de mascota para mí me hace temblar. Si cualquier otro hombre intentara llamarme 'gatita' probablemente me reiría en su cara. Pero de alguna manera, Vicente hace que suene sexy.

—Ahí no —dice Vicente. Señala el cofre. —Ahí.

Sigo sus órdenes y me encuentro mirando mi propio reflejo hasta que Vicente bloquea mi línea de visión con su cuerpo. Sus caderas están a la altura de mis ojos.

Por mucho que lo intente, no puedo evitar que mi mirada se detenga en el enorme abultamiento de sus pantalones. ¿Qué tan grande es el pene de mi Hombre lobo?

—Me alegro de que te interese lo que hay ahí abajo. —No tengo que mirarlo para saber que está sonriendo. Puedo oír la suficiencia de su voz masculina.

Le arranco la mirada de los pantalones. Pero antes de que pueda apartar la vista, Vicente toma mi barbilla y levanta mi cabeza. Tengo que izar el cuello para encontrarme con su mirada.

—No puedo esperar a jugar contigo, gatita —dice—. Pero primero, las reglas.

—¿Reglas? —pregunto.

Vicente asiente con la cabeza. —Como dije, debes decirme si te sientes incómoda en algún momento y necesitas que me detenga.

—De acuerdo.

—De acuerdo, señor —me corrige.

Se me pone la piel de gallina. —Está bien... señor.

—Buena chica.

Es como si hubiera una línea directa entre su boca y mi cuerpo. Todo lo que dice causa hormigueo entre mis piernas.

El calor sube a mis mejillas cuando veo a Vicente mirando mis muslos mientras los junto. Él sonrío.

Maldita sea, lo sabe. Mi cara arde aún más.

—Sin embargo, no me detendré cuando digas ‘deténgase’ —dice.

—Entonces, ¿qué sentido tiene que te lo diga? —pregunto, inquiriéndome si he cometido un error al venir aquí después de todo. Esto está tan fuera de mi zona de confort que ni siquiera es gracioso.

—El punto es que esa es una de las reglas. ‘Deténgase’ no es la palabra clave —dice—. Quiero que digas ‘rojo’ si quieres que pare todo —dice. ‘Amarillo’ si quieres que vaya más despacio. ¿Entiendes?

—Sí. —La culpa me aprieta el pecho al darme cuenta de que estaba asumiendo lo peor de él, aunque no me ha dado ninguna razón para hacerlo.

—Es la segunda vez que te olvidas de dirigirte a mí correctamente, gatita —advierte. Con una voz llena de peligro, añade: —Tendré que castigarte por eso.

—Lo siento, señor —digo con labios temblorosos. Se me escapa más humedad entre las piernas.

¿Cómo reaccionará Vicente cuando se entere de lo excitada que estoy? Ni siquiera me ha tocado por debajo del cuello, y prácticamente estoy sentada en un charco de mi propia humedad.

—Me alegra oír tus disculpas, pero aun así tendré que castigarte. —Dejo que su mano se aleje de mi barbilla. —Ahora, quítate esa máscara.

Abro la boca para protestar, pero se siente inútil. Obviamente estoy a punto de desnudarme y tener sexo con este hombre. ¿Realmente quiero mantener mi máscara puesta todo el tiempo? De todos modos, está empezando a ponerse caliente e incómoda ahora que Vicente ha iniciado una llama en mi vagina.

Levanto la mano hacia mi cara, me quito la máscara, y mis venas pulsan rápidamente. ¿Le gustará a Vicente mi aspecto?

—Eres hermosa —dice, mirándome con su hipnótica melancolía.

—Gracias. —Noté que se le entrecerraban los ojos y le dije: — Señor. Gracias, señor.

—Muy bien. Estás aprendiendo.

Lo dudo. —¿Puedo ver su cara también, señor?

Vicente me acaricia el pelo suavemente. —Sí. Si te quitas toda la ropa por mí.

Mi mandíbula se cae. ¿Qué quiere que haga qué?

Vicente se aleja, oigo sus pasos silenciosos mientras se acerca a la silla de la esquina, el sonido absorbido por las paredes. Se extiende sobre el cuero, cubriendo con sus brazos el respaldo de la silla.

Me mira con ojos que no parpadean, su cara sigue escondida detrás de la siniestra máscara del hombre lobo. El aire entre nosotros zumba con electricidad.

Tiro el dobladillo de encaje bordado de mi lencería. Quiero decir, ¿cuál es el problema, ¿verdad? Ya ha visto el 80% de mi cuerpo desnudo. El encaje es bastante transparente, excepto por las zonas sobre mis partes traviesas.

Y traviesa es exactamente lo que quiero ser esta noche.

Además, la mirada de Vicente quema su lujuria en mi piel. Él enciende una llama tan caliente que todo lo que quiero hacer es despojarme de mi ropa de todas formas.

Los ojos de Vicente siguen mis manos mientras subo el dobladillo por mi cuerpo y levanto la frágil tela sobre mi cabeza, dejándolo caer sin hacer ruido al suelo. En el espejo, veo mis pechos.

—Mírame —gruñe Vicente. —Y quítate las bragas.

Hago lo que me dice y me siento de nuevo, apretando mis muslos juntos. Me ayuda a sentirme menos expuesta y alivia un poco la presión que se acumula en mi vagina.

—Abre las piernas para mí.

Vicente baja la mano y frota el bulto de la parte delantera de sus pantalones. —¿Te gusta ver lo que me haces? —pregunta, con arrogancia goteando de su tono. —¿Te gusta tanto que ignoras mi orden?

—Lo siento, señor. —Le arranco la mirada de la erección mientras abro mis muslos, revelando mi lugar más privado.

—Era una pregunta de sí o no.

Lucho a través de los latidos de mi garganta. —Sí, señor.

—Juega contigo misma. —Su mirada se fija en mi vagina. Se le aprieta la mandíbula. Su nuez de Adán sube y baja mientras traga.

Nunca había hecho eso antes. Pero, por otra parte, nunca he seguido a un extraño arrogante a un dormitorio diseñado específicamente para tener sexo.

—¿No se va a quitar la máscara también, señor? —pregunto. El latido de mi corazón es tan fuerte que es todo lo que puedo oír. Miro fijamente, sin pestañear, mientras Vicente se transforma del Hombre lobo al Hombre.

Y, Dios mío, qué hombre.

Sus ojos azules se ven aún más llamativos con su piel dorada como fondo. Pelo oscuro, grueso en la parte superior de la cabeza y

bien recortado a lo largo de la fuerte línea de su mandíbula. Sus pómulos son altos.

¿Qué hace un hombre como él conmigo?

—Ahora, juega contigo misma, gatita —dice Vicente, recordándome mi tarea.

Mis dedos viajan hacia el centro. Mis mejillas arden de vergüenza, pero sigo adelante, deslizando mis dedos índice y medio entre mis piernas, sobre mis pliegues empapados. Mis labios se separan, suspirando, mientras me froto.

He decidido ser una persona diferente esta noche. Y lo que es más importante, desde lo más profundo de mi alma siento este impulso de seguir todas las órdenes de Vicente. La idea de que un hombre tenga el control total de mí siempre me ha atraído, pero en la práctica, siempre se ha sentido mal... hasta ahora.

Estoy tan mojada que probablemente estoy dejando una mancha de humedad en su pecho, a pesar de que Vicente todavía está sentado al otro lado de la habitación.

No quiero estropear esto. Esta podría ser mi única oportunidad en la vida de disfrutar de esta exquisita experiencia, de tener a alguien que me dé permiso para hacer cosas tan sucias que nunca antes me había atrevido a imaginarlas.

El sonido de Vicente bajando su cremallera me hace concentrarme. Me doy cuenta de que está sacando un pene tremendamente grande. En el cual mueve su puño arriba y abajo.

Mi boca se llena de saliva al verlo. Mis músculos palpitan, anhelando ser llenados. Un gemido se me escapa de los labios.

Vicente se quita los pantalones, los zapatos y los calcetines. Cruza la habitación y se para justo delante de mí, su pene a la altura de mis ojos, tan cerca que puedo ver el palpar de sus venas, oler el sensual almizcle.

Mi mandíbula se abre, la saliva se acumula en mi boca.

Pero antes de que pueda pedirle que me lleve el pene dentro de mí, Vicente cae al suelo y presiona sus labios calientes contra mi muslo. El grosor de su boca me roza la piel. Su lengua es resbaladiza.

Cuando llega al clímax, jadeo. Me chupa los labios y me lame por todas partes, como un hombre hambriento.

Dejé que me devorara, poniendo mi mano sobre su cabello suave mientras miraba nuestro reflejo en el espejo, su cabeza enterrada entre mis piernas mientras mi cara se iluminaba de color.

La visión, junto con el insistente círculo de su lengua alrededor de mi clítoris, hierva mi sangre. Estoy cerca. Tan, tan cerca. Mis músculos se tensan. La presión aumenta. Y luego... se ha ido.

Vicente me sonrío. Sabe exactamente lo que estaba haciendo. Sabía que yo iba a venirme.

—Por favor... —me quejo antes de poder contenerme.

—¿Qué pasa, gatita? ¿Querías venirte? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Ponte de rodillas. —Vicente señala el piso.

La gruesa alfombra cede bajo mi peso. Es suave como las nubes.
¡Smack!

Salto sorprendida mientras el calor me quema el culo. Me miro en el espejo y veo la palma de la mano derecha de Vicente flotando en el aire, con una sonrisa torcida en su hermosa cara.

—Esa fue la primera vez que olvidaste dirigirte a mí correctamente. —Vicente apoya la palma de su mano en la mejilla de mi culo, el calor de su piel es un bálsamo para mi piel. Para mi sorpresa, el latido en mi vagina pulsa aún más intenso que antes.

Tira de su mano hacia atrás, preparándose para un segundo golpe. —Puedes parar esto si quieres. Pero ambos sabemos que te gusta, ¿no?

¡Smack!

Me muerdo el labio mientras Vicente acaricia la mejilla de mi culo. Pero luego sus dedos se acercan más y más a mi puerta trasera hasta que está presionando dentro de mí. Secamente.

¿De qué se trataba? —¡Amarillo! —grito con urgencia.

Vicente se ríe. —Bien. Solo quería asegurarme de que recuerdas las palabras de seguridad. ¿Lista para continuar?

Asiento con la cabeza.

—Dilo con palabras.

—Sí, sí —grito mientras otra bofetada me pega en el culo.

—Buena chica. Ese fue el último. Lo tomaste como una niña muy buena —dice—. Quería tomármelo con calma, pero no puedo contenerme más. Estás goteando por toda la alfombra. No podemos dejar que eso suceda, ¿verdad?

Sacudo la cabeza. —No, señor. —Dios, lo necesito dentro de mí en este mismo instante.

Por suerte para mí, Vicente parece tener la misma idea. Entra en mí con un empuje urgente, su pene obliga a que mis músculos se abran para él.

Gimo mientras me llena más de lo que nunca he sentido. Toca fondo, sus pelotas me golpean y me dejan sin aliento. Si fuera una fracción de pulgada más grande, estallaría.

Vicente agarra mis caderas tan fuerte que me duele, pero el dolor solo hace que el placer sea más dulce. Me mira fijamente en el espejo, recordándome que debo mirarle a los ojos mientras me golpea una y otra vez. En algún momento, el calor se vuelve demasiado y se quita la camisa.

No pensé que pudiera ser más guapo de lo que ya era, pero se veía aún mejor sin camisa. Está construido como un dios del olimpo, con abdominales duros y esculpidos en forma de V que conecta sus huesos de la cadera.

—Mírame a los ojos —gruñe Vicente mientras toma un puñado de mi cabello, inclinando mi cabeza hacia arriba, forzándome a mirar más allá de donde están sus magníficos abdominales.

La presión en mi cuero cabelludo se acumula, complementando el apriete de los músculos de mi vagina a medida que me acerco al clímax. El agarre de Vicente sobre mi cabello es firme pero no doloroso. Es primitivo. Animal. Me recuerda quién tiene el control.

Empujo mi trasero hacia atrás para que acepte más de él, gritando cuando responde cogiéndome más fuerte y más profundamente. Vicente desliza su mano entre mis piernas y juega con mi clítoris, enviándome al cielo.

Mi cuerpo tiembla mientras continúa golpeándome. Mis músculos se aprietan alrededor de su pene grueso. Mi boca se abre en un grito silencioso mientras olvido cómo respirar. La habitación se vuelve borrosa hasta que todo lo que existe es Vicente y yo.

Me envuelve con sus brazos alrededor de la cintura y me jala hacia arriba hasta que mi espalda le aprieta contra su pecho cubierto de sudor. Me empuja hacia arriba cuando la gravedad me empuja profundamente hacia él.

—Mierda. Eres increíble, gatita —gruñe mientras se vacía en mí, llenándome de su pegajoso orgasmo.

Suspiro y me derrumbo contra él. Mientras lucho para recuperar el aliento, los escalofríos salen de la nada y me destrozan.

Oh, Dios mío. Nunca había sentido algo tan poderoso antes. Nunca.

¿Quién es este hombre misterioso? Me salvó, me sedujo y me dio el mejor orgasmo de mi vida, ¿todo en una sola noche?

Lástima que no volveré a verlo.

No te encariñes, me digo a mí misma. Agradece que esto haya pasado.

VICENTE

Sara tiembla contra mi pecho. Maldición, su cuerpo es tan sensible. Y por la forma en que me miraba, podría emborracharme con esa dulce sumisión en sus ojos verdes.

Veo cómo ella recupera el aliento, sus tetas redondas y perfectas suben y bajan al ritmo, esperando esa misma dulzura en su mirada.

Pero luego se le abren los ojos. Inmediatamente, sus ojos se fijaron en el reloj enrollado alrededor de su muñeca. En un instante, sé que todo ha cambiado.

—Tengo que irme —anuncia, levantándose y recogiendo su ropa.

—No hay necesidad de apurarse —le dije. —Déjame invitarte a una copa. Disfrutaremos del espectáculo en el vestíbulo principal, charlaremos un poco y te llevaré a casa.

Sus ojos se abren de par en par. —No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Yo solo... necesito ir a casa.

—Déjame llevarte a casa. —Tomo mi ropa y me la pongo tan rápido como puedo. Puede que tenga que seguirla fuera de aquí.

—No —dice ella.

—Dime por qué, o te arrastraré a mi coche yo mismo. —Solo estoy bromeando. No es como si estuviera secuestrándola.

Solo quiero llevarla a casa... y averiguar dónde vive.

—Mi familia es muy conservadora. Se volverán locos si te ven —dice, deslizándose sus pies en sus zapatos. Ya lleva puesta su lencería. Sé que tendrá que ir a los baños, donde están los casilleros, antes de salir del local.

—¿Se volverán locos si te ven llegar a casa un fin de semana con un tipo? —frunzo el ceño. Eso es increíblemente conservador. —Espera. ¿Vives con tu familia?

—Sí. Te lo dije. Muy conservador. —Sara coge el pomo de bronce y lo gira, pero la puerta no se mueve. Se hace a un lado, con los

dedos metiéndose en los antebrazos. No está fingiendo, está muy nerviosa. —¿Le importaría abrirme la puerta?

Empujo mi llave a través de la cerradura. Podría elegir no hacer eso, por supuesto, y podría mantenerla como mi rehén dentro de esta habitación para siempre. Pero no lo haré. Quiero que me dé su sumisión voluntariamente.

—¿Qué pasa con tu familia? ¿Es religiosa? —pregunto mientras mantengo la puerta abierta.

Sara sale volando de la habitación y la sigo, dándome cuenta de que estoy descalzo tan pronto como mi piel hace contacto con el mármol frío. —No. Solo es un poco rara.

—¿Rara cómo? —Conozco familias raras. Diablos, la mía es más loca que la mayoría. Apuesto a que puedo manejar la de ella muy bien. Por ella valdría la pena sin lugar a dudas.

—Asfixiante. Dominante. Exigente. —Se para en las puertas dobles que conducen a la zona pública.

—Mira, mi familia es igual. Tenía mi propia vida en otra parte, y querían que volviera a casa, así que ahora estoy aquí. Ni siquiera sé por qué me quieren en casa. —Digo mis palabras en los segundos que pasan mientras abro las puertas dobles. Me aferro a la perilla, atrapando su mirada. Voy al grano. —Necesito verte de nuevo, gatita.

—Yo también —dice en voz baja.

El alivio corre por mis venas. Es todo lo que necesito saber por ahora. No puedo dejar que esta diosa se me escurra entre los dedos, esta chica mágica que de alguna manera es sexy e inocente, todo a la vez. Nunca he conocido a nadie como ella.

Tiro de la puerta para abrirla. —Dame tu número.

Las caderas de Sara se balancean de lado a lado como un péndulo mientras se abre paso entre la multitud. —No puedo.

—¿Ni siquiera puedes darme tu número? ¿Tu familia ni siquiera te deja tomar llamadas? ¿Recibir mensajes de texto? —Me cuesta creerlo. Es el siglo XXI. Hay niños de trece años que acceden regularmente al porno en sus aparatos, y Sara obviamente tiene más de veinte años.

Sara se detiene en medio de su ascenso por las escaleras. A ambos lados de nosotros, la gente está viendo el sexo desplegándose en el escenario detrás de mí o representando algo sexy ellos mismos. Desearía que Sara y yo pudiéramos unirnos a ellos, mientras mis labios se adhieren a su oído susurrando algo sucio mientras mis dedos se deslizan dentro de sus bragas.

—Ojalá pudiera. Lo juro, Vicente —dice ella, con sinceridad brillando en sus ojos verdes. —He tenido que soportar estas restricciones toda mi vida. A veces, estoy tan frustrada que pienso en desaparecer. Comenzar una nueva vida en algún lugar sin mi familia.

Sé exactamente cómo se siente.

Se ríe un poco. —Es solo un pensamiento tonto que tengo a veces. Olvida que alguna vez dije eso.

—¿Realmente se enterarán si me pongo en contacto contigo?

—No puedo arriesgarme —dice ella, mirando de nuevo su reloj.

Me doy palmaditas en los bolsillos y encuentro un pedazo de papel y un bolígrafo. —Necesito verte de nuevo, Sara. —Presiono el papel en su delicada mano. —Prométeme que me llamarás.

Sara me mira, la tristeza rompe la barrera que pone contra el mundo. Hay una grieta en su caparazón, solo una pequeña fractura, pero podría ser suficiente.

—No quiero meterte en problemas, pero necesito volver a verte. Dijiste que querías eso también —le recuerdo. —¿O era una mentira?

—Quiero volver a verte —dice ella, con voz sincera.

Acaricio su mano con el pulgar. —Así que llámame.

Sara duda, pero luego asiente con la cabeza.

—¿Llamarás? Prométemelo.

—Te lo prometo. Te llamaré. —Sara arrastra aire a sus pulmones y suspira como si no quisiera que este momento terminara. —Tengo que irme, Vicente.

Asiento con la cabeza. La dejaré ir. Por ahora.

ISABELA

~ ~ ~ ~ ~ *Dos semanas después* ~ ~ ~ ~ ~

Mantengo el teléfono entre mis manos hasta que el metal comienza a subir su temperatura. Me digo a mí misma lo mismo que he estado repitiendo durante estas largas dos semanas:

Debería llamarlo.

Desde que me enteré a principios de esta semana, el mantra se ha hecho más largo.

Debería llamarlo. Él debería saberlo.

Oh, Dios. ¿Cómo me metí en este lío?

Quiero decir que sé cómo, por supuesto. Estaba justo ahí cuando ocurrió. Y sé cómo funciona la reproducción humana.

¿Pero cómo pude haber sido tan estúpida?

La puerta cruje al abrirse. Cuando mi mamá entra a mi cuarto, dejo caer mi teléfono sobre la cama. —Mamá, ¿cuántas veces tengo que decirte que llames antes de...?

—¿Qué has hecho? —Me corta el paso, moviéndose tan rápidamente que su vestido floral se eleva a lo largo de la rodilla mientras se mueve. Mi mamá siempre se viste como si estuviera a punto de salir, incluso si pasa la mayor parte del día en el sofá frente al televisor. Su columna vertebral se cierra con cremallera, por supuesto.

Con su espalda cierra la puerta.

Frunzo el ceño. ¿Sabe lo que iba a hacer, a quién iba a llamar?

Finjo ignorancia. Me quedo quieta en el borde de la cama. —¿De qué estás hablando?

Es la mejor reacción cuando no tengo idea de lo que he hecho mal a los ojos de mi familia.

Cuando tenía ocho años, mi mamá me hizo una pregunta similar, y empecé a disculparme por un tazón que había roto, dejando las piezas afiladas y dentadas metidas dentro de un gabinete de cocina al azar.

Resultó que ella no se había enterado de eso. Acababa de ver la bolsa de comida para perros que había dejado en el suelo, en la que, por supuesto, se había metido Bobby.

—¿Creías que podías esconder algo así? —Sostenía un trozo blanco de plástico del tamaño de un bolígrafo.

Mi sangre se congela. —¿Cómo...?

—Las empleadas estaban vaciando los botes de basura, y los encontraron dentro del que está en tu baño.

Maldita sea. No puedo tener privacidad en esta casa.

—Tienes que explicarte —exige. El colchón se sumerge mientras se sienta a mi lado, con la mano agarrando mi brazo.

Mis ojos se nublan. Oh, no. No puedo aguantarme.

—Oh, Isabela. —Mamá me empuja con un abrazo materno, su suave cuerpo me da un cojín sobre el cual caer. —¿Qué has hecho, cariño? ¿Qué has hecho?

—Fui tonta. Lo siento mucho. —Mi voz es temblorosa. Las lágrimas caen por mis mejillas. Me lo he estado callando, guardando este secreto para mí. Han sido días inquietos. Y las noches han sido de insomnio.

No creí que pudiera decírselo a nadie. Pero ahora que mi mamá está aquí, y parece entenderlo, tal vez todo esté bien.

—Sabes que tienes que deshacerte de él, ¿verdad? —pregunta ella, con su voz atravesando la burbuja de mi sueño imposible.

Me alejo y la miro fijamente. —Mamá, ¿cómo puedes sugerir eso?

—Isabela, has hecho algo estúpido. No redobles tu estupidez —dice ella. Obviamente, ella ha pensado en esta reacción antes de confrontarme. —Sabes que el honor lo es todo, y has deshonrado a gente importante haciendo lo que hiciste.

—Mamá. —No puedo creer lo que estoy oyendo. —No puedo hacer lo que estás sugiriendo. No voy a hacer eso solo por una débil idea de honor de hombres con grandes egos.

Sus labios se aplanan en una línea desagradable. —Sabes que has hecho mal, Isabela. No defiendas lo que es indefendible.

—¿Sabes? Solo he hecho lo que millones de otras mujeres están haciendo ahí fuera. Mira afuera por una vez, mamá. Fuera de esas vallas altas. Ya no son los años 50.

—No eres otra mujer. Ya lo sabes. —Un trasfondo de rabia se precipita bajo la plácida superficie de su calma.

La miro fijamente.

—No es justo. Pero la vida no es justa —dice mamá. —Cada uno tiene su parte de dificultades en la vida. Acepta tu destino, y serás más feliz por ello.

La ira me quema el estómago, pero muerdo mis palabras ácidas.

—Vivimos en un mundo donde el bien y el mal no importan. Solo hay consecuencias. —Ella enuncia cada palabra. —Las consecuencias de un embarazo ilegítimo cuando ya estás comprometida a casarte con otro hombre, un hombre poderoso, son graves.

El terror enfría mis huesos, extendiendo su escalofrío a través de mi torrente sanguíneo, enfriando mi ira.

—Tu padre te repudiará a ti y a la familia de tu futuro marido... Bueno, se ofenderán tanto que no se sabe lo que harán. —Mamá me mira a los ojos, el miedo se refleja en sus ojos oscuros. —Podrías empezar una guerra, Isabela.

Mi cuerpo se congela.

Eso ya lo sabía. Por supuesto que sí lo sabía. Pero tenía la esperanza de que pudiera hacer que desapareciera, olvidar que este problema alguna vez existió y dejarlo desaparecer por sí solo.

—No puedo hacerlo, mamá. —Le tomo la mano. Me aprieta el pecho. —En lugar de hacer algo así, podría dar el bebé en adopción. Podríamos hacerlo, ¿verdad? Retrasar la boda. Esconderme hasta que nazca el bebé y dejar de parecer embarazada.

El temible movimiento de su cabeza aplasta mi esperanza. —No podemos retrasar la boda. No puedes esconderte de tu prometido durante nueve meses.

—Pero mamá —grito, mi mundo gira violentamente. —No lo conozco. Ni siquiera lo conozco. ¿Cómo pude engañarlo con un extraño? No tiene sentido.

—No hay bien o mal, Isabela. Solo consecuencias —repite.

—Lo siento mucho. —El dolor destroza mi cuerpo al pensar en sacrificar a mi bebé por esta causa sin sentido. —No puedo hacerlo, mamá. Simplemente no puedo.

Se sienta como una estatua a mi lado. Mi madre nunca ha sido muy expresiva.

En nuestro mundo, las emociones indican debilidad, incluso para las mujeres. Hemos sido entrenadas desde que nacemos para retenerlas, para ocultar nuestros verdaderos sentimientos.

Por eso nunca he sido una llorona. Sin embargo, en este momento, mis hombros tiemblan de dolor.

Y la idea me viene a la cabeza. —Sé qué hacer. Nunca me han visto, ¿verdad? Podríamos contratar a alguien para que finja ser yo. Incluso podríamos encontrar a una mujer a la que le gustara el tipo. No alguien como yo. Odiaría ser la esposa de un mafioso.

—No siempre puedes elegir en la vida, Isabela.

—¡Nunca puedo elegir! —me pongo nerviosa.

Mamá se pone de pie. —Hablaemos cuando te hayas calmado.

VICENTE

—Todavía no ha llamado, ¿eh? —Ethan me muestra una sonrisa provocativa.

Inclino la cabeza y tomo el vaso entero de un solo trago, dejando que el líquido marrón me queme la garganta. —Vete a la mierda.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? Refresca mi memoria.

—Dos semanas.

Se ríe mientras saca un taburete a mi lado y pide un trago. — ¿Sabes? Tal vez esto es el karma de todas esas chicas a las que nunca devolviste la llamada.

Lo miro fijamente.

Ethan y yo crecimos juntos. Además, acaba de tener un bebé con mi hermana. Oh, y odia tanto a mi padre que intentó matar al viejo, pero ahora todo está bien. Es una larga historia que tomaría toda una novela para contarla.

El punto es que es uno de mis mejores amigos, pero ahora me arrepiento de haberle hablado de Sara. —¿Qué estás haciendo afuera de todos modos? ¿Estás dejando solo a mi sobrino en casa?

Se ríe entre dientes. —Por supuesto que no. Tus padres están ahí, animando el lugar. Pensé que los dejaría compartir un rato, pensé que quizás te encontraría aquí, deprimido. Y he aquí, yo tenía razón.

Arrastro aire a mis pulmones comprimidos y lo dejo salir. —No se trata solo de la chica, Ethan.

Toma su vaso de whisky y bebe un sorbo. —Sí, lo sé. Siento lo de la boda. Si lo supiera, te lo habría advertido.

—¿En qué coño estaba pensando mi padre? Ya no vivimos en la época medieval. —Hago un gesto al camarero, ordenando otro trago. Necesito una botella de whisky tan fuerte que me haga olvidar lo jodido que está todo.

Ethan se encoge de hombros. —Olivia también está en contra. Pero ya sabes cómo es tu padre. Probablemente diría algo noble sobre la paz y el bien de la familia.

—Que se joda la familia. —Tomo otro sorbo. La quemadura se extiende a través de mi pecho.

Ethan ríe. —Si no fuera por James y Oliver arrastrándote a ese club, no te habrías divertido en absoluto.

—No lo hicieron por mí —me burlo, pensando en mis dos guardaespaldas que insistieron en llevarme al club donde conocí a Sara para celebrar mi regreso a casa. —Soy el único que puede meterlos ahí.

—Wow, has cambiado. —Ethan presiona el vaso contra sus labios y toma otro trago.

Solía pasar todo mi tiempo libre en el club. Pero después de un tiempo, los espectáculos en el escenario pasaron de moda. Y ninguna de las chicas me llamó la atención lo suficiente como para querer pasar más de cinco minutos con ellas... hasta Sara.

¿Quién coño es esa chica? ¿Y dónde está ella? ¿Qué está haciendo como para no tener tiempo de llamarme? ¿Estaba mintiendo cuando me dijo que lo haría?

Me rasco el pelo. —Creo que está en problemas.

—¿Quién? —Ethan frunce el ceño, juntando sus cejas.

—Sara.

—¿La chica que conociste en el club?

—Sí.

—¿Qué te hace decir eso?

Suspiro profundamente. —De otra manera, ella habría llamado.

Ethan pone una mano en mi hombro. —Mira, tal vez no le gustes tanto.

—No la viste, hombre. Ella era... Lo vi en sus ojos. No estaba mintiendo. —Mi razonamiento suena patético incluso para mis propios oídos.

La preocupación brilla en los ojos de Ethan.

—Tengo que rescatarla —insisto. —Su familia parece una locura.

—¿Quieres decir tan loca como la tuya? —pregunta Ethan. —
¿Sabes qué? Creo que sé lo que está pasando. Estás proyectando.

—¿Qué?

—Estás proyectando tus propios problemas en esta chica. — Ethan termina su bebida y golpea el vaso, sus ojos brillan y sus manos hacen gestos salvajes. —Te sientes atrapado por tu propia familia, al igual que esta chica, según tu historia.

—Oye, eso es literalmente lo que ella me dijo —protesto.

Ethan no estaba allí. James y Oliver me dijeron lo mismo, pero tampoco la vieron claramente.

La fractura que vi en el duro caparazón escondiendo su verdadero yo... no me la imaginaba. Por una vez se estaba abriendo, bajando la guardia... para mí.

—Bien. Pero escúchame. Hay una posibilidad de que esté ocupada, ¿verdad? O tal vez conoció a alguien más.

—No. —Me aprieta el pecho de pensar en mi gatita con otro tipo. Los celos se encienden en la boca de mi estómago e incineran todas las dudas.

—Mira, solo estoy haciendo conjeturas, amigo —dice Ethan. — Mira, todo lo que digo es que... necesitas arreglar tus problemas primero antes de tratar de resolver los de ella. Puedes rastrearla o no. Pero primero, tienes que decirle a tu padre que se vaya a la mierda.

—Podría reiniciar la guerra.

Mi familia ha estado peleando con los Lansky desde que tengo memoria.

Hubo una especie de disputa entre mi bisabuelo y el patriarca de los Lansky, y desde entonces, nos hemos engañado, robado y matado unos a otros. Se ha derramado demasiada sangre como para que podamos fumar una pipa ceremonial y olvidarnos de la guerra.

Pero aparentemente, una boda entre una chica de los Lansky y yo resolvería todo. Nos uniría en una sola familia. Y en nuestro mundo, la sangre lo es todo, incluso si hay mala sangre en el pasado.

Es una antigua solución a un antiguo problema. Una que podría ser tan loca como para funcionar.

—Le dije a León que no iba a hacerlo. —En ese momento, la sangre se elevó a la cara de mi padre y me gritó en su oficina, golpeando su puño contra su escritorio. Tras una salpicadura en la superficie de madera, me dio una conferencia sobre las responsabilidades de un hombre que se apellide Gambino, especialmente de uno que es el único hijo de su generación.

—¿Qué dijo? —pregunta Ethan.

—Cállate y madura.

ISABELA

Me las arreglé para mantener la compostura mientras me sentaba durante la cena familiar. Pero ahora, sola en mi habitación, un millón de pensamientos corren por mi cerebro.

Tal vez mi mamá tenga razón. No tengo otras opciones. El bebé tiene que irse.

—Sé práctica, Isabela. —Su voz resuena en mi mente. No pienses en él como un bebé; aún no es una vida humana. Piénsalo. Si te sales con la tuya, y eso causa otro conflicto, podrían perderse varias vidas. La vida de tu padre. Mi vida. La vida de tus hermanos. Tus sobrinos y sobrinas.

Mi mamá siempre es lógica. Razonable. No quiero que se derrame la sangre de mi familia en mis manos.

Pero no puedo sacudir el miedo en mis entrañas cada vez que pienso en seguir adelante con esta idea.

Es tan fácil como tragar una pastilla, me dijo mi mamá. Piensa en ello como una vitamina o un suplemento. Antes de que te des cuenta, todo habrá terminado. La vida volverá a la normalidad.

Excepto que nunca he querido nada 'normal'. Para mí, eso siempre ha significado normas y restricciones estrictas. Nunca he conocido la privacidad. Incluso mi basura es un objeto de interés para mi familia.

Tal vez debería hablar con él.

Vicente.

Esa noche, cuando Andrew, el tipo que me quería violar, llamó al guardia de seguridad, le salió el tiro por la culata. Quiquiera que sea Vicente, debe ser poderoso. Basándome en el hecho de que tiene una habitación privada para él solo en el club, es definitivamente rico.

Tal vez pueda ir con él. Esconderme en un lugar seguro. Volar juntos a otro país.

¿Y luego qué?, me pregunto a mí misma. No puedo creer que vaya a alejarme para que podamos ser una familia.

Parecía interesado, seguro, en volver a verme; no en casarse conmigo. Cielos. Solo nos hemos visto una vez. Qué manera de adelantarme a mí misma.

Además, podría ponerlo en peligro. El dinero y el poder no pueden protegerlo de las balas, especialmente cuando dos familias enteras lo persiguen.

Sé práctica, Isabela.

La puerta se abre. Mi mamá mira por encima de su hombro antes de entrar a mi habitación.

Esta vez no me quejo de que no golpee. Hay cosas más importantes de las que preocuparse.

—Mamá, he estado pensando en lo que dijiste, y tienes razón. — Me apoyo para sentarme contra la cabecera.

Presiona un dedo contra sus labios y me hace callar, empujando la puerta hasta que se cierra con un suave clic. Sentada en la cama, habla en un tono conspirativo y silencioso. —No. Me equivoqué. — Vaya situación con la que he lidiado...

—He vivido este mismo escenario en mi mente durante años: después de todo, tengo hijas. Y tomé una decisión hace mucho tiempo.

—Pero siempre fue hipotético. Y esta es la realidad. —Su mirada se fija en mí.

Abro la boca para responder, pero no encuentro las palabras. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Me puse en modo de control de daños cuando encontré tu test de embarazo. Tuve que arreglarlo antes de que alguien más se enterara —dice—. Pero he tenido tiempo para reconsiderarlo.

Mi corazón late con esperanza. —¿Y?

—No puedo seguir adelante con ese plan y vivir con ese peso — dice, agarrando mi mano. —Isabela, tengo un plan. Es una locura. Pero es lo único en lo que puedo pensar.

—Haré lo que sea. —Cualquier cosa para salvar a mi bebé.

—No es lo ideal. Cambiará todo, pondrá tu vida patas arriba. — Ella emite un gran suspiro. Baja la voz en silencio. —Tendrás que morir. Es la única forma en que los Gambino aceptarán la cancelación de la boda.

—¿Qué quieres decir? —Moriría por este bebé si fuera necesario, pero aun así tendría que llevarlo durante nueve meses.

—No morirás de verdad, por supuesto. Pero tendrás que convencer a todos de que has muerto.

—¿Cómo? —pregunto, y mi corazón se acelera. ¿Fingir mi propia muerte? Eso suena como algo sacado de una película de terror. — ¿Morir en un accidente automovilístico?

Mamá sacude la cabeza. —Eso levantaría una señal de alerta cuando tu cuerpo no se encuentre en el auto. He hablado con alguien en quien confío. Todo lo que tienes que hacer es irte de excursión y no volver a casa.

Mi mandíbula se cae. —¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Mamá asiente con la cabeza. —Es simple. Es muy fácil. También es creíble porque ya has ido a acampar con tus hermanas.

Asiento con la cabeza, y el plan va tomando forma en mi mente. Aun así, la duda me roe. —¿Es realmente tan fácil?

Mamá asiente con la cabeza. —Hice la misma pregunta. Me han asegurado que lo es.

—¿Con quién hablaste? —Mi padre tiene un montón de asesores para todo tipo de actividades delictivas, pero mi madre se ha mantenido firmemente al margen del negocio familiar, como es tradición.

—No te preocupes. Ha ayudado a mucha gente a desaparecer. Él se encargará de tu nueva identidad. Funcionará. —Con una expresión seria, mamá me mira a los ojos. —La parte difícil es cortar los lazos con tu antigua vida. Una vez que te vayas, nunca podrás volver atrás. No puedes equivocarte y usar tu antiguo nombre. No puedes llamar, enviar mensajes de texto o incluso enviar una carta a casa. —

—Isabela Lansky morirá, y yo seré otra persona.

—Sí. —La mirada de mamá se suaviza al asentir con la cabeza.
—Lo siento, no se me ocurre un plan mejor. Si quiero que mi nieto viva, tengo que dejar morir a mi hija.

Por la mañana

Aprieto el teléfono móvil en mi mano mientras estoy sentada en la cama. Guardé el número de teléfono de Vicente en el taxi de vuelta a casa desde el club, pero no he ido más allá de pasar el pulgar por encima del botón verde de llamada.

En lo profundo de mis entrañas, siento como si necesitara saberlo. Sí, solo nos hemos visto una vez. Pero yo daré a luz a su bebé.

Se siente mal dejarlo sin contarle lo que está pasando.

Al mismo tiempo, ¿qué sentido tiene que lo sepa? Después de que desaparezca, no podré comunicarme con él. Me mudaré al otro lado del país y me olvidaré de mi antigua vida, de todo lo que he conocido.

Mamá me dijo específicamente que nunca me acercara al padre del bebé. Ni siquiera quería saber quién era porque le preocupaba que alguien se enterara cuál era su nombre y lo persiguieran.

En este momento, nadie sabe que fui a ese club. ¿Pero qué pasa si lo investigan y descubren quién es el padre? ¿Y si lo torturan para averiguar dónde estoy y lastimar a mi bebé, mientras una guerra se desata entre las dos familias?

Los riesgos son demasiado altos.

Pero al mismo tiempo, es solo una llamada telefónica... ¿cierto?

Ni siquiera tengo que decirle nada. Solamente necesito hablar con él, escuchar esa voz profunda y suave otra vez.

Me hará sentir mejor. Me siento como si estuviera ahogándome en un pozo de mierda, y necesito algo para que la vida apeste un poco menos.

Respiro profundamente, pero eso solo hace que el latido de mi garganta sea más intenso.

Vaya, estoy haciendo la llamada.

Mi corazón se acelera mientras presiono mi teléfono contra mi oído y escucho el tono electrónico.

Oh, Dios. Realmente estoy llamándolo.

¿Qué voy a decir?

Hola, soy Sara. ¿Te acuerdas de mí? Tuvimos sexo estilo perrito, oh, ¿hace dos semanas? Por cierto, estoy embarazada, estoy esperando un bebé tuyo.

—Hola —la voz de una mujer del otro lado de la línea me devuelve a la realidad.

¿Con quién estoy hablando? ¿Por qué esta mujer tiene el teléfono de Vicente?

Un dolor sordo me golpea el pecho mientras pienso en él en la cama con otra persona, sábanas suaves envueltas alrededor de cuerpos sudorosos y desnudos. Tal vez Vicente acaba de dormirse a su lado, con el pelo castaño revuelto después de una sesión vigorosa de sexo matutino.

Eso no sería asunto mío. No es como si fuéramos exclusivos, incluso si estoy embarazada de él.

—Hola, eh... ¿es este el teléfono de Vicente? —pregunto.

—¿Vicente? —La mujer parece perpleja.

Quizás me equivoqué de número. La chispa de esperanza en mi pecho es efímera, ya que me doy cuenta de que tal vez su nombre no es realmente Vicente, o tal vez me dio un número falso a propósito.

No. Él no haría eso. Parecía tan ansioso por volver a verme.

—Sí —digo por teléfono. —Vicente me dijo que llamara a este número. Nos conocimos en el club.

Un bulto se clava en mi garganta y palpita mientras la mujer permanece en silencio. ¿Es su novia? ¿Su esposa? ¿Vicente estaba engañándola conmigo? El pensamiento me llena el estómago de ácido.

Pero tengo que averiguar la verdad. No podré volver a llamarlo mañana. —¿Hola?

—Oh, sí. Lo siento —dice la mujer. —Vicente no puede atender el teléfono ahora mismo.

¿Quién coge el teléfono de otra persona si no es una novia o una esposa? ¿Es posible que sea un número fijo?

—¿Puedes decirle que Sara llamó? —pregunto, por si acaso.

—Claro. —A juzgar por su tono neutral, la mujer es probablemente una secretaria o algo así.

—Gracias. —Le doy mi número de teléfono. Si ese no es un teléfono celular, entonces no habría ningún identificador de llamadas, y no podría devolverme la llamada.

—No hay problema, Sara. Pero solo una palabra de precaución, de mujer a mujer, no te alarmes si no te devuelve la llamada.

—¿Por qué dices eso? —Mi corazón late con fuerza.

—Bueno, se va a casar. Tal vez solo quería tener una última noche de diversión, no sé. Pero no te hagas ilusiones. Los hombres hacen este tipo de cosas todo el tiempo. —Con voz alegre agrega: —Pero me aseguraré de hacerle saber que llamaste. Adiós, Sara.

Miro fijamente a la pared con el teléfono presionado contra mi oído mientras el tono de desconexión se transforma en silencio.

¿Qué es lo que acaba de pasar? Me había imaginado múltiples maneras diferentes en las que la llamada pudo haberse realizado, pero eso fue...

Solo quería tener una última noche de diversión.

Supongo que eso es todo, entonces.

Fui tonta al pensar que Vicente podría ser el caballero que me salvaría de mi destino. Pero eso no es real.

Tendré que salvarme a mí misma.

VICENTE

—¿Por qué coño estás tan contento?

Mi hermana, Valentina, sonríe mientras se pinta las uñas, llenando la sala de estar con los olores a químicos. —Anímate, Vicente. El sol brilla. Los pájaros están cantando. Es un día precioso.

Tomo mi teléfono de la mesa de café antes de tomar asiento. Así que ahí es donde lo dejé. Pulsando el botón, la pantalla parpadea para darme las noticias decepcionantes.

No hay llamadas perdidas. No hay mensajes de texto.

—¿Esperando una llamada de alguien? —pregunta Valentina en tono alegre.

—No es asunto tuyo.

Mis dos hermanas no pueden ser más diferentes si lo intentan. Olivia es la chica más dulce y amable, mientras que Valentina te jode para divertirse.

Incluso cuando éramos niños, ella solía hacer cosas como destrozarnos nuestras habitaciones o derramar nuestras bebidas solamente para meternos en problemas.

Una vez, incluso esparció mis juguetes por toda la oficina de papá -un área prohibida para nosotros, los niños de la época, porque era donde guardaba sus armas y drogas- y sonrió cuando me castigaron, con la cara roja de furia.

Algo en su cara feliz me recuerda a esa sonrisa. Ella se vuelve hacia mí. —¿Por qué me miras así? ¿Tanto me extrañaste, hermano?

—¿Qué hiciste? —Deslizo mi teléfono, buscando cualquier señal de sus travesuras.

—Dios —dice ella dramáticamente, poniendo los ojos en blanco. —¿No puede una chica ser feliz sin razón?

La miro con sospecha. Odio admitirlo, pero probablemente no haya hecho nada malo. Ethan tiene razón, me estoy volviendo obsesivo. No todo es sobre Sara.

—Creo que este color iría muy bien con la decoración de tu boda, ¿no crees? —Valentina levanta la mano, mostrando su esmalte de uñas rojo brillante.

—Vete a la mierda. —Tomo mi teléfono y busco un artículo sobre narcisismo, comparando las viñetas con lo que sé de Valentina. Olivia y yo hemos sospechado durante mucho tiempo que nuestra hermana tiene algunos problemas mentales, pero, por supuesto, ella piensa que es perfecta.

Valentina se ríe. —Oye, yo llegué primero. Tú fuiste el que decidió venir conmigo.

—Solamente estoy esperando a papá.

—Oye, ¿qué vas a hacer esta noche? —El cabello oscuro de Valentina cubre su cara mientras se inclina para seguir pintándose las uñas.

—No es asunto tuyo. —No es mi mejor respuesta, lo sé. Solo he estado en casa un par de semanas, pero cuantas menos ideas le dé a Valentina, mejor.

—Huh. Lástima. Iba a pedirte que vinieras a un club conmigo. Hay una chica que quiero que conozcas. Ella sería perfecta para ti —dice.

Levanto una ceja. —No necesito que juegues a ser hada madrina. Además, estabas hablando de mi boda.

—Vamos. No finjamos que va a ser un matrimonio de verdad —dice Valentina. —Es, ¿qué, un mes antes de la boda? Y todavía vas a salir a los clubes y le das a las mujeres tu número.

—¿Qué has dicho? —Me siento con las piernas bastante separadas. ¿Cómo supo eso?

—Así que, esta amiga que quiero que conozcas.... —Valentina se inspecciona las uñas, ignorándome. —¿Sabes qué? Creo que iré de rosa a tu boda. O blanco. Siempre he querido ir de blanco a una boda. No te importaría, ¿verdad, hermano?

Me dirijo hacia ella y golpeo con mis manos la parte de atrás del sofá. —¿Qué dijiste de ir a los clubes y dar mi número?

Valentina se estremece. Sus labios se curvan mientras me mira.
—Oh, claro. Estaba a punto de decir algo sobre mi amiga. Su nombre es Sara. ¿Estás interesado?

—¿Llamó? —gruño.

Valentina sigue trabajando en sus uñas. —Tal vez.

—Valentina. Maldición, dímelo o.....

—Vicente —la voz de mi padre resuena por toda la casa mientras abre la puerta de su oficina.

—¿Qué? —Me vuelvo loco.

—Tenemos que hablar. Ven a verme a mi oficina —dice.

—Dame un minuto. —Le agarro la muñeca a Valentina. —¿Qué le dijiste por teléfono?

—A la oficina. Ahora —dice mi papá con firmeza.

—No hemos terminado —le murmuré a Valentina mientras me alejaba.

Cerré la puerta detrás de mí. La oficina de mi papá se ve igual que siempre desde que era niño. Solía colarme aquí de vez en cuando, por supuesto, aunque nunca había sido lo suficientemente descuidado como para dejar caer algún juguete aquí.

Incluso en ese entonces, sabía que lo habíamos hecho. Cuando me castigó, no fue porque rompí su regla. Fue porque me habían atrapado.

El legado de León Gambino es una vida de crimen. Nunca ha querido criar un heredero obediente. Lo que necesita es un hijo lo suficientemente inteligente como para que no lo atrapen.

—Siéntate —dice, señalando la silla vacía a través de su enorme escritorio.

Su secretaria no está aquí hoy. Esta charla debe ser especial.

—¿Qué pasa? —Me poso en los apoyabrazos con los codos y entrelazo los dedos.

—Entiendo que sientas que necesitas disfrutar de tu libertad mientras estás soltero, pero hay mucho trabajo que estás descuidando mientras estás ahí fuera haciendo Dios sabe qué. —Un desagradable fruncido de ceño le arruga la frente. Parece que hay más de esas líneas profundas de las que recuerdo.

—He estado ocupado. —Ocupado buscando a Sara. He estado volviendo al club todas las noches, esperando poder verla, viendo su sombra en cada chica que pasa a mi lado. Ha sido una tortura.

—Tú también puedes permanecer ocupado después de tu boda. Todo lo que tienes que hacer es convencer a tu esposa de que estás trabajando —dice.

—¿Es eso lo que le dices a mamá?

—No te hagas el listo. Y muestra algo de respeto —dice, mientras su voz se hace cada vez más fuerte. —Hay una montaña de cosas que finalizar. Tenemos un largo contrato con los Lansky que necesito que revises. No te envié a la Facultad de Derecho para que te quedaras sentado todo el día.

Gimo. Después de décadas de conflictos, las dos familias están finalmente dividiendo los bienes y territorios en disputa. Es un espectáculo de mierda. Mi papá quiere que me arremangue y lo limpie por él.

—También hay que elegir una casa para que tú y tu esposa vivan en ella —agrega. —Lleva a la chica a ver mis propiedades. Planifiquen juntos algunos proyectos de mejoras para el hogar. Ve a comprar muebles.

—Sí. De acuerdo. —Me paso los dedos por el pelo y me masajeo el cuero cabelludo.

Después de la universidad, había estado fuera, viviendo mi propia vida al otro lado del país. Ahora que vivo bajo el mismo techo que mi exigente padre y mi malvada hermana, recuerdo por qué estaba tan ansioso por dejar mi hogar.

—Deja de estar tan malhumorado todo el tiempo. Te comportas como un adolescente.

Le devuelvo las palabras que quiero lanzarle. Ya hemos pasado por esto muchas veces. La boda es la única manera de poner fin a la guerra que se ha tragado a demasiadas víctimas. Si me negara, sería responsable de la muerte de mucha gente.

—Presta atención a lo que sucede a tu alrededor. Muestra algo de interés en el negocio, en la boda. Lo que sea —dice con voz ronca. —Ni siquiera has visto una foto de ella todavía. Isabela

Lansky es una chica bonita. Ya he tenido gente felicitándome por los hermosos nietos que tendré.

—Eso es un poco prematuro. —No me importa lo bonita que sea. He conocido a muchas mujeres hermosas, pero ninguna de ellas me ha gustado tanto como Sara.

—Dios mío. ¿Qué voy a hacer contigo? —Papá mira al techo como si Dios estuviera en el segundo piso de esta casa. Agarra su teléfono y me lo muestra. —Aquí. Te mostraré una foto.

Le doy una mirada superficial mientras blande el teléfono. Una foto de familia con dos parejas mayores y dos niñas. Demasiado pequeño para que vea las caras, pero no me importa.

¿Qué sentido tiene esto? Tendré que ver la cara de la chica todos los días por el resto de mi vida.

—Hermosa, ¿eh? —pregunta papá, pasando el dedo para mostrarme otra foto.

Suspirando, le echo otro vistazo a la pantalla brillante.

Mierda.

Me inclino hacia adelante y cruzo el escritorio para tomar el teléfono de mi papá. Sosteniendo el teléfono cerca, miro fijamente, sin parpadear, hasta que el dolor me pica en los ojos.

—¿Esa es ella?

La he encontrado. Sara. Isabela. Cualquiera que sea su nombre.

Mi gatita. Me voy a casar con ella.

ISABELA

~ ~ ~ ~ ~ *Cuatro años después* ~ ~ ~ ~ ~

Está oscuro aquí. Negro como la cueva de un oso.

Mi corazón late tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

La oscuridad me recuerda aquella noche, cuando me alejé del campamento, en algún lugar en medio del Parque Silvestre de Puerto Causé.

Eché un último vistazo a las cinco coloridas tiendas de campaña en el césped. La gente se reunía alrededor de sus fogatas, contando historias, cantando con guitarras acústicas y tostando malvaviscos.

Ellos serán los últimos en ver viva a Isabela Lansky. Mañana, mi familia llamaría a la Policía, que le preguntará esta gente sobre mí.

Pero ninguno de ellos miraba en mi dirección.

Y ni siquiera había leído las noticias sobre mí. Como me dijo mamá, debía cortar todas las conexiones con mi pasado. Si quisiera mantenerme a mí y a mi bebé a salvo, ni siquiera debía conectarme a Internet.

A medida que me aventuraba a adentrarme en el bosque, las voces humanas se apagaban. Dejé de escuchar el crujido de las hogueras y empecé a captar los cantos nocturnos de pájaros e insectos.

—Entonces, Sara, ¿qué haces? —pregunta una voz profunda y masculina que parece venir de delante de mí.

Su nombre es Vicente, lo que me hizo reflexionar cuando se presentó. Pero entonces me di cuenta de que estaba siendo tonta. Es un nombre común.

—Soy diseñadora gráfica. —Sonrío por costumbre antes de darme cuenta de que no puede verme la cara.

—Oh, ¿en serio? ¿Qué tipo de cosas diseñas?

—Oh, carteles publicitarios, portadas de libros, imágenes para eventos... todo tipo de cosas.... —Dije mis líneas sin problemas, ahora que ya he tenido mucha práctica.

En realidad, aunque de vez en cuando trabajo como FreeLancer, es difícil poner en marcha mi negocio de diseño, especialmente cuando hay tanta competencia por el trabajo online. Ser madre soltera de un niño pequeño tampoco ayuda.

Pero no miento para impresionar a nadie. Simplemente no he encontrado la manera de decirle a la gente que no gano mucho dinero sin hacer preguntas sobre cómo me mantengo. Obviamente, no puedo decirles que recibí una bolsa llena de dinero de mi madre cuando escapé de mi familia mafiosa.

A veces, desearía poder conseguir un trabajo fuera de casa, pero entonces no podría pasar tanto tiempo con Tomás.

—¿Qué hay de ti? ¿A qué te dedicas? —le pregunto al hombre que presumiblemente está sentado al otro lado de la mesa.

Casi he comido un aperitivo con este tipo, pero aún no tengo ni idea de cómo es. Apuñalo mi plato y le doy a la porcelana antes de que pueda perforar algo suave, algo comestible. Espero.

Me siento tonta.

Si no fuera por Lily, mi vecina entrometida, ni siquiera estaría aquí. Pero ella insistió. Cuando me habló de esta cita literalmente a ciegas, ya había pagado a la agencia de citas y había reservado una niñera para Tomás.

—Trabajo en el negocio familiar —dice mi cita.

—Oh. —Lucho por ocultar el juicio en mi tono. He construido toda mi nueva vida con la premisa de escapar de mi familia. No puedo entender la idea de seguir los pasos de mis padres, llenando un papel que ha sido preparado para mí desde que nací. —¿Te gusta?

Se ríe entre dientes. Algo en su voz me suena familiar. —No lo hice, al principio. Pero creció en mí.

—¿Alguna vez quisiste hacer algo más con tu vida?

—Sí, por supuesto —dice—. Entonces me di cuenta de que estaba siendo una mierda. Pensé que era tan diferente del resto de mi familia. Pensé que estaba destinada a algo más grande. Algo

más noble. Pero resultó que mi familia sabía exactamente lo que necesitaba.

Me muerdo el labio. ¿Lo he ofendido con mis preguntas? —Eso es genial.

Descanso las manos sobre mi regazo mientras una camarera viene a limpiar la mesa y colocar los entrantes delante de nosotros. Es difícil de creer que pueda andar entre las mesas y otros comensales sin chocar contra nada, mientras balancea los platos en sus manos.

Todos los que trabajan aquí tienen problemas de visión. El restaurante dona un porcentaje de sus ganancias a la Fundación de No Videntes. Esa es una gran razón por la que accedí a hacer esto: es por caridad.

—¿Qué hay de ti? ¿Vives con tu familia? —pregunta Vicente.

Casi me pongo a reír de lo lejos que está de la verdad. —No. Están al otro lado del país.

—¿No te mantienes en contacto con ellos? Puedes visitarlos. O llamar, al menos.

—No. No hemos hablado en cuatro años.

—La familia es importante. Es posible que los extrañe cuando se hayan ido —dice. ¿Por qué insiste tanto?

—He cortado lazos con mi familia. Preferiría no hablar de ellos. —Eso normalmente hace callar a cualquiera que pregunte.

Vicente se queda callado por un segundo. —Así que no eres de por aquí, ¿eh?

—¿Cómo sabes eso? —Mi pulso se acelera.

—Tu familia está al otro lado del país.

—Oh. Sí. —Estoy tan paranoica que ni siquiera es gracioso. Por eso no puedo socializar. Tengo miedo de que alguien me conecte con mi antigua identidad.

¿Es paranoia, sin embargo, si actualmente dos familias de la mafia pueden estar librando una guerra una contra la otra por mi desaparición?

—¿Dónde está tu ciudad natal? —pregunta—. Espera. Déjame adivinar. Tal vez Madrid.

—¿Cómo sabías eso? —Mis pulmones se tensan. Tal vez sea alguien de mi antigua vida. ¿Podría ser el mismo Vicente que conocí en el club?

—Bueno, trabajas en línea. Las personas de allí aman el diseño gráfico.

Me río, en parte sin alivio. —Sí. Me pillaste.

Relájate, me digo a mí misma. Millones de personas nacieron y crecieron en Madrid.

Voy a tientas en la oscuridad hasta que toco el frío tallo de mi copa de vino y tomo un trago.

—Vaya, extraño ese lugar —dice Vicente.

Casi me ahogo con el vino. —¿Has estado allí?

—Sí. Todavía vivo allí —dice en un tono casual. Demasiado casual, seguramente, para ser un asalariado enviado a buscarme. —Estoy en un viaje de negocios ahora mismo, y está tardando más de lo esperado.

—Oh. Esa situación es molesta.

—Ni me lo digas —dice Vicente. —Se suponía que tenía que ver a alguien hace un par de semanas, pero la reunión seguía retrasándose. Pero ahora todo está bajo control. He localizado a esa persona.

No está hablando de mí, ¿verdad?

Por supuesto que no. Deja de pensar locuras. Esta es solo una cita.

Sí, crecí en un ambiente loco donde la vigilancia, la violencia y las actividades ilegales eran comunes. Pero este es el mundo real. Esas cosas no pasan.

Incluso si el hombre que está sentado frente a mí es el mismo Vicente que es el padre de mi hijo, no va a ser una amenaza para Tomás. Ni siquiera sabe que Tomás existe, así que nunca me rastrearía para demandar por la custodia. Es solo un escenario alocado que mi mente paranoica imaginó.

En lo que concierne al padre de Tomás, solamente soy un fantasma que lo ocupó una noche. Incluso si el hombre sentado al otro lado de la mesa es realmente él, podría decir que no estoy interesada en salir con él y eso sería el final de todo.

—¿Cómo encuentras la comida? —dirijo la conversación hacia un tema seguro.

—Sabe bien. —Vicente hace una pausa. —¿Pero sabes qué preferiría tener?

Me felicito a mí misma por haber encontrado algo agradable y seguro de lo que hablar, como todos los restaurantes que extraño en Madrid. —¿Qué?

—Algo que haya cazado yo mismo. —El peligro ata la voz de Vicente.

Un escalofrío corre por mis brazos. —Oh. Tú, eh, te gusta cazar, ¿eh?

—Sí. Me encanta el aire libre. ¿Qué hay de ti? ¿Alguna vez has ido de excursión?

Se me queda sin aliento la garganta. —Sí. Solía hacerlo. Pero ya no más.

¿Soy yo, o esta conversación en la cena ha tomado un giro peligroso? Pongo el tenedor sobre la mesa. Hace rato que no pruebo nada. Apenas puedo tragar. De todos modos, no es como si Vicente supiera si estoy comiendo.

Eso es correcto. No puede verme. ¿Tal vez pueda apresurarme a abrir la puerta antes de que se dé cuenta de que me he ido?

No. Eso sería una locura.

No pienses locuras, me digo a mí misma. La locura llama la atención. Eso es lo último que necesito.

Debería pasar desapercibida. Actuar con normalidad. Comportarme como una veinteañera normal en una cita.

Levanto mi copa de vino, inclino la cabeza y dejo que el alcohol se me meta por la garganta.

—¿Por qué no? —pregunta Vicente.

—No tengo mucho tiempo libre. Estoy tratando de construir un negocio de diseño, y no es fácil. —Normalmente no me gusta hablar de mí misma, pero esta noche no soy yo misma. Estoy alucinando.

Esta cena a oscuras fue una mala idea. Tengo que decirle a Lily que deje de entrometerse en mi vida amorosa porque estoy perfectamente feliz con la inexistencia de ésta.

Le cuento a Vicente sobre las plataformas en línea donde ofrezco mi trabajo, sobre los diseñadores de todo el mundo que están dispuestos a trabajar por menos dinero que yo, sobre los vagos correos electrónicos que recibo de clientes que exigen innumerables revisiones.

Cuando la camarera viene a traer los postres, ya he contado todo lo que hay que saber sobre mi trabajo.

—Guau. —Vicente emite un bajo silbido. —Suenas como una chica ocupada. Creí que los diseñadores solo diseñaban....

—Bueno, dirigir un negocio de diseño es diferente a trabajar como diseñador —digo yo, deseosa de seguir hablando de negocios.

El alcohol me está proporcionando muchos detalles aburridos para compartir. No es que quiera una segunda cita, prefiero no tener nada que ver con nadie de mi ciudad natal, así que, ¿a quién le importa si me encuentra aburrida?

—¿No quieres tomarte unas vacaciones a veces? —pregunta Vicente.

—Bueno, sí. A veces. Pero no puedo. —Me muerdo las palabras antes de decirle que tengo un hijo al que no puedo dejar solo en casa.

—Es bueno alejarse de vez en cuando. Pero probablemente es más fácil para mí decirlo porque puedo pedirle a alguien que me cubra en el trabajo. Eres un espectáculo de una sola mujer.

—Sí. —Me sonrío a mí misma en la oscuridad, dejando que el zumbido del alcohol me lleve a un lugar lejos de mis pensamientos ansiosos.

—¿Sabes adónde me gusta ir en mis días libres? —Antes de que pueda responder, Vicente dice: — Parque Silvestre de Puerto Cause.

Un escalofrío me desgarrar la columna vertebral.

¿Dijo el Puerto Cause? ¿Cómo en el parque silvestre adonde fui de excursión antes de "desaparecer"?

Puedo enloquecer ahora, ¿verdad? Bueno, eso no sería una locura.

No es solo el alcohol que se me sube a la cabeza. Ha habido demasiadas coincidencias.

Primero, Vicente pregunta por mi familia. Luego, empieza a hablar de Madrid, e incluso sigue viviendo allí. Ahora, ¿él simple y casualmente menciona Puerto Cause?

—Debería irme —tartamudeo mientras paso mis dedos sobre el mantel liso, buscando mi teléfono. —Acabo de recordar que tengo algo que hacer esta noche. Un diseño que necesito enviar a mi mayor cliente. También he bebido demasiado y mi cabeza se siente rara.

Maldita sea. Maldigo por dentro. Una excusa fue suficiente. Dos sonaban falsas. Y mi voz temblaba.

—Espera. —La voz de Vicente irradia autoridad. Me recuerda al hombre que conocí en el club.

—Lo siento, tengo que acortar esta cita —le dije, agarrando mi bolso. Cuando me levanto, las patas de la silla se arrastran ruidosamente contra el suelo.

—He dicho que esperes. —No sé cómo se las arregla Vicente para encontrar mi mano en la oscuridad, pero de repente una gran y cálida mano envuelve mi muñeca. —No voy a dejarte ir sin que me des tu número de teléfono. Otra vez no.

VICENTE

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Isabela con su voz suave.

—Siéntate —digo con calma.

—Suéltame. —Ella se aleja, pero me niego a ceder. No iré a ninguna parte a menos que yo la deje. Y no voy a cometer ese error dos veces.

—No hagas una escena. Créeme, quieres mantener las cosas en secreto, a menos que quieras morir por segunda vez.

Eso la calla. Su mano tiembla bajo la mía.

—Siéntate —repito. —No voy a decirlo por tercera vez.

El rasguño de su silla me dice que está siguiendo mi orden. Bien.

—¿Quién eres? —pregunta ella.

Me río. Apuesto a que tiene muchas preguntas. Sé lo mucho que apesta tener voces preguntando cosas en la cabeza que no puedes responder; tuve que lidiar con eso durante cuatro años. Puede esperar unos minutos.

—Isabela, Isabela, Isabela. —La satisfacción corre por mis venas. Todo mi trabajo finalmente ha valido la pena ahora que está sentada frente a mí.

—¿Quién eres? —pregunta de nuevo. —¿Cómo sabes que mi...? ¿Por qué sigues llamándome por ese nombre?

—Deja de fingir. Sé quién eres. —Me inclino sobre la mesa mientras acerco su mano. —¿No me recuerdas?

Isabela duda. —¿Vicente?

—Así es. Nos conocimos en el club, ¿recuerdas?

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Cómo me encontraste? ¿Qué es lo que quieres? —El miedo gotea de cada palabra, pero ella sigue adelante con sus preguntas.

—No te preocupes. —Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar. —No te haré daño.

—¿Qué quieres de mí? —exige.

—Deberías haberme dicho la verdad. En el club.

—¿Qué quieres decir con eso? Porque te di un nombre falso" - dice ella con voz baja- en el club, ¿me perseguiste años después del hecho? ¿Qué clase de psicópata eres?

No puedo evitar reírme. Aquí está, temblando en su silla sin uno de sus sentidos, siendo físicamente restringida por un hombre mucho más fuerte y del que ella sospecha que es un psicópata, ¿y tiene las agallas para ir a la ofensiva?

No hay ninguna duda al respecto. Realmente es una princesa de la mafia.

Parecía mucho más reservada esa noche en el club, pero quizás estar 'muerta' la ha endurecido.

—No se trata del nombre falso, Isabela. —Hay algo tan encantador en llamarla por su nombre real. Le queda mucho mejor que el otro. —¿Por qué no me hablaste de tu familia?

—Porque no quería ser Isabela Lansky. Todavía no lo quiero.

—¿Sabes? Pensé mucho en lo que dijiste esa noche. —Las esquinas de mis labios se arriman. —Dijiste que querías desaparecer para empezar una nueva vida. No dejaba de pensar en ello. No podía creer que estuvieras muerta.

—¿Cómo sabías que estaba muerta?

—Lo escuché de la boca de tu propio padre. —La sonrisa en mis labios se ensancha.

—¿Qué? ¿Cómo...?

Una voz femenina resuena desde el sistema de sonido, cortando la pregunta de Isabela. El planificador de eventos anuncia que las luces están a punto de encenderse.

Yo mismo no podría haberlo hecho mejor.

Las luces inundan gradualmente la habitación hasta que puedo ver la cara de asombro de Isabela frente a mí. Ahora lleva el pelo corto y es rubio.

—¿Sabes? Creo que te veías mejor morena.

Ella frunce el ceño. Es increíble, pero se ve impresionante incluso con esa expresión amarga en la cara.

Yo ya estaba esperando dentro del restaurante en la oscuridad cuando Isabela llegó, así que no vi su vestido negro entallado o los suaves zarcillos de punta que enmarcaban su adorable cara.

Los celos me golpean el pecho. ¿Se encuentra a menudo con hombres extraños para citas como esta?

—¿Cómo conociste a mi padre? ¿Eres un mentiroso también, además de un psicópata? —pregunta.

—Vamos. Dame el beneficio de la duda, Isabela —digo yo, saboreando el nombre que se desliza de mi lengua.

—Solo dime la verdad. —Me mira fijamente.

—Realmente conocí a tu padre. De hecho, fui una de las primeras personas a las que le hablé de ti. Dijo que nuestra boda se canceló porque tú habías desaparecido. —La miro fijamente. No quiero perderme ni un detalle.

Las emociones fluctúan a través de la cara de Isabela: incredulidad, confusión, realización y finalmente... horror abyecto. Abre la boca, pero no sale ninguna palabra.

Entrelazo nuestros dedos. —¿Se te acabaron las preguntas, esposa?

Con los ojos bien abiertos, Isabela me estudia, buscando pistas como si tuviera mi nombre escrito en alguna parte.

—Tú... es... ¿Quién eres?

Es curioso que ni siquiera se atreva a decirlo.

—Vicente Gambino.

—Vicente. —Mi nombre se desliza entre sus labios. Nunca ha sonado tan dulce. Traga visiblemente. —Vicente.

—Soy yo, Isabela. A diferencia de ti, yo no te di un nombre falso. Pero aun así no te diste cuenta de quién era yo. Para ser justos, sin embargo, no es como si pudieras haberte llamado a ti misma Isabela. —Sonríe, incluso mientras ella sigue mirándome sin sentido del humor.

—Se suponía que debíamos... ¿Fuiste tú con quien se suponía que debía casarme?

Asiento con la cabeza.

—Así que cuando llamé a tu teléfono y alguien me dijo que te ibas a casar, ¿eso era verdad? ¿Y ella no era tu prometida?

—No sabía que habías llamado. —Frunzo el ceño. Las cosas podrían haber sido muy diferentes si lo hubiera sabido.

—Ella... la persona que cogió el teléfono. Le dije que te lo hiciera saber.

Maldita sea. —Debe haber sido Valentina.

—¿Qué va a pasar ahora?

La miro fijamente. —Todos estos años, mi único objetivo fue encontrarte. No he pensado qué hacer una vez que lo haga.

—¿Quieres decir que nadie más lo sabe?

—No. —Me acerco su mano a los labios y le beso los nudillos. — Soy el único que conoce tu secreto.

—¿No se lo dirás a nadie? —Isabela me mira fijamente, la sospecha brilla en sus ojos.

—¿Y lo compartiste con todos los demás? —Le regalo una sonrisa. —No. Eres toda mía. Mi propio secretito.

ISABELA

Intento poner un pie delante del otro y trato de no pensar adónde voy, solo a quién estoy viendo.

Mirando mi reloj, me doy cuenta de que llego tarde. No es de extrañar ya que saqué cada prenda de vestir de mi armario y me probé todo lo que tenía, sin que nadie se diera cuenta puesto que terminé con un par de vaqueros flacos rasgados, una blusa negra de manga larga y una gabardina de color gris.

Oh Dios, ¿qué voy a hacer?

No puedo abandonar esta vida y empezar otra más.

Cuando hice ese truco hace cuatro años, un profesional me ayudó. Mi caminata en solitario terminó en un tramo tranquilo de la carretera, donde un hombre me estaba esperando, apoyándose en su coche mientras tomaba una calada de su cigarrillo.

Durante el viaje al aeropuerto, me entregó algunos documentos: mi nueva identificación, mi licencia de conducir y mi pasaporte. Me dijo que solo usara esas falsificaciones si era absolutamente necesario antes de abordar el avión. Cada vez que presento una identificación falsa a las autoridades, me arriesgo a que me atrapen.

No sé a quién llamar. Desafortunadamente, no soy tan ingeniosa ni estoy tan bien conectada como mi madre.

No es como si pudiera encontrar a tipos como él en una página de citas en internet. Quizá debería haberle pedido una tarjeta de visita.

Además, hay otra pequeña diferencia. Un niño pequeño llamado Tomás.

Empezar de nuevo ya fue bastante difícil por mi cuenta, ¿pero con un niño dependiente de mí? Ni siquiera pensaré en ello.

Anoche, cuando Vicente me besó la mano... por primera vez en mucho tiempo, sentí el aleteo de mariposas en mi estómago. Es el

único hombre que me ha hecho sentir así.

Naturalmente, me asustó. Así que murmuré algo sobre una fecha límite, salí corriendo del restaurante y llamé a un taxi.

Me quedé mirando hacia atrás desde el asiento trasero, esperando ver a Vicente siguiéndome. No podía decidir si estaba más aliviada o asustada cuando él no lo hizo.

Llegué a casa y encontré a Tomás dormido en su cama y a Lily sonriendo de oreja a oreja, acosándome sobre cómo había ido mi cita. Dándole la misma mentira sobre una fecha límite olvidada, le di las gracias y la saqué, prometiéndole que se lo contaría todo otro día.

Justo cuando estaba bien despierta en la cama, mi teléfono sonó con un mensaje de texto de un número desconocido.

Encuétrame en tu local de café, favorito mañana a la 13:00 en punto. No te atrases.

Tomo una profunda bocanada de aire mientras se ve el logo del local. Una campana suena cuando empujo la puerta.

Vicente ya está sentado en uno de los pocos sofás disponibles junto a la ventana, con la chaqueta de su traje colgada en el reposabrazos de cuero. Se ha arremangado hasta los codos. Los rayos del sol danzan sobre su dorada piel e iluminan los tonos más claros del marrón en su cabello oscuro.

No me sorprende que tenga el mejor asiento en la cafetería. Puedo imaginarlo dando una orden para que el anterior ocupante del sofá se fuese.

En el momento en que me saluda, varias chicas siguen su línea de visión para encontrarme. Me miran fijamente, prácticamente resplandecientes de envidia.

Si supieran qué clase de hombre es Vicente, de qué tipo de violencia es capaz como hombre involucrado en su 'negocio familiar'.

Sé que no es así. Por esa razón tengo que hacerlo mejor. No puedo dejarme atrapar por su encanto como todo el mundo.

Con un niño pequeño que depende de mí, no puedo permitirme el lujo de ser descuidada.

—Oye, te pedí tu café de siempre. —Vicente hace un gesto a la taza de plástico sudando sobre la mesa.

Ni siquiera le preguntaré cómo sabía lo que normalmente bebo. Tomando mi asiento, me pregunto: —¿Por qué quieres verme?

—He pasado cuatro años buscándote. No puedo irme ahora que te he encontrado.

—¿Qué quieres hacer conmigo, entonces? ¿Quieres que me vaya a casa contigo y nos casemos, como querían nuestras familias? —pregunto.

Se encoge de hombros. —Si eso es lo que quieres.

¿Cree que el matrimonio es un asunto trivial?

Recojo mi vaso, y se mojan mis dedos mientras tomo un sorbo de mi café con leche helado. —Sabes que eso no va a pasar, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Porque no puedo hacerle eso a Tomás. No puedo dejar que crezca de la misma manera que yo.

Me muerdo la lengua. Vicente no puede enterarse de lo de Tomás. No hasta que averigüe qué hacer. Tal vez nunca. Jamás.

Vicente se inclina hacia adelante. Sus fuertes y musculosos antebrazos descansan sobre sus rodillas. —Isabela, eso es exactamente lo que va a pasar. Eso es lo que tú también quieres, lo sepas o no. Serás feliz conmigo y con tu familia a tu alrededor.

Me burlo. —Esa es solo una fantasía, Vicente. La vida real no es tan ideal. Ni siquiera me conoces, ¿y crees que las cosas van a funcionar por arte de magia?

—Sí —responde sin perder el ritmo.

—¿Qué, vas a secuestrarme un día cuando menos me lo espere y me arrastrarás a casa?

Se ríe. —Puedo hacer eso. Pero no tendré que hacerlo.

—¿Qué te hace decir eso?

—¿Por qué viniste aquí? No tuve que arrastrarte hasta aquí. Y, sin embargo, aquí estás —dice con un tono arrogante.

—Porque eres un mafioso. Y la amenaza es suficiente para hacerme seguir tu orden.

—Yo no te amenacé. —Me mira fijamente con sus ojos agudos y penetrantes.

—Sí, bueno, solo porque no lo hayas dicho en voz alta no significa que no haya ninguna amenaza —digo yo. —¿No quieren tus padres que me lleves a casa?

—No saben que estás viva, no con la misma certeza que yo. Pero no importa. No me importa lo que quieran. Estoy aquí porque quiero estar aquí.

—¿Saben que me has encontrado?

Sacude la cabeza. La luz del sol atrapada en su cabello cambia, haciendo que las hebras sueltas brillen como seda caliente. —Te lo dije. Eres mi pequeño secreto.

—¿Cómo es que tú has conseguido encontrarme y ellos no?

—Es solamente el destino, Isabela. Estoy destinado a encontrarte —dice con una sonrisa burlona. —Yo tenía una pista que ellos no tienen. Sara. No saben que has usado ese nombre en el pasado.

Mi corazón se acelera. Yo no elegí mi nuevo nombre; simplemente supe que sería Sara en el camino al aeropuerto. Así que, aunque Vicente lo dijera tan ligeramente, bien podría ser...

No. Es solo una coincidencia.

—¿Siguen buscándome? —Si lo están haciendo, tendría que pensar en mudarme cada año más o menos, solo para que les resulte un poco más difícil encontrarme.

Vicente asiente con la cabeza. No es la respuesta que esperaba, pero era previsible. —No sé nada de tu familia. Sin embargo, o creen que estás muerta de verdad, o son muy buenos actores.

Oh Dios, ¿qué estoy haciendo aquí? Cuanto más tiempo paso con Vicente, más riesgo corro en mi nueva vida, con Tomás, con mi familia en casa.

—Tengo que irme —digo, levantándome del sofá.

—No irás a ninguna parte. —Su voz está llena de peligro.

—Eso suena como una amenaza.

Sin pestañear, me mira fijamente. Está a centímetros de mí. —No me importa lo que creas que es. No te vas a ir. Además, Isabela, olvidas algo. Conozco tu secreto.

Mi corazón se acelera. ¿Sabe lo de Tomás?

Es tan alto que tengo que levantar el cuello cuando lo miro, pero pongo cara de valiente. —¿Sí?

—Sí. —Pone su mano en la parte de atrás de mi cráneo y sujeta las raíces de mi cabello. Inclinandose cerca, me susurra al oído: — Te gusta cuando te amenazo... gatita.

Una emoción baja de puntillas por mi espina dorsal. Es la primera vez que me llama así desde que volvimos a vernos. Y todavía me afecta de la misma manera que hace cuatro años.

—No habrías venido si no quisieras volver a verme. Admítelo — dice.

Siento como si mirara dentro de mi alma. Cuanto más tiempo paso con él, más difícil es esconder mis secretos. —Tenía preguntas, y ahora he oído tus respuestas. Mis asuntos han terminado aquí.

—¿Han terminado? —Vicente atrapa el lóbulo de mi oreja entre sus dientes, siento su aliento caliente en mi piel sensible. — ¿Entonces por qué no te vas? ¿Por qué se te pone la piel de gallina en la nuca?

Porque me siento tan atraída por él que me duele incluso mirarlo, sabiendo que es el hombre del que necesito alejarme. Porque el calor que emana de su cuerpo me quema por dentro. Porque el chisporroteo de la electricidad entre nosotros me hace querer olvidarme de todo y rendirme.

Pero no puedo decírselo.

—Sé que estás asustada, gatita —susurra Vicente. —Pero somos el uno para el otro. Verás si nos damos una oportunidad.

Todos los nervios de mi cuerpo anhelan cerrar la brecha entre nosotros.

Puedo irme a casa si quiero. Si estoy bajo la protección de Vicente, no tendré que sufrir la ira de dos familias mafiosas.

Extraño mi hogar. Terriblemente. Cada vez que veo a mi hijo sonreír con esos labios que se parecen a los de mi madre, me duele el pecho de pensar que nunca se ven.

Pero eso sería irresponsable. Lo que ofrece Vicente es demasiado bueno para ser verdad.

En el momento en que acepte irme a casa con Vicente, es él quien tiene el control total. No hay garantía de que me proteja. Es

posible que esté furioso porque me haya escapado. Tal vez haga de mi vida un infierno tan pronto como use su anillo.

Si se tratara solo de mí, lo intentaría. Pero con Tomás en el panorama, no puedo ser tan imprudente.

—¿Qué dices, gatita? —Vicente planta un beso ligero en mi cuello que hace que mi corazón se apriete con la necesidad.

—No puedo. Tengo una vida aquí. No puedo desarraigarme y apostar todo por ti —digo, resistiéndome a la tentación de dejarme derretir bajo su caricia.

—Una cita —dice en un tono callado que me hace cosquillas en la oreja. —Déjame llevarte a una cita. Si todavía quieres que me vaya después de eso, te dejaré en paz. Nadie más tiene que saber que sigues viva.

Es solamente una cita. ¿Qué tan malo puede ser? Por otro lado, ¿qué bien puede hacer? ¿Y si es una trampa?

Sacudo la cabeza, incapaz de decir que no.

—No te hice una pregunta, gatita —dice Vicente con una voz llena de peligro. —Vendrás a una cita conmigo. Irrumpiré en tu casa y te sacaré a rastras si es necesario. Pero prefiero hacer esto de una manera agradable.

VICENTE

Cuando Isabela abre la puerta principal de su casa esa noche con el vestido rojo que le compré, la vista me deja sin aliento. Le queda perfecto, le quita las curvas sin revelar demasiado.

—Hola, preciosa —le dije, dándole el ramo de flores. El papel envuelto alrededor de los tallos cruje.

—Gracias. —Mira detrás de ella. Luego, con cuidado de no abrir más la puerta, coloca el ramo en algún lugar dentro y sale para unirse a mí. Su cabello brilla con la luz del sol de la tarde.

Isabela sigue ocultando algo, y averiguaré qué es.

—¿Lista? —Le ofrezco un brazo y la acompaño al auto que alquile durante semanas mientras trataba de localizarla.

—Gracias —dice cuando mantengo la puerta abierta y entra en el coche.

Miro a Isabela mientras el auto se aleja de la acera frente a su casa. Ella dobla sus manos limpiamente en su regazo, sus dedos tiemblan con la ligera tela de su vestido.

—¿Tienes algo en mente? —pregunto.

—¿Adónde me llevas?

—A una cena. Te gustará este lugar. —Encontré el restaurante cuando estaba revisando los parques estatales de la zona, con la esperanza de encontrarme con ella en algún campamento al azar.

—Me llevarás a casa de nuevo esta noche, ¿verdad?

Me río. —Por supuesto.

Así que eso es lo que le preocupaba. No puedo decir que sea sin razón.

He secuestrado a algunas personas, la mayoría hombres que se lo merecen. Incluso maté a algunos de ellos sin ningún remordimiento.

Aunque Isabela ha causado caos y violencia con sus acciones, ella no quiere lastimar a nadie.

Actúa por sobrevivencia.

A pesar de todo, si ella no está de acuerdo en venir conmigo voluntariamente, tendré que arrastrarla a casa, a la fuerza y haciéndola gritar. No quiero hacer eso, pero no me ha dejado otra opción.

—¿Cómo estuvo tu día? ¿Diseñaste algo interesante?
—pregunto, llenando el silencio.

—Sí. —Isabela empieza a hablar de su último trabajo, un afiche para un evento de una banda local en algún club. Me cuenta todo sobre la estridente y exigente cantante principal, que la hace revisar el diseño docenas de veces.

Interesante. Isabela solo habla cuando se trata de su trabajo. Es porque le apasiona o porque está tratando de evitar otros temas de conversación.

Para cuando llegamos al parque, el sol naranja ha pintado el cielo de púrpura y amarillo. Lanzamos largas sombras sobre el asfalto mientras caminamos por el estacionamiento.

Isabela saca una chaqueta negra de su bolso mientras sopla una ráfaga de viento, levantando el dobladillo de su vestido unos centímetros para mostrar su piel suave y cremosa. —No estoy vestida para ir de excursión.

—¿Quién dice que vamos de excursión? La última vez que fuiste de campamento, ‘moriste’. No quiero que eso vuelva a pasar.

Isabela no se ríe. Tal vez sea una broma de mal gusto.

A la entrada del majestuoso restaurante, un hombre vestido de blanco nos saluda y nos lleva a la única parte del bosque con cálidos focos apuntando a los troncos de los árboles. —Llegaste justo a tiempo para la puesta de sol.

Me sonrío a mí misma mientras Isabela gira la cabeza, mirando el dosel de hojas que bloquea nuestra vista del sol.

Así que no ha estado aquí. Extraño, considerando su fascinación por el aire libre. Me pregunto si el bosque le trae malos recuerdos.

—Por favor —dice el hombre, señalando a una vaina hecha de madera y bambú. Un techo cuelga unos tres metros por encima del

fondo de la vaina.

Dejé que Isabela entrara primero por la pequeña abertura en el costado de la cápsula.

Isabela le da las gracias al hombre y sube con confianza a la cápsula, tomando asiento junto a la mesa. Supongo que se imagina que no podré secuestrarla con esta cosa de todos modos.

Sentado frente a ella, observo los engranajes girar en su cabeza mientras el hombre revisa los gruesos cables conectados a la cápsula.

Cuando toda la vaina se balancea en el aire, ella jadea sorprendida, agarrando los lados de la vaina. Su cabello se balancea, sus mechucas sueltas flotan mientras el hombre permanece en el suelo y nos iza con los cables.

—Oh, Dios mío. —Isabela sonrío incluso mientras sus dedos siguen agarrando la madera, sus ojos se balancean entre la textura áspera del enorme árbol que está a nuestro lado y las vistas cambiantes que nos rodean a medida que nos elevamos a través de la copa del árbol. Se ríe de los pájaros que la miran con curiosidad.

Cuando la cápsula se detiene en la cima, Isabela abre los ojos en silencio.

—No es un mal lugar, ¿eh? —pregunto, ladeando una ceja.

Se ríe, sus ojos observan a nuestro alrededor. —¿Estás bromeando? Esto es asombroso. No puedo creer que haya un lugar así tan cerca de donde vivo. A veces desearía poder salir más, pero yo.... —Isabela se traga el resto de su sentencia.

—¿Pero tú...?.

—Pero tengo mucho trabajo que hacer. —Me da una sonrisa mesurada. Su mirada se aleja de mí.

—Oh, wow. ¿Ese es el camarero?

Un hombre se acerca a nosotros a través de los árboles y las tierras con un golpe en la plataforma fija junto a nuestra vaina.

—¿Es una tirolesa? —pregunta Isabela con una emoción desenfrenada.

—Claro que sí —dice el camarero mientras reparte los menús. Toma nuestras órdenes y se va.

—Me pregunto cómo equilibra la comida mientras cuelga de esa cosa —musita Isabela en voz alta. Una sonrisa juega en sus labios mientras mira a su alrededor. —Es tan hermoso aquí arriba.

—No tan hermosa como tú.

Evita mi mirada, pero su sonrisa se ensancha un poco.

El camarero vuelve con la comida. El silencio desciende a medida que cenamos. Isabela parece estar llena de pensamientos.

—Dime lo que piensas —le digo.

Ella duda. —Me he estado preguntando si sabías quién era yo cuando nos conocimos en el club.

—No. Te habría llevado a casa conmigo esa misma noche y me habría negado a dejarte ir si lo hubiera sabido.

Un rubor se eleva hasta sus mejillas y se extiende por su cuello.

No puedo evitar mirar el escote desde su parte superior. Recuerdo cómo se sintieron sus tetas en mis manos. Dios, daría cualquier cosa por enterrar mi cara entre ellas.

—Deberías habérmelo dicho —le dije—. Las cosas habrían sido muy diferentes.

—Intenté llamarte. Una mujer atendió tu teléfono. Dijo que ibas a casarte. —Mira fijamente su plato mientras su tenedor apuñala un trozo de papa. —Pensé que era justo... No lo sé. No lo sé. Querías una última noche de diversión antes de casarte.

—No fui el único que no fue completamente honesto esa noche —le recuerdo. —¿Ya planeabas huir esa noche?

Ella sacude la cabeza. —Quería hacerlo.

—Fue una última noche de diversión antes de que te casaras —me hago eco de sus propias palabras.

—Sí.

—¿Lo fue? ¿Diversión? ¿Cumplió con tus expectativas? —pregunto.

—Sí. —El calor se eleva a sus mejillas de nuevo, haciéndome saber que está diciendo la verdad.

Mi pecho se aprieta mientras considero mi siguiente pregunta. —¿Hubieras huido si hubieras sabido que era yo?

Isabela cae en silencio. Me mira debajo de sus gruesas pestañas. —No lo sé. Eso no es lo que sucedió.

Mis manos se convierten en puños mientras pienso en los cuatro años que he perdido porque no supe la verdad sobre la hermosa mujer sentada frente a mí al otro lado de la mesa.

Se guarda el cabello detrás de la oreja, pero el viento se lo quita rápidamente. —Casi tengo miedo de preguntar, pero... ¿cómo van las cosas entre nuestras familias después de que yo... me fui?

—¿Así que realmente no tienes ningún contacto con tu familia?

Mi padre está convencido de que los Lansky mienten sobre desconocer el paradero de su hija. Asistimos al funeral de Isabela, parados alrededor de su ataúd mientras él murmuraba en voz baja sobre el falso dolor y las clases de actuación.

—No. He tenido cuidado. —Isabela me mira fijamente y me da una sonrisa irónica. —No es que me sirva de nada.

—No te mentaré; las cosas no van bien. Mi padre no cree que estés muerta. Dijo que tu madre estaba derramando lágrimas de cocodrilo en tu funeral. Tu familia está ofendida por la implicación de que se han retractado de su palabra.

Un ceño fruncido arruga la frente de Isabela. —¿Hubo un funeral?

Me río. —Oh, sí. No había nada en el ataúd, por supuesto. Pero después de unos meses de que las autoridades revisaran el parque estatal, tu familia asumió que no ibas a regresar. No te subestimes solo porque te encontré. Eres muy buena para estar muerta.

Isabela sonríe, pero esa sonrisa se desvanece rápidamente. —¿Qué tan malo es?

—Es bastante malo —digo yo. —Volvemos a pelear por el territorio. Cada vez que mis hombres ven a los hombres de tu padre cerca de la zona en disputa, estalla un tiroteo. Se ha derramado mucha sangre.

—Y todo es por mi culpa —dice en voz baja.

Mantengo mi silencio.

Isabela tiene razón, por supuesto. Si no huyera, las cosas estarían mucho más tranquilas. Estaba siendo una mocosa, actuando egoístamente sin pensar en todas las vidas que dependían de ella.

Al final de la comida, el personal del restaurante tira de la cápsula hacia abajo. Después de pagar la cuenta, me excuso para ir a los baños mientras Isabela permanece sentada a la mesa.

Considerando todas las cosas, la cena ha ido bien. Todavía tengo una o dos sorpresas en la manga. Si mi plan va bien, la noche debería terminar con Isabela en mi cama de hotel. No puedo esperar a abrirle las piernas y enterrar mis bolas en su cálida y húmeda vagina.

Durante cuatro años, mi vida ha girado en torno a la violencia y los conflictos. En el poco tiempo libre que he tenido, he buscado a Isabela, no solamente para poner fin a la guerra, sino también porque no he querido a ninguna otra mujer desde aquella noche en el club.

Ahora que ella está aquí conmigo, en carne y hueso, una parte de mí que ha estado muerta durante años ha vuelto a la vida.

Es difícil caminar con mi pene tirando de la cremallera de mis pantalones, pero llego a nuestra cápsula.

Excepto que Isabela se ha ido.

¿Está en los baños?

Voy a buscar a un camarero. —¿Viste a la mujer que estaba sentada aquí antes?

—Sí, señor. Se fue con prisa.

—¿Te refieres a dejar el restaurante?

—Sí, señor. Eso es correcto —aclarar.

¿Qué carajo...?

Agarro mi teléfono de la mesa y me voy. Debería revisar mis mensajes en caso de que me enviara un mensaje explicando por qué tuvo que irse.

Cuando mi teléfono parpadea, mi sangre se enfría.

Mierda.

No hay ningún mensaje de Isabela, pero sé por qué se fue. Empiezo a correr hacia mi coche. Si no la alcanzo, pasará mucho, mucho tiempo hasta que vuelva a verla.

Mi teléfono se ilumina con un mensaje de mi padre.

¿Ya encontraste a la chica muerta de los Lansky?

ISABELA

—¿Cómo estuvo tu salida con tu amigo especial? —pregunta Lily desde la sala de estar. A juzgar por la canción de Plaza Sésamo sonando en el fondo y el fraseo raro de Tomás probablemente esté ahí con ella.

—¡Mami! —grita Tomás con emoción, corriendo hacia el pasillo con sus pequeños e inestables pies.

Dios, es tan pequeño. Mientras abraza mis piernas, la culpa aprieta mi pecho al pensar en exponerlo al mundo en el que crecí.

—Hola, Tomás. Mamá también te extraña. —Le erizo el pelo mientras sonrío para ocultar mi angustia.

Pero Lily lo ve de inmediato. Su cara cambia en el momento en que pone sus ojos en mí. En un tono callado, ella pregunta: —Sara, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Mirando al espejo de la puerta principal, noto que mis mejillas están rayadas con rímel negro. —No puedo hablar ahora, Lily. Tengo que irme. El taxi está esperándome afuera.

—¿Qué? —Lily levanta a Tomás y lo apoya contra su cadera mientras me sigue al dormitorio. —¿Adónde vas? —Por el bien de Tomás, ella mantiene una voz alegre. —¿Adónde va mamá, Tomás?

—Nos vamos de aventura, Tomás. Te gustan las aventuras, ¿no? —Abro las puertas de los armarios y saco una pequeña maleta de mano que ya he empacado en caso de emergencia.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué eché un vistazo accidental al teléfono de Vicente cuando brillaba con un mensaje de texto para que me diera cuenta de que estaba en peligro?

¿Y si no lo hubiera visto? Habría caído en su trampa, sonriendo como una idiota todo el tiempo.

Es un mentiroso. Su padre evidentemente sabe de mí, y puedo asumir con seguridad que el resto de su familia también lo sabe.

Lily pone a Tomás en la alfombra. —Sara, ¿qué está pasando? ¿Adónde vas a ir? ¿Vas a volver?

—No lo sé. No puedo.... —Me toco el pelo con la mano. —No puedo pensar en ninguna de esas cosas ahora mismo. Todo lo que sé es que tengo que irme.

—De acuerdo. —Ella asiente con la cabeza. —¿Cómo puedo ayudarte?

La miro fijamente.

—Oh, no te sorprendas tanto —dice ella. —Nunca me has contado detalles de tu vida antes de mudarte aquí. Me imaginé que estabas huyendo de algo. Soy tu amiga, y estoy aquí para ayudarte si me necesitas.

Por un momento, un pensamiento loco pasa por mi mente. Puedo dejar a Tomás con Lily. Ella puede criarlo.

Estará a salvo con ella. Tendrá una vida normal.

Entonces, no importa lo que me pase a mí. Vicente puede llevarme a casa para ofrendarme a su padre, y pueden dispararme en la cabeza delante de toda mi familia si quiere.

Pero me rendiría en cuanto a tener una vida sencilla con Tomás. Estaría renunciando a la maternidad.

Corro la cortina hacia un lado y miro por la ventana. El taxi sigue esperando afuera. Puedo lograrlo.

Todo lo que tengo que hacer es desaparecer. No hay necesidad de pensarlo demasiado.

Tengo dinero en la bolsa; suficiente para que nos dure a Tomás y a mí un par de años.

No tengo identificaciones falsas, pero está bien, puedo sobrevivir sin ellas. Millones de inmigrantes indocumentados en este país prosperan sin ningún tipo de identificación.

Puedo conseguir un trabajo que pague por debajo de la mesa. Puedo alquilar un pequeño sótano para estirar mi dinero. Seré como una cucaracha dura e indestructible.

—Gracias, Lily. Agradezco la oferta, pero ya te he metido en bastantes problemas. Un poco más y estarás en peligro. —Tomo a Tomás de ella y lo llevo en mi cadera. Jesucristo, se está poniendo pesado.

—Llámame cuando quieras, ¿de acuerdo? —sostiene Lily y se oye el sonido de pequeñas ruedas que ruedan sobre mi piso laminado.

Sus pasos me siguen.

Me detengo en la puerta y le sonrío mientras me envuelve en un gran y cálido abrazo. —Gracias. Eres una verdadera amiga.

Lily abre la puerta y salgo corriendo, mirando por última vez a una amiga que probablemente no vuelva a ver.

Ya casi llegamos.

Me apresuro a bajar por el sendero de piedra. El taxi está justo ahí, con el humo saliendo por el tubo de escape.

Ya casi llegamos.

Paso por delante de la puerta. No recuerdo haberla cerrado cuando entré.

Pero como sea. Ya casi estoy allí. Casi puedo saborear mi libertad.

El taxi se aleja justo cuando mis pies casi chocan contra la acera.

¿Qué demonios...?

¿Por qué?

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

Allí, detrás de donde estaba aparcado el taxi, está la razón por la que se fue.

Vicente.

Pero no está sonriendo de satisfacción como imaginé que lo haría.

No.

Esos ojos oscuros y peligrosos ni siquiera están enfocados en mí.

En cambio, su aguda mirada se dirige a una pequeña figura atada a mi cadera. Tomás.

Esto es literalmente de lo que están hechas mis pesadillas.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta Vicente en su profundo barítono.

—¡Nos vamos de aventura! —exclama Tomás riéndose, sin darse cuenta del peligro que se cierne sobre él.

—Así es. —Me inclino para dejar que Tomás se valga por sí mismo. Mirando detrás de nosotros, me doy cuenta de que Lily

todavía está de pie en la puerta, mirándonos fijamente con ojos grandes como platillos. —¿Por qué no vuelves a entrar un rato, Tomás? Te llamaré en un minuto, ¿de acuerdo?

—Hola, Tomás. —Vicente se agacha, dejando que la tela de su traje de diseñador roce la acera. Sonriendo, dice: —Soy Vicente. Esa aventura suena divertida. ¿Estás emocionado?

—Sí. —Tomás sonrío mientras asiente moviendo su cabeza hacia arriba y hacia abajo en varias ocasiones.

Vicente me mira. —¿Te gusta ir de aventura con mamá?

La sangre en mis venas se enfría. Estaba a punto de hacerlo pasar por sobrino o hijo de un amigo, pero Vicente sabrá la verdad tan pronto como Tomás conteste.

—Sí.

Aprieto con más fuerza la manita de Tomás. Pero para mí horror, da un paso adelante, más cerca de Vicente, y extiende la mano para tocar su gemelo.

Maldita sea. El chico es como una urraca últimamente, siempre tomando cosas brillantes.

—Ese es el emblema de mi familia —dice Vicente. —¿Te gusta?

—Sí. —De nuevo, Tomás asiente con la cabeza con entusiasmo. —Es brillante.

Vicente se ríe. —Sí. Es brillante. Puedes conseguirlos en todo tipo de formas. Coches. Aviones. Helado.

—¿Helado? —pregunta Tomás, obviamente asombrado.

Con sonrisas tontas en ambas caras, no puedo evitar notar el parecido. El cabello oscuro. El astuto brillo en sus ojos.

Para ser honesta, he imaginado esta escena antes, cientos de veces. Pero nunca pensé que el padre de Tomás fuera Vicente Gambino, el príncipe mafioso con el que debía casarme.

—Tomás, vuelve adentro —digo tersamente, ignorando la culpa que me constriñe los pulmones.

Desde la llamada que hice a Vicente hace cuatro años, he estado cuestionando mi decisión de esconder a Tomás de su propio padre.

Pensé que Vicente no querría tener nada que ver con el nieto de un mafioso, especialmente cuando estaba a punto de construir su

propia familia con otra mujer. Pero todas mis suposiciones han estado equivocadas.

Aun así, no estoy lista para compartir a Tomás con Vicente. No sé qué hacer. No hay nadie a quien pueda pedir consejo. Lily es mi única amiga aquí, y no sabe nada de mi historia. Ni siquiera sabe mi verdadero nombre.

Cuanto más tiempo pase Vicente con Tomás, mayor será el riesgo de que se dé cuenta de que he estado criando a su hijo en secreto. ¿Y quién sabe qué pasará después?

Si Vicente demanda la custodia, Dios sabe que no tengo dinero para disputarla, a menos que vuelva arrastrándome con mi familia.

O él podría secuestrar a Tomás, con o sin mí. Dijo que me dejaría en paz si yo quería, pero es poco probable que dejara ir a su hijo a sabiendas.

De cualquier manera, si Vicente se entera de lo de Tomás, mi vida tal y como la conozco se habrá acabado.

Miro por encima del hombro y encuentro a Lily. Atrapando mi mirada, se apresura a llevar a Tomás dentro de la casa con ella.

—Nunca me dijiste que tenías un hijo —dice Vicente, poniéndose de pie.

—Nunca me dijiste que tu padre supo todo el tiempo sobre mí.

Vicente suspira profundamente. —Tienes razón. Sabe que te he estado buscando. Pero él no sabe que te he encontrado.

¿De verdad espera que me crea eso?

—Entiendo que sospeches de mí, y ahora sé por qué. Tienes que pensar en ese niño. —Por una fracción de segundo veo un brillo de dolor en sus oscuros ojos. —¿Está su padre en el panorama?

Sacudo la cabeza. —No. Y así es como me gusta. Solo Tomás y yo.

—Me cuesta creerlo, ya que te inscribiste en una agencia de citas.

—Eso fue solo porque Lily.... —Espera un minuto. No tengo que explicarme. No he hecho nada malo. —¿Qué importa eso? Dime la verdad. ¿Tu familia sabe que estoy aquí?

—No, gatita. Nadie lo sabe. Te lo dije, eres mi secreto. —Vicente me mira directamente a los ojos. No sé cómo tengo esa certeza,

pero no tengo la menor duda de que está diciendo la verdad.

Se me escapa un suspiro de los pulmones y de repente me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración. Mis músculos se relajan. —¿Pero tu padre sabe dónde estás?

—Lo sabe —dice Vicente. —Pero he pasado los últimos cuatro años yendo por todo el país, buscándote. Cree que estoy perdiendo el tiempo. Realmente cree que nunca te encontrarán.

—¿Se lo vas a decir?

—Eventualmente lo descubrirá, cuando te lleve a casa conmigo. —Vicente extiende la mano para acariciar mi mejilla con sus dedos calientes.

Ahí es cuando me doy cuenta. —No me vas a dejar en paz, ¿verdad?

—No —responde sin perder el ritmo.

—¿Por qué? —pregunto. —¿Por qué estás tan empeñado en encontrarme?

Su mirada se suaviza. —¿Por qué estás tan empeñada en perderme?

—Te dije que he construido una vida aquí. Tengo que pensar en Tomás. No puedo arrancar todo de raíz e irme a casa como si estos cuatro años nunca hubieran pasado.

—¿Por qué no? —pregunta—. ¿Sabes cuáles son las probabilidades de que nos encontremos así en el club? ¿Y sabes cuáles son las probabilidades de que te encuentre de nuevo, después de todos estos años?

Lo miro fijamente. —Y tu punto es....

—¿No crees en el destino, gatita? Se supone que debemos estar juntos.

Me río. —Tienes que estar bromeando.

—Estás demasiado asustada para admitirlo ante ti misma —dice—. ¿Y qué si tienes un hijo? A mí no me importa. Lo criaremos juntos.

—Solo quieres que me vaya a casa para poner fin a la guerra. —Una rabia familiar arde en mi vientre.

Nací para cumplir un propósito: ser usado como peón en el peligroso juego de mi padre. Pero siempre he odiado ese papel. No

lo habría elegido para mí. Al diablo con el destino.

—¿Y qué hay de malo en eso? —pregunta Vicente, con sus gruesas cejas entrelazadas. El tono de su voz sube bastante. — ¿Tienes idea de cuánta gente ha muerto en la guerra? ¿De ambos lados? ¿Eres tan egocéntrica que sacrificarías todas esas vidas para poder seguir huyendo de tus responsabilidades?

—Vete a la mierda. —No suelo maldecir, pero acabo de descubrir que he perdido mi libertad, y he vuelto al punto de partida.

Vicente levanta una ceja. —¿Es eso lo que tienes que decir a todos los hombres que han perdido la vida en la guerra? ¿‘Vete a la mierda’?

—No es mi guerra. No tiene nada que ver conmigo. —Antes de que pueda contenerme, las palabras salen de mi boca, como una presa llena de agua. —¿Por qué debería ser yo quien sacrifique toda mi vida para acabar con ella?.

—¿Por qué nuestros padres no pueden casarse si tanto quieren hacer las paces? Dos hombres pueden casarse ahora si quieren.

Un bulto se clava en mi garganta. Si me quedo aquí más tiempo, voy a llorar. Y no voy a llorar delante del hombre que me ha arrebatado la libertad por la que tanto he luchado.

Entonces me pongo los tacones y entro en la casa, cerrando la puerta con llave. Preferiría estar tomando un taxi lejos, muy lejos de aquí. Pero Vicente nunca me perderá de vista.

Que se joda.

VICENTE

Cuando Isabela abre la puerta, el sol cuelga bajo en el cielo. El cochecito verde manzana proyecta una larga sombra sobre el pasillo que casi llega a la puerta.

Ella camina a un paso rápido, sus ojos se dirigen hacia mi auto mientras se acerca a la acera.

Oh, no. No te vas a escabullir, así como así, gatita.

Salto del coche, sacando la llave del encendido por si tengo que perseguirla a pie.

—Oye, ¿necesitas que te lleve? —pregunto.

—¿Qué haces todavía aquí? —Isabela envuelve con una mano el mango del cochecito mientras se da la vuelta para cerrar la puerta.

Me agacho. —Hola, Tomás. Se ve muy acogedor ahí dentro.

—Está bien —dice, sin impresionarse. Tiene la actitud de su madre.

—¿Qué crees que estás haciendo? —silba Isabela.

Ignorándola, le pregunto a Tomás: —¿Adónde vas?

—Al parque —dice con la misma voz monótona que un hombre de mediana edad le diría a un vecino que va a su aburrida y poco inspiradora oficina. —Y a la tienda. Mamá dice que ya no hay comida.

—¿Es eso cierto? —miro hacia arriba y sonrío. Para mi sorpresa, Isabela no me está frunciendo el ceño. Solo está viendo con la mirada fija, con una expresión extraña en su cara. —¿Quieres ir a tomar un helado, Tomás?

—¿Helado? —Sus ojos se iluminan. Claramente, este es un niño pequeño que no se da el gusto a menudo.

—Sí. ¿Quieres helado? —Levanto la ceja ante Isabela, que aún tiene la mirada fija en nosotros.

—¡Helado! —grita Tomás con una voz aguda y aguda.

—Bueno, vamos a salir a tomar helado ahora. —Riendo, estiro las manos y levanto a Tomás.

Afortunadamente, el coche de alquiler viene con un asiento de seguridad para niños que algún empleado aburrido debe haberse olvidado de sacar. Otra señal de que el destino está de mi lado.

Los labios de Isabela se han diluido en línea recta, pero aparte de eso, su rostro es una máscara de neutralidad. Para mi sorpresa, incluso me ayuda a atar a Tomás a su asiento y a plegar el cochecito.

—¿Cuál es el mejor lugar para comprar helado por aquí? —pregunto cuando estamos todos en el auto.

Isabela murmura el nombre de un restaurante y yo lo pongo en el GPS. Es un viaje corto de unos 15 minutos, durante el cual Isabela guarda silencio y Tomás balbucea emocionado palabras ininteligibles detrás de nosotros.

Isabela sigue ignorándome mientras Tomás se sienta en su silla alta, devorando su helado, untando trozos de chocolate alrededor de su boca. De vez en cuando, Isabela toma una servilleta de la bolsa que guarda debajo del cochecito verde para limpiarse la cara. Tomás no tarda mucho en dormirse por la sobrecarga de helado, con una gran sonrisa en la cara.

—Es adorable —le digo a Isabela.

—Lo sé —dice simplemente.

—Mira, siento lo de ayer.... —Parpadeo como si tuviera recuerdos feos y sangrientos en mi mente. —Los últimos cuatro años han sido malos. He estado hasta el cuello con la guerra. He perdido amigos. Gente que conocía desde la infancia ha muerto.

—Lamento oír eso —dice con voz más suave.

—Siempre me ha parecido que podríamos haber resuelto este conflicto. Fácilmente. No es que no tuviéramos química. Podríamos intentarlo, al menos.

—Sabes que no es algo de lo que podamos alejarnos si las cosas no funcionan —dice—. Nuestro matrimonio habría sido una fusión de negocios.

Sacudo la cabeza. —Así no es como yo lo veo. No desde que supe que eras la mujer con la que debía casarme.

—Entonces, ¿cómo lo ves?

Miro en sus dulces ojos. —Nadie me había hecho sentir como tú, y se suponía que me casaría contigo, y nuestra boda iba a poner fin a esta terrible guerra que ya había cobrado tantas vidas. Fue perfecto, Isabela. Incluso tuvimos la oportunidad de conocernos fuera del contexto de nuestras familias.

Ella mira hacia afuera, guardándose el cabello detrás de la oreja.

—Supongo que no traté de verlo desde tu perspectiva. —Respiro profundamente. —He tenido cuatro años para acostumbrarme a los hechos. He estado obsesionado con la idea de hacer las cosas bien de nuevo. Pensé que te darías cuenta de que somos el uno para el otro en cuanto nos volviéramos a ver.

Isabela permanece en silencio. Normalmente soy bueno analizando a la gente, pero ella es completamente opaca. Debe ser toda esa práctica de esquivar las preguntas de las personas, escondiendo su verdadera identidad.

Tomás tose mientras duerme, y Isabela lo atiende de inmediato, comprobando que está bien.

He imaginado esto antes tantas veces, Isabela, un bebé y yo pasando una tarde juntos, solo que en mi mente el bebé es mío.

Los celos me aprietan el pecho mientras el pensamiento de Isabela con otro hombre invade mi mente. Quienquiera que sea, debe haber sido un idiota por dejar ir a alguien como ella.

—Isabela, lo siento. —Le tomo la mano y sonrío cuando me deja. —Ayer estaba enfadado. Pero tienes razón, no fue tu culpa que la guerra empezara, y no es tu responsabilidad terminarla.

Su mirada se suaviza.

—Supongo que también estaba celoso de que tuvieras un bebé —admito. —Obviamente, viste a alguien, y era lo suficientemente serio como para que tuvieras un hijo juntos. Esto va a sonar tonto, pero no he visto a nadie más desde que te conocí.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera una aventura de una noche? —pregunta, con el ceño fruncido de incredulidad.

—Ninguna.

Los labios de Isabela se entrecierran. —Yo, um....

—¿Qué pasa? —Pregunto. —Continúa. Puedes reírte de mí sequía.

—No es eso. —Su pecho palpita mientras llena sus pulmones de aire. —Yo también debería disculparme.

—¿Por qué?

—No lo hice... Yo tampoco he visto a nadie desde esa noche en el club —dice como si tuviera miedo de cambiar de opinión sobre lo que me va a decir a mitad de camino.

¿No lo ha hecho...?

Pero eso significa...

Mi mirada se mueve entre Isabela y Tomás mientras un millón de pensamientos pasan por mi mente.

La realidad me golpea como un tren de carga.

Tomás... Él es...

Mierda.

Me levanto. Oigo el sonido de mi silla golpeando el suelo de baldosas, pero está muy lejos.

—Tomás es... ¿Es mío?

Isabela asiente con la cabeza. Sus ojos se fijan en mí.

Son buenas noticias, ¿verdad? ¿Debería estar feliz?

Pero mientras tomo la manija de la puerta y la abro, mi cabeza gira violentamente. Llevo aire a mis pulmones estrechos, dejando que el oxígeno inunde mi sistema respiratorio, esperando que ayude a calmar la ira que se eleva dentro de mí como una marea imparable.

Mis manos se convierten en puños apretados. No. Necesito controlarme. Hay un bebé, mi bebé, y no puedo dejar que se despierte al verme estallar de rabia.

—Lo siento. —Oigo un suave susurro.

¿Perdón?

Tengo un bebé, y no lo supe en cuatro años. Cuatro malditos años que nunca recuperaré.

Me perdí su nacimiento, su primera palabra, su primer paso. Un millón de momentos se me escaparon de las manos sin que me diera cuenta.

Cuando se acaban los gritos en mi cabeza, me doy la vuelta para ver que Isabela y Tomás ya se han ido. La mujer que amo y mi hijo primogénito. Mi familia.

Tengo una familia.

Y necesito encontrarlos. Reclamarles mi derecho. Tráelos a casa conmigo.

Contrólate, carajo.

Estrecho los ojos y encuentro el cochecito verde brillante en la acera del otro lado de la calle, alejándose de mí. Las caderas de Isabela se mueven de un lado a otro como para recordarme que no tengo todo el tiempo del mundo. Levanta la mano hasta la cara. ¿Se está secando las lágrimas?

Entrando en una carrera, los alcanzo. —Isabela.

Los ojos de Isabela están rojos, y también su nariz, pero tiene cara de valiente. Probablemente no quería llorar delante de extraños en una heladería. Es demasiado orgullosa para eso. Es demasiado orgullosa para que yo también la vea desmoronarse.

—Si vas a enloquecer, me voy a casa —dice—. Tomás no necesita ver eso.

Corro delante del cochecito y bloqueo su camino. Tomás sigue durmiendo. Mi hijo sigue durmiendo. La ira me calienta el pecho, pero ahora puedo controlar el ardor.

—Estoy de acuerdo en que no necesita ver eso —digo a través de los dientes apretados. —Pero no puedo dejar que te vayas después de revelar algo así. No puedes irte cada vez que algo se pone difícil.

Isabela me mira fijamente, inquebrantable.

—Mira, no quise asustarlo, y parece que aún está dormido, así que no ha pasado nada, ¿verdad? —pregunto. —Te llevaré a casa. Hablaremos allí.

Isabela abre la boca para hablar, pero cambia de opinión y me sigue hacia el coche. No pensé que un viaje en auto pudiera ser más tranquilo que el anterior, pero este sí lo es. Nadie dice ni una palabra.

Demasiados pensamientos se arremolinan en mi mente, formando un tornado que destruye todo a su paso. Tengo que

concentrar toda mi atención solo para llevarnos de vuelta a la casa de Isabela.

Afortunadamente, Tomás duerme bien. Su pecho se eleva y cae regularmente con su respiración mientras yace en su cuna conmigo y con Isabela mirándolo.

Ese es mi hijo. Mi pecho se aprieta con las emociones. Dios, míralo, tan pequeño y perfecto. ¿Cómo es que no vi el parecido familiar? La pequeña curvatura de sus labios le hace parecerse a mi madre.

No puedo esperar a que mis padres sepan que ahora son abuelos.

Mirando a Isabela, la encuentro mirándome fijamente, observándome muy de cerca. —Tenemos que hablar —susurro.

Isabela asiente con la cabeza. Se dirige a la cocina, me pregunta si quiero beber algo y nos sirve dos vasos de té helado.

Ella indica el camino a su sala de estar. Una alfombra gruesa y colorida en colores primarios ocupa la mitad del espacio.

Un camión rojo de juguete está estacionado junto a una foto de un dinosaurio.

—Es el camión de bomberos el que está rescatando al dinosaurio —explica Isabela cuando se da cuenta de la línea de mi visión.

Una sonrisa juega en mis labios mientras la sigo al sofá.

—Déjame explicarte —dice ella. —Estaba en un aprieto, Vicente. Estaba embarazada del bebé de un extraño, y se suponía que me casaría con un mafioso. No suena como la clase de tipo razonable que estaría de acuerdo con algo así. No tuve elección.

—¿Por eso fingiste tu propia muerte?

Isabela asiente con la cabeza. —Si quería criar al bebé, tenía que alejarme de mi familia, de tu familia. Tuve que deshacerme de mi antigua identidad, porque la vieja yo tenía que vivir bajo reglas muy estrictas. No había ninguna duda en mi mente de que me habría visto forzada a... terminar el embarazo si alguna vez se descubriera. —La voz de Isabela se rompe, pero recupera la compostura. —No puedo imaginar mi vida sin Tomás, Vicente.

—Lo entiendo perfectamente. —Aspiro aire hacia mis pulmones. —Pero eso significa que tú también deberías entender mi ira. He

pasado los últimos cuatro años sin darme cuenta de que tenía un hijo.

—Quise decírtelo miles de veces. Lo juro —dice, y la culpa resplandece en sus ojos verdes. —Pero tuve que cortar todos los lazos con mi pasado. Pensé que, si alguien de la familia Gambino me encontraba, me mataría a mí y a mi bebé sin siquiera hacer preguntas. No podía arriesgarme a eso, incluso si el riesgo era minúsculo.

Eso suena como algo que mi familia haría. —Si me hubieras llamado....

—Tiré mi teléfono junto con todos los números que tenía cuando morí. —Dejé atrás todo lo que sabía. No esperaba volver a ver nada familiar nunca más. —Me mira fijamente. —Y entonces, apareciste. Vicente Gambino. Y no esperaba que ese nombre te perteneciera.

—Solo hacías lo mejor que podías. —Yo tomo su mano entre la mía. Está temblando. Mirando su cara, me maravillo del buen trabajo que está haciendo para ocultar su ansiedad. —No puedo evitar pensar... Si me hubieras llamado, y hubiéramos aclarado todo al principio, podríamos habernos saltado todo este lío. No tendrías que haber fingido tu propia muerte. Tomás habría podido pasar sus primeros años rodeado de toda su familia.

Isabela duda. —No lo sé, Vicente. Eso suena demasiado bueno para ser verdad.

—A veces las cosas están bien. Como tú y yo. ¿Cómo puedes seguir teniendo dudas sobre nosotros, después de todo lo que hemos pasado?

—Pero ¿qué pasa si las cosas salen mal? ¿No estás siendo un poco ingenuo? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

La miro fijamente. ¿Cómo puedo estar tan seguro?

Todas las palabras del mundo no le harán ver lo que yo sé que es verdad. Es hora de dejar de explicar y empezar a mostrarle lo que quiero decir.

La sostengo por la cintura y la subo a mi regazo, dejándola deslizarse hacia abajo hasta que esté sentada entre mis muslos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Isabela, luchando por escapar.

—Quédate. Te lo ordeno. —Mis hombres saben que hablo en serio cuando hablo así, y mi mujer debería aprender a escuchar.

—Suéltame —dice en un tono poco convincente.

Paso mi brazo alrededor de ella, la tiro hacia atrás hasta que pierde el equilibrio y se inclina contra mi pecho.

Entierro mi cara en su cabello suave, y el olor a jazmín salvaje llena mis pulmones. Lo recuerdo desde la primera vez que nos conocimos. La memoria manda sangre corriendo a mi pene.

—¿Tu cuello sigue siendo tan sensible como lo recuerdo, gatita?
—Presiono mis labios contra su piel y la saboreo.

A juzgar por el pequeño y lindo jadeo que hace, la respuesta es probablemente sí.

Isabela agarra mis brazos y hunde sus uñas en mi carne en una muestra simbólica de lucha. Pero cuando habla, su voz es ronca por la excitación. —¿Qué crees que estás haciendo?

Le pongo la mano alrededor de la garganta y le paso los labios por el cuello. —¿Qué cree que estás haciendo, señor?

Cuando traga, puedo sentir su garganta ondulando bajo mis dedos.

—¿Me entiendes, gatita? —susurro, sabiendo que mi aliento le hace cosquillas en el oído y le envía un agradable cosquilleo directamente a su vagina.

Isabela duda. Pero cuando abre la boca, su voz hace que mi pene tuerza la cremallera de mis pantalones. —Sí, señor.

—Tienes palabras seguras, gatita. Rojo si necesitas que pare y amarillo si quieres que vaya más despacio. Pero ambos sabemos que no quieres usarlos.

Se queda sin aliento cuando muerdo la carne de su cuello. —Sí, señor —se queja.

—Muy bien. —Desabrocho la bragueta de sus vaqueros flacos. —Quítatelos.

Sin decir una palabra, Isabela se sacude de sus jeans. Sus caderas rozan contra la dura tienda de campaña de mis pantalones. Se retuerce más de lo necesario. Cree que lo está haciendo con la sutileza suficiente para que no me dé cuenta, pero lo hago.

No se ha quitado las bragas. Debería castigarla por eso, pero lo haré la próxima vez. Esta mujer pasará el resto de su vida a mi lado; tenemos todo el tiempo del mundo.

Presiono mi palma contra sus labios vaginales. Mierda, la entrepierna de sus bragas está empapada. —No quieres que te deje ir, ¿verdad, gatita?

Isabela sacude la cabeza. Sus labios se abren mientras froto mis dedos sobre sus bragas.

—¿Te gusta eso, gatita?

Ella asiente con la cabeza.

Ligeramente, golpeé su vagina con la palma de mi mano. Ella gimotea. El sonido sexy hace que mi pene salte en mis pantalones. —Eres una chica grande. Usa tus palabras. Y no olvides dirigirte a mí correctamente. Ahora, dime —descanso mi mano sobre su vagina, dejando que el calor calme su piel que pica—, ¿te gusta esto?

—Sí, señor.

—Buena chica. Ahora quítate el resto de tu ropa y toma mi bebida por mí.

Aflojo el agarre, lo suficiente para que Isabela se incline hacia adelante y alcance el vaso de la mesa de café. Su culo se muele contra mi pene palpitante.

Esperar es una tortura. Pero esto no se trata de mí. Quiero mostrarle a Isabela que debe estar conmigo. Le pongo una venda en los ojos con mi corbata y le quito el vaso de bebida fría de la mano. Me tomaré esto tan despacio como sea necesario, aunque me duela el pene por algo de acción.

Me trago mi bebida y tomo un cubo de hielo antes de decirle a Isabela que ponga el vaso sobre la mesa. Su culo se siente tan bien en mi pene, y casi quiero zambullirme en su vagina apretada en este momento. Pero tengo que ser paciente. Todo esto es por ella.

Mordisqueando el lóbulo de la oreja de Isabela, sostengo el cubo de hielo sobre ella, dejando que el agua helada gotee sobre su piel. Ella jadea y se mueve deliciosamente sobre mí, y sus tetas tiemblan mientras se mueve.

Corriendo el cubo de hielo desde la clavícula hasta el ombligo, veo cómo se le pone la piel de gallina. Ahora está realmente viviendo el momento, todas sus preocupaciones sobre el futuro han quedado en el olvido.

Sus labios se separan por completo, dejando escapar sus pequeños gemidos. Ahora está entregada completamente a mí; no necesito contenerla. Así que, con mi mano libre, giro su cabeza hacia un lado, lo suficiente para poder lamer sus labios y reclamar su boca como mía.

Isabela sabe tan dulce como la recuerdo, con sus labios tan jugosos y delicados. Aplasto mis labios contra los suyos, besándola con fuerza. —Eso es una muestra de lo que viene, gatita. Esta noche te follaré tan fuerte que me sentirás durante días.

Le deslizo las bragas a un lado. El gemido de Isabela cuando le toco la vagina suena como música para mis oídos. Está tan resbaladiza de humedad que oigo mis dedos deslizarse sobre sus labios vaginales. Toco el cubo de hielo medio derretido sobre su piel y sonrío mientras ella tiembla encima de mí.

—Oh —se queja.

—¿Te gusta eso? —gruño.

—Sí, señor.

Mierda, no puedo aguantar esto mucho más. Levantando mis dedos empapados a mis labios, saboreo su excitación y me arrepiento inmediatamente. Solo hace que el dolor en mi pene sea más intenso.

No puedo esperar a probarla de nuevo. Pero tendrá que esperar.

Poniendo mis dedos entre sus piernas, los deslizo dentro de ella. La visión de ella abriéndome las piernas y meneándose para llevarme más profundo casi me rompe. —Mierda, gatita. Eres tan jodidamente sexy.

Presionando la almohadilla de mi pulgar sobre la capucha de su clítoris, hago movimientos circulares. Sus músculos se aprietan alrededor de mis dos dedos que están dentro de ella, agarrándome como si no quisiera soltarme.

Froto el frente de la pared de su vagina y sonrío mientras ella lanza su brazo detrás de ella, agarrándose a la parte de atrás de mi

cuello con su pequeña y delicada mano. Su frente se arruga en concentración.

Puedo sentir a Isabela tensa. Y entonces, sucede. Su cuerpo desnudo tiembla al morderse los labios. Aun así, pequeños gemidos calientes escapan de sus labios.

Manteniendo la misma presión y el mismo impulso, mis dedos bailan entre sus piernas, incluso cuando su cuerpo se debilita. Isabela hala sus piernas y me agarra de la mano, alejándose.

Justo como ella quiere, le saco mis dedos empapados de la vagina. Viendo cómo se desploma sobre mí, le golpeo sus pétalos mojados con la palma de la mano. —No puedes alejarme, gatita. Puedes pedirme que vaya más despacio, pero depende de mí si te concedo tu petición o no. Y tienes que mantener las piernas abiertas a menos que te diga lo contrario. ¿Entiendes?

Jadeando para respirar, Isabela separa sus piernas. —Sí, señor.

—Buena chica —le susurró al oído. —Verás, aunque me duela, eres mía. No quieres que me detenga o me vaya, no realmente. ¿Ves cómo sé que somos el uno para el otro?

—En el fondo, tú también lo sabes. Incluso si las cosas no son perfectas, incluso si algunas cosas salen mal, prefieres quedarte. Porque incluso el dolor se siente bien. Porque somos tú y yo.

El BDSM siempre me ha atraído, pero solo en teoría, hasta que llegó Isabela. Pensé que las decenas de miles de dólares que había pagado al club para que me uniera a ellos eran un desperdicio, pero cuando dejé la ciudad, olvidé cancelar mi membresía.

Y ese era el destino también. Porque si no hubiera estado allí esa noche, no habría conocido a Isabela. Y Tomás no habría venido al mundo.

Aunque estaba claro que no quería, me arranco las manos de la piel sedosa de Isabela. Probablemente puede sentir mi corazón latiendo contra su espalda. Todo depende de cómo responda a lo que yo haga después.

—No te estoy sujetando, gatita —digo, luchando contra el impulso de pasar mis manos por encima de ella. —Pero no te vas a ir. ¿Sabes por qué?

Isabela sacude su hermosa cabeza. Sus mejillas están sonrojadas por el orgasmo, y ella todavía anhela más, puedo decirlo. —No, señor.

—Porque eres mía. Y si no fueras tan testaruda como para admitirlo, también lo entenderías.

Isabela se muerde el labio inferior. —Señor....

—¿Sí, gatita?"

—¿Puedo verte, por favor?

Le quito la venda de los ojos. —Has sido una buena chica, y mereces una recompensa.

Isabela se da la vuelta para mirarme, a horcajadas en mi regazo. Suspira pesadamente cuando le agarro el culo con las dos manos. No puedo esperar a explorar cada centímetro de su cuerpo. Incluso le romperé la cereza anal un día de estos.

Isabela exclama y levanta su culo de mi regazo cuando la toco. Ella hace pucheros. —Por favor, señor. Allí no.

—Vale, esta noche no. Pero también iré allí. ¿Sabes por qué?

El pelo de Isabela acaricia mi piel mientras la sacude de un lado a otro.

—Porque este culo... —le agarro las mejillas del culo— ...también es mío. Cada parte de ti es mía. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

Mi pene se tensa contra mis pantalones. No soporto más esta tortura. Creo que Isabela entiende lo que quería decir en ese momento. —Te vas a ensuciar los pantalones si sigues así.

Lenta y deliberadamente, Isabela mira mi entrepierna, donde se ha formado una mancha húmeda sobre mi erección. —Oh, no. Lo siento, señor. ¿Cómo puedo compensarte?

—Saca mi pene y te mostraré —gruño. Este acto inocente que está haciendo me hace querer inmovilizarla y follarla fuerte y rápido.

Pero esto no se trata de lo que pueda quitarle. Se trata de que me dé lo que ya sé que es mío.

Mi pene salta al tocarla como si nunca antes hubiera sido tocada por manos femeninas. Miro, sin pestañear, mientras Isabela se levanta sobre mi regazo, y luego se hunde sobre mi pene, poniendo su peso corporal donde nuestros cuerpos se encuentran.

Ella es apretada, pero también está tan mojada que su vagina se desliza suavemente sobre mi pene, encajando a mi alrededor como una vaina cálida y ajustada hecha solo para mí.

Por un momento perfecto, el reloj parece detenerse. La mandíbula de Isabela se abre. Sus ojos se cierran.

Sus cejas se entrelazan. Su gemido se silencia cuando bajo, golpeando el viento de sus pulmones.

—Es tan grande, señor —suspira. Mientras Isabela se mueve de un lado a otro encima de mí, apoyo mis nudillos sobre mi hueso púbico, presionándolo contra su clítoris. Ella acelera su ritmo, abrazándome mientras persigue frenéticamente su orgasmo.

Ella está cerca de venirse. Lo sé por la forma en que su vagina me está ahogando. Cada vez que se empala en mí, puedo sentir los músculos tensos alrededor de su entrada deslizándose sobre mí.

—Aún no te vienes —le digo mientras le agarro la cintura.

Antes de que pueda preguntarme por qué, me doy la vuelta y la empujo sobre su espalda en el sofá.

Su cabello se extiende como una corona, con los pies sueltos pegados a su frente sudorosa.

Tomo un puñado de su pelo y follo en sus profundidades. — Puedo follarte más fuerte así —gruño, usando mi pene como castigo mientras la penetro.

Las manos de Isabela se sujetan a mi espalda, sus uñas arrastrándose por mi piel. —Oh, Dios mío.

—¿De quién es esta vagina? —pregunto, frotando su clítoris con mi dedo mientras sus gemidos suben el volumen.

—Suya, señor —dice ella.

—¿Pertenece a alguien más?

—No, señor. Tú eres el único. Eres dueño de mi vagina —dice febrilmente, con las caderas levantadas del sofá para satisfacer mis necesidades.

—¿Por qué?

Isabela frunce el ceño en la concentración y parece que está pensando mucho.

Cuando no sale ninguna palabra de su boca abierta, la tomo del pelo. —Dime por qué tu vagina es mía.

—Porque... porque le pertenezco a usted, señor.

—Buena respuesta, gatita —susurro.

Soltando su pelo, la agarro de las caderas y la tiro sobre mi pene mientras empujo, una y otra vez, conduciéndonos a ambos al borde de la locura.

Isabela se ve hermosa. Tan jodidamente sexy.

Sus tetas se balancean arriba y abajo al ritmo de mi cogida, y su cara está congelada en una concentración lujuriosa. Se agarra a mis antebrazos cuando cruza el borde, perdiendo el control de su propio cuerpo mientras se convierte en un montón de orgasmos temblorosos.

Nunca he visto nada más caliente. Nunca me he sentido más poderoso. Exploté en un orgasmo violento, con mi pene pulsando profundamente dentro de ella, llenándola con mi semen.

Si tengo suerte, quizás Isabela vuelva a quedar embarazada. Y esta vez, tengo la intención de estar allí para ver crecer a mi hijo.

Tenemos tiempo. Ahora que Isabela es mía, tenemos tiempo.

Acuesto mi cabeza a su lado y respiro el olor de su cabello. Le susurro al oído: —Dime que te vienes a casa conmigo, gatita.

Todo lo que puedo oír son nuestras respiraciones mientras nos tumbamos juntos con las extremidades enredadas. Mi corazón late contra su lado. La madre de mi hijo.

Soy un padre. El conocimiento me llena de alegría y trepidación. Soy responsable del bienestar de un hombrecito. Yo seré el mejor puto padre que pueda ser; eso lo sé. Haré lo que sea para ser un hombre digno de esta pequeña familia.

Puedo vernos a los tres en casa, Tomás corriendo hacia la puerta principal cuando llego a casa del trabajo mientras Isabela está trabajando en la cena.

—Dime que te vienes a casa conmigo —repito. Ahora que he probado lo buenas que pueden ser las cosas, nunca las dejaré ir.

Para mi alivio, Isabela asiente con la cabeza. —Me voy a casa contigo. Pero dame algo de tiempo.

La halo a mis brazos mientras mis labios se curvan y se convierten en una sonrisa. Nunca había visto que la vida pudiera ser tan feliz como ahora.

—Te quiero, gatita.

ISABELA

—Te quiero, gatita —dijo Vicente anoche con su pene aún enterrado en mi vagina y su semen saliendo de mí.

Después de esa gran declaración, cerré los ojos y fingí que estaba tan agotada que no podía mantener una conversación fluida.

Soy una cobarde, lo sé. Debería haber dicho algo... pero, ¿qué?

Mi corazón late dentro de mi caja torácica. No puedo negar los sentimientos que causan estragos en mi pecho, pero todo se mueve tan rápido que mi cabeza da vueltas.

Obligo a mis ojos a concentrarse en la pantalla de mi portátil. Se supone que estoy trabajando en la portada de un libro electrónico, y tengo el archivo abierto en una ventana, pero está en la parte inferior de las ventanas abiertas en la pantalla. Lo que en realidad estoy viendo son artículos en un sitio web para padres.

En letras rojas, el título dice: —5 reglas básicas para presentar a su hijo a alguien especial.

He esforzado tanto los ojos que empiezo a llorar. Después de haber pasado por unas diez páginas de resultados de búsqueda en Google, todavía no estoy ni mucho menos cerca de la verdad.

Este es un tema plagado de controversia. Está más o menos entre la lactancia materna y la educación sexual.

Todo el mundo tiene una opinión. Pero nadie tiene respuestas reales y sólidas.

Betty, por ejemplo, una columnista con cabellos rubios ondulados y ojos azules brillantes, mirándome con juicio desde su pequeña vida exitosa, dice que espera al menos un año antes de considerar una relación lo suficientemente estable como para que sus hijos se den cuenta de la existencia de su novio.

En otro sitio web, una pelirroja llamada Jenn dice que presenta a sus "amigos especiales" a sus hijos de inmediato, pero siempre en

lugares informales.

—Es como conocer a los padres de otros niños en el parque. Los niños pueden conocer un poco más a mi amigo adulto y luego irse a casa sin molestarse porque nunca volverán a ver a ese amigo en particular.

Según Jenn, estas presentaciones casuales proporcionan el ambiente perfecto para averiguar si el nuevo novio se relaciona bien con los niños.

Pero no importa cuántos artículos lea, no sé qué hacer. Por qué no puede alguien escribir un artículo como "Así que te embarazó un mafioso: ¿Qué hacer después de fingir tu propia muerte?"

Es un nicho muy pequeño, por supuesto, pero las hijas de los mafiosos también necesitan consejos.

Dios, no puedo trabajar así. Cerrando mi portátil, me levanto y me estiro, y luego me dirijo a la cocina.

Necesito mi café, muy cargado.

Paso de puntillas por el salón donde Vicente aún duerme en el sofá.

Esa siesta debe estar rompiendo una de esas '5 reglas básicas' estoy segura. Ni siquiera lo planeé cuando Vicente y Tomás se conocieron. No me esforcé por crear una atmósfera divertida y sin presión.

Y ciertamente, no intenté explicarle a Tomás de una manera "madura y no amenazante" que Vicente estaba pasando la noche conmigo.

¿Qué tanto la he cagado?

¿Y volver a casa con Vicente sería otro error?

Haciendo el menor ruido posible, vierto café fragante en el filtro y enciendo la cafetera. Hago un gesto de dolor mientras le hago un remolino al café y le echo un vistazo a Vicente.

Maldita sea. A pesar de mis esfuerzos, está empezando a moverse.

No estoy preparada para esto.

Anoche, después de decir 'la palabra con L' Tomás empezó a llorar inmediatamente, y yo corrí a su cuarto.

Después de eso, me escondí allí toda la noche y me quedé dormida en la mecedora junto a la cuna.

—Buenos días —me saluda una voz profunda y masculina. Dios, suena tan sexy cuando acaba de despertar.

También se ve caliente. Me hace querer meterme debajo de esa manta y saltar sobre sus huesos.

Le quito la mirada de encima y finjo que el líquido negro que gotea en el recipiente transparente es lo más interesante del mundo.

—Buenos días.

Los pasos se acercan, y mis oídos se levantan. Ya viene. — ¿Quieres un poco de café?

—Claro. Huele como algo muy fuerte. Lo suficientemente fuerte para despertar a los muertos.

Me río y siento que mis nervios se están derritiendo. —Sí, ese es mi secreto. Café tan negro como mi alma.

Vicente me abraza por la cintura y me besa el hombro. —Tienes el alma más pura e inocente, gatita.

Dios, ¿por qué tiene que sentirse tan bien ser abrazada por él? Es tan cálido y huele tan bien. Y debe ser mi cerebro el que me engaña, pero me siento segura en sus brazos. Pero probablemente sea porque tiene unos bíceps muy bien formados.

En realidad, me estoy poniendo en peligro por estar con él. Al mismo tiempo, ahora que me ha encontrado, es el único que puede mantenerme a salvo.

Vicente hace un pequeño sonido alegre mientras aprieta su abrazo. —Sabes que mi familia piensa que estoy loco, perdiendo el tiempo buscándote. Pero sabía que no había forma de que estuvieras muerta. Esa noche cuando nos conocimos, parecías tan llena de vida.

—No les has dicho que me has encontrado, ¿verdad? —pregunto. Me pesa el pecho.

Sus músculos se tensan. —No. Pero, gatita, tendré que decírselos tarde o temprano. Necesitan saber sobre Tomás. Él también es su familia. Tus padres probablemente se alegrarían de saber que estás viva y que tienes un hijo.

Cuando dice sus próximas palabras, puedo oír su sonrisa. —Mi hijo. —Me da otro beso en el hombro.

—No puedo creer que tengamos un hijo juntos. Y es precioso.

—Sí. Es bastante asombroso. —Sonrío. No puedo evitarlo cuando pienso en Tomás.

Quizás no se trata solo de mantener la paz entre dos familias mafiosas. Después de todo, nos conocimos antes de saber lo del matrimonio arreglado.

—¿Sabes? Después de esa noche en el club, me fui a casa y tuve una gran discusión con mi papá —dice Vicente como si pudiera leer mi mente.

—¿Sí?

—Sí. No tenía ni idea de por qué me quería en casa. Me habló de la boda, que era dentro de un mes. Acababa de conocer a una chica increíble que puso mi mundo patas arriba, así que le dije que lo cancelara. No iba a hacerlo.

Me río. —Mi padre me habría golpeado tontamente por ir en contra de su orden de esa manera.

—Oh, confía en mí; estaba listo para golpearme en la cara. Se puso tan rojo. —Vicente se ríe. —Pero sabía que no podía olvidarte, gatita. Pensé que nunca podría sentir por mi futura esposa lo que sentía por ti. Era lo que había que hacer. No me importaba si mi padre iba a explotar. Tenía que volver a verte.

—Así que no estabas solo... ¿No me buscaste porque tu familia quería que lo hicieras? —pregunto.

—De ninguna manera. Mi padre me dijo que estaba loco. Dijo que estaba en negación. Hasta tu familia aceptó tu muerte, y yo era el único que perdía el tiempo buscándote.

Eso significa que mi madre hizo un buen trabajo actuando como si estuviera de luto.

—No puedo esperar a ver la expresión de su cara cuando le diga que te he encontrado. Y tú has dado a luz a su primer nieto. —Vicente se aleja y agarra dos tazas, colocándolas sobre el mostrador.

Sirvo el café en las tazas, y las emociones batallan en mi pecho. Pensar en nuestras familias me asusta mucho.

Con su intensa mirada, Vicente dice: —Sabes que esto es asombroso. No puedo esperar a pasar todas las mañanas así, despertándome para ver tu cara a primera hora y tomando un café contigo.

Al ver la mirada de Vicente, le regalo una sonrisa. Puede que valga la pena tratar con nuestras familias locas. Con él cerca, ya no me siento tan sola. Ahora que está aquí, alguien me cubre las espaldas. Si no puedo lidiar con algo, él está aquí para amortiguar mi caída.

—¿Qué? —pregunta, con una sonrisa arrogante en su hermosa cara mientras levanta su taza.

Tomo un sorbo del café caliente y humeante. —Suena bien para mí.

El café cae por mi garganta, pero eso no es lo que hace que mi pecho se sienta caliente y borroso. El tiempo se detiene cuando nuestros ojos se cierran y llegamos a un acuerdo silencioso. Vamos a hacer esto. Haremos que funcione. No solo para nuestras familias, ni siquiera para Tomás sino para nosotros.

—¡Mami! —oigo una voz aguda desde el dormitorio de Tomás.

—Oh, mierda —mal digo mientras casi derramo el café caliente sobre mi camisa.

Vicente me sigue por el pasillo. Cuando entro en la habitación de Tomás, él se apoya en el marco de la puerta, con sus ojos vigilantes en mi espalda.

Recogí a Tomás y lo puse en el suelo. Mientras camina hacia la puerta, ve a Vicente y sonrío.

—¡Helado! —señala con su dedo índice.

—Ese soy yo. El hombre del helado —dice Vicente, agachado y con las manos extendidas mientras Tomás camina con sus pies pequeños, soñolientos e inestables. Cuando Tomás cae hacia adelante en los brazos fuertes de Vicente, se forma un bulto en mi garganta.

Nunca me he permitido ni siquiera fantasear con este momento; pensé que nunca ocurriría en mi vida. Pero ahora que lo veo con mis propios ojos, me doy cuenta de que esto es todo lo que siempre he querido.

Vicente sonríe, sus ojos se dirigen hacia mí como si me pidieran permiso para decirle la verdad a su hijo.

Tomo la mano de Tomás mientras Vicente toma su otra mano. Juntos, los tres volvemos a la cocina. Sentar  a Tomás en su silla alta en la mesa mientras le preparo el desayuno.

— Cu ndo se lo podemos decir? —pregunta Vicente en voz baja.

—Tan pronto como se sienta bien —digo, tirando por la borda cualquier estúpido consejo que haya leído antes en internet.

Esa gente no conoce mi vida. Vicente no es solo mi novio, es el padre de Tomás y tiene derecho a estar en su vida.

Ya le he negado años de paternidad. Ya no puedo mantenerlo en secreto de su propio hijo.

VICENTE

—¿Qué es eso? —pregunta Tomás, señalando un cuenco hecho de palitos delgados que se posan en una rama de un árbol.

—Eso es un nido, cariño. Es un hogar para los pájaros. —Isabela me mira y sonrío mientras caminamos por el parque. He visto a familias jóvenes disfrutando de una tarde paseando juntas como esta antes, y me he imaginado a mí y a Isabela haciendo esto con nuestro hijo antes, pero nunca pensé que pasaría tan pronto.

Tomás entrecierra los ojos cuando ve el nido, con su cara hacia arriba mientras se sienta en su cochecito verde. —Pero no hay pájaros.

—Tal vez estén trabajando ahora mismo, buscando comida. Pero puede haber huevos ahí dentro. Esos huevos eclosionarían y se convertirían en pajaritos. —Isabela se ve hermosa a la luz del sol, el fondo de su vestido blanco ondea en el viento mientras se queda quieta, dejando que Tomás observe el nido entre las ramas del árbol todo el tiempo que quiera.

Esto es mucho mejor de lo que podría haber imaginado. El calor se extiende por mi pecho, haciéndome sentir que estoy a punto de estallar de alegría.

Tomás se queda en silencio durante unos segundos. —¿Yo también vengo de un huevo?

Me río. He oído que los niños tienen un sinfín de preguntas, y solía pensar que sería molesto. Pero viniendo de Tomás, esto se siente como una oportunidad para transmitir conocimiento, como si fuera parte de un ritual tan antiguo como el tiempo mismo.

—No, cariño. No vienes de un huevo. Te dije que estabas en mi vientre antes de que nacieras —explica Isabela con una sonrisa en la cara.

—¿Por qué? —pregunta Tomás.

Isabela me mira fijamente. —¿Quieres responder esta pregunta?
—¿Estás segura? —Pregunto en voz baja.

Isabela sonríe y asiente con la cabeza. Sin duda, encuentra mi aprehensi3n entretenida.

No tiene sentido. He contestado un mill3n de preguntas en mi vida. He dirigido reuniones con hombres armados, enojados y peligrosos que me hacen preguntas que podrían terminar en desastre si dijera algo incorrecto. Literalmente he tratado con preguntas de vida o muerte.

Pero esto se siente como una gran responsabilidad de otro tipo. Tomás es un lienzo vacío, una esponja absorbente. Cualquier cosa que aprenda puede tener un gran impacto en su comprensi3n del mundo. No quiero arruinarlo.

Me aclaro la garganta. —Eso es porque la gente no pone huevos, Tomás. Somos mamíferos.

¿"Mam-mis"? pregunta Tomás. —¿Qué es eso?

—Mamíferos —repito lentamente. ¿Es demasiado difícil para un niño de tres años? Miro a Isabela, que nos observa con una sonrisa grande y divertida. Al menos no estoy haciendo nada malo. —Esto significa que los bebés viven en el vientre de sus madres antes de nacer y también beben leche de sus madres. Un mamífero también tiene pelo o piel en lugar de plumas.

Las cejas de Tomás se nublan con un pequeño fruncido de ceño. ¿Quizás debería hacerlo más simple? —¿Soy un mamífero?

—Por supuesto que s . —Inhalo aire fresco y fragante y me doy cuenta de que estaba aguantando la respiraci3n porque estaba demasiado absorto viendo a Tomás pensar.

—¿Eres un mamífero, mamá?

—S , lo soy.

—¿Eres un mamífero, Vicente? —pregunta Tomás. Esta mañana, Isabela me dio luz verde para contarle a Tomás c3mo estamos emparentados, pero hasta que se sienta bien, ambos pensamos que es mejor que me llame por mi nombre. Deberíamos tom rnoslo con calma.

—Yo también soy un mamífero.

—¿Es nuestro perro un mamífero? —pregunta.

—Sí, lo es —responde Isabela. Me susurra: —En realidad es el perro de Lily.

Wow. Mi hijo es un genio. Tan joven y ya ha descubierto la taxonomía básica.

—¿Por qué tiene pelo por todas partes? —pregunta Tomás.

—Nosotros también, cariño. —Isabela se agacha junto al cochecito, y no puedo evitar notar la curvatura de su espalda mientras toma la mano de Tomás y pasa sus dedos por encima de su piel. —Mira. Tienes pelos finos por todas partes.

Tomás mira fijamente, con los ojos muy abiertos, a su propio brazo. Una sonrisa se levanta en sus labios; su cara me recuerda a mi primera vez tomando psicodélicos. Estudia el brazo de Isabela y luego me mira, con los ojos fijos en mis antebrazos. Con asombro y estupor, levanta las cejas. —Guau. Vicente es un mamífero.

Me reí a carcajadas, y Isabela también. —Sí. Eso es lo que te dije, pequeño.

Si los brazos peludos son suficientes para impresionar a Tomás, esto puede no ser tan difícil como pensé que sería.

Pero mientras continuamos caminando por el parque, el humor de Tomás se deteriora lentamente.

Comienza cuando Isabela le deja salir del cochecito. Se ríe maníacamente mientras corre hacia un gran grupo de palomas, haciéndolas volar en pánico.

Viendo que la situación está bajo control y que estamos muy cerca de los baños públicos, Isabela me pide que cuide a Tomás durante cinco minutos.

No puede ser tan difícil, ¿verdad? Esas palabras son muy conocidas.

A medida que el sonido de las alas de las palomas se disipa, la sonrisa de Tomás se termina. Da vueltas y vueltas en el césped, buscando más pájaros para intimidar. Sin poder encontrar ninguno, la angustia contorsiona su cara. Es el fin del mundo.

—Hola, Tomás. Está bien, pequeño. —Me agacho y le erizo la piel. —Esperaremos a que mami regrese, y luego iremos a buscar más pájaros, ¿de acuerdo?

—No hay pájaros —gime, sus labios tiemblan.

Oh, mierda.

—Oye, está bien. Hay más pájaros, y los encontraremos. Solo tenemos que esperar a mamá primero.

—No hay pájaros —dice Tomás como si no me hubiera oído.

—No, no. Hay pájaros, Tomás. Los encontraremos y podrás volver a jugar con ellos. —Incluso para mis propios oídos, mi voz suena cada vez más desesperada.

¿Puede un niño de tres años sentir eso? Probablemente pueda, ¿verdad? Mierda. Sus ojos ya están llenos de lágrimas.

Esto no tiene buena pinta.

El llanto de Tomás atraviesa el aire, anunciando su angustia en el parque. Su trasero cae al césped, sus puños golpean el suelo como si su vida se hubiera convertido en una mierda. No tengo que mirar a mi alrededor para saber que todos me miran.

Otras familias pasean a sus hijos en otro lugar, temiendo que el llanto pueda ser contagioso. Las parejas nos miran fijamente como si juraran por dentro que no dejarán que sus hijos se pongan tan tristes que se conviertan en un lío llorón.

Le froto la espalda a Tomás, diciéndole cuánto lamento que haya asustado a los pájaros. ¿Por qué me estoy disculpando? ...Y consolándolo con promesas de más pájaros en su futuro cercano.

Esos malditos pájaros. Los atraparé en una jaula grande para que Tomás pueda jugar con ellos cuando quiera. Mis amas de llaves me susurrarán a mis espaldas, y los vecinos me conocerán como el loco que tiene a las palomas como mascotas, pero todo valdrá la pena.

—¿Qué pasó? —me pregunta la suave voz de Isabela desde atrás, trayéndome alivio.

Al mismo tiempo, siento que he fracasado en mi simple tarea de vigilar a Tomás durante cinco minutos. Tal vez la paternidad no sea tan fácil como pensaba después de todo.

Isabela abraza a Tomás. Ese simple gesto funciona como un sudario que amortigua los gritos de Tomás, su voz va encogiéndose y encogiéndose mientras Isabela lo calma hasta que empieza a sollozar en silencio. Sus pequeños hombros se mueven hacia arriba y hacia abajo con sus respiraciones.

Le explico lo que pasó con los pájaros, y Isabela se ríe mientras abraza a Tomás un poco más fuerte. —¿Estás listo para buscar a los pájaros ahora?

—Sí —responde Tomás rápidamente.

—Bien, iremos a buscar más pájaros, pero tienes que dejar de llorar, ¿de acuerdo?

Tomás asiente con la cabeza mientras Isabela toma un pañuelo de papel de su bolsa y le limpia la cara. Es como magia. Aparte de los ojos rojos, Tomás se ve tan soleado como esta tarde; no hay nubes a la vista.

Tomás camina por el sendero que serpentea alrededor del parque mientras empuja el cochecito vacío. Su cabecita gira en busca de los pájaros prometidos, pero pronto se distrae con las ardillas y los conejos.

—Puede ser un golpe —dice Isabela pidiendo disculpas mientras lo vemos agacharse cerca del suelo, hablando con un conejito cauteloso. —Lo siento. No debí dejarte a solas con él.

La ira brilla en mi pecho, pero trato de mantener la calma. Sé que mi reacción inmediata no es lógica. —Él también es mi hijo, Isabela.

La sorpresa se registra en sus ojos. —No quise decir eso. Por supuesto que es tu hijo. Yo solo... No estoy acostumbrado a... No sé.... compartir la responsabilidad con alguien, supongo. Lo siento.

La culpa me aprieta el estómago al darme cuenta de que Isabela no está tratando de poner distancia entre Tomás y yo. Ella también lo está haciendo lo mejor que puede.

Verifico que Tomás nos cubra la espalda y pongo mi brazo sobre los hombros de Isabela, apretando la parte superior de su brazo. Hemos acordado mantener el contacto físico al mínimo con Tomás hasta que se acostumbre a tenerme cerca. —Deja de disculparte. Las cosas están cambiando, y lleva tiempo acostumbrarse a lo nuevo. Para los dos.

—Sí, lo sé. Lo siento.

Sonrío.

—Acabo de hacerlo de nuevo, ¿no? —Isabela se une a mí en la risa.

ISABELA

—¿Adónde crees que vas? —me pregunta Vicente cuando entro en la casa y camino por el pasillo en lugar de reunirme con él en el sofá de la sala de estar.

—A la ducha —grito mientras abro la puerta de mi dormitorio para tomar mi ropa, escogiendo algo sin manchas y decentemente lindo. —Tomás está jugando con el perro ahora, pero podría ponerse de mal humor en cualquier momento y pedirle a Lily que lo lleve a casa.

Con unos pantalones de yoga negros y una camiseta sin mangas en las manos, corro hacia el baño, solo para encontrar a Vicente de pie en la entrada, apoyado en el marco de madera con los brazos cruzados sobre su sólido pecho. Él sonríe, su postura es relajada, aunque es tan grande que también podría ser una pared de ladrillo bloqueando mi camino.

—Uh, discúlpame.

Vicente sacude la cabeza. —Esa no es la contraseña.

—¿Qué es esto, un bar clandestino? —Una sonrisa juega en mis labios, aunque sé que Tomás podría volver a casa en cualquier momento, y necesito ser rápida. Como le dije a Vicente antes de llevar a Tomás a la casa de al lado, a él le gusta jugar allí después de regresar del parque, dándome tiempo para relajarme un poco.

—Dijiste que podrían pasar horas hasta que Tomás vuelva a casa.

—También dije que podrían ser cinco minutos —le recuerdo.

—Lily tiene una llave, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Y sabe cómo cuidar a Tomás por un tiempo, ¿no?

—Sí, pero ya me siento mal por pedirle que cuide a Tomás tan a menudo. —Tomás es mi responsabilidad, y dejarlo con alguien más

-incluso si ese alguien es Lily- me hace sentir como una mala madre.

La piel alrededor de los ojos de Vicente se arruga al tocar mi cara. —Deberías dejar que la gente te ayude, gatita. Estoy seguro de que eres perfectamente capaz de hacerlo todo por ti misma, pero deberías darte un respiro de vez en cuando. Tener una madre bien descansada sencillamente puede ser bueno para Tomás.

Sus palabras me rozan como una suave caricia. Lo admito, ha pasado un tiempo desde que pensé en mí misma.

Cuando no estoy ocupada con Tomás ni con los recados, estoy tratando de poner en marcha mi negocio de diseño. Aunque tengo algo de dinero ahorrado, al final se acabará. Necesito asegurarme de que puedo pararme sobre mis propios pies mientras llevo a Tomás al mismo tiempo.

¿Es tan obvio mi cansancio? Lily me dice todo el tiempo que no le importa quitarme a Tomás de las manos.

Vive sola y dice que Tomás hace que la casa se sienta animada. Tal vez no está siendo amable solamente.

Quizás lo diga en serio.

—La contraseña es: 'Sí, señor' —dice Vicente, que me devuelve al momento. Ahora está a un suspiro de distancia, con su pecho tan cerca que casi puedo oír los latidos regulares de su corazón. — Como si te dijera qué hacer, y sea lo que sea, la respuesta correcta es: 'Sí, señor'.

—Vicente, no creo que sea el momento adecuado.

Levanta una ceja gruesamente. En un movimiento suave, me agarra de las muñecas y me lleva al baño. El suelo de baldosas se siente frío bajo mis pies descalzos mientras me clava contra la pared, con sus brazos musculosos como una jaula resistente a mi alrededor. Mi corazón me golpea en el pecho mientras dice: — Respuesta equivocada. Tendré que castigarte por eso. Ahora, si tienes tanta prisa, ¿no tienes que quitarte la ropa?

Trago con fuerza. ¿Qué pasa con Vicente? ¿Cómo puede hacer que me olvide de todo lo demás con solo unas palabras oscuras?

En un abrir y cerrar de ojos, dejo atrás a Isabela la mamá y me convierto en otra persona, alguien que se escabulló de la casa de

sus padres para visitar un club BDSM hace una vida.

—Sí, señor —digo yo, bajo la atenta mirada de Vicente.

—Bien. Quítate todo. —No se mueve, está tan cerca que me rozo contra él mientras me despojo de mi ropa. Su pecho ancho. Sus abdominales cincelados debajo de su camisa. Su pene duro cubriéndose en los pantalones.

Ni siquiera trata de ocultar la lujuria en su mirada mientras la ropa se desprende. Hace un sonido leve, y juro que suena como un gruñido. Mi cuerpo reacciona como por instinto, mi vagina se calienta con expectación.

Y, aun así, no me toca.

Manteniendo su mirada abrasadora sobre mí, Vicente da un paso atrás e inmediatamente echo de menos la calidez de su cercanía. —Métete en la ducha, gatita.

—Sí, señor.

Justo cuando el agua se calienta lo suficiente para que yo pueda entrar en la ducha, Vicente se me une por detrás. Por primera vez, el sonido sordo del cierre de la puerta de la ducha parece siniestro.

Revueltas de agua caliente corren por mi cuerpo, acariciando cada rincón escondido de mi cuerpo mientras las manos de Vicente vagan por toda mi piel.

Quiero encogerme y esconderme de él. Después de dar a luz a Tomás, volví a mi peso anterior con facilidad, pero mi cuerpo ya no es lo que solía ser. Ahora tengo estrías y piel floja.

Pero entonces, oigo ese sonido de nuevo; ese gruñido leve que declara la intención de Vicente. Su respiración se hace pesada: puedo oírla debajo de las salpicaduras de agua que nos rodean.

—Eres tan sexy que no lo soporto. ¿Sabes lo que me estás haciendo? —Vicente me empuja contra su piel. Mientras la ducha nos arroja agua, algo caliente y duro me aprieta el culo. —¿Puedes sentir cuánto te deseo?

—Sí, señor —suspiro.

Mi boca se llena de saliva. Vicente me ha cogido afuera, pero no he probado su magnífico pene. He estado fantaseando con ello, lo cual es raro porque nunca antes había disfrutado de hacerle una mamada a un hombre. Pero con Vicente... No lo sé. No lo sé. La

idea de estar de rodillas con su pene entre los labios... me hace mojarme, y no el tipo de humedad que recibo de la ducha.

—¿Puedo, por favor, chuparle el pene, señor? —pregunto.

Por un segundo, todo lo que oigo es el sonido del agua golpeando el suelo de baldosas y las paredes transparentes de la ducha. ¿No quiere que lo haga?

—Póngase de rodillas —ordena Vicente, con las manos enredadas en mi pelo mojado mientras me sumerjo en el suelo hasta que su pene está justo delante de mí.

Es grueso. Tan grueso que es difícil de creer que alguna vez me las arreglé para llevarlo dentro de mí. Gotas de agua se aferran a él antes de caer sobre mi pecho. Tiene algunas gotas en la punta, y lo lamo ligeramente hacia arriba y hacia abajo para darle placer.

Vicente gime al apretar sus manos fuertemente sobre mi cabello. —Mierda.

Su voz me impulsa y acelero. Lamo la vena que corre a lo largo de su pene. Hago girar mi lengua sobre la cabeza. Lo deslizo entre mis labios.

El pene de Vicente se siente potente y poderoso dentro de mi boca a medida que subo y bajo su longitud. Pero mientras salta y se mueve en mi lengua, sus muslos tiemblan, y me doy cuenta del poder que tengo a pesar de estar de rodillas.

Lentamente, Vicente mueve las caderas, deslizándose dentro y fuera de mí. —Mírame —exige.

Me encuentro con su mirada. La lujuria está grabada en sus rasgos, su frente se arruga con concentración. A la vista, siento mi vagina apretarse mientras mis jugos gotean por mis muslos.

—¿Te gusta esto? —pregunta, poniendo ambas manos sobre mi cabeza mientras empuja.

—Sí, señor. —Mi voz está amortiguada por su pene en mi boca.

—Mierda. Eres tan sexy, gatita —dice, agarrándose el pelo. — ¿Te gusta cuando me cojo tu boca?

—Sí, señor. —Asiento con la cabeza.

La cara de Vicente se retuerce de placer al acelerar su ritmo, atrapándose con su mirada. —Juega contigo misma. —Su voz es ronca.

Deslizo mi mano entre mis piernas, encontrando mi vagina resbaladiza y goteando. Igualo el ritmo de Vicente cogiendo mi boca, haciendo círculos más y más apretados alrededor de mi clítoris mientras él alcanza un ritmo frenético.

—Deja de tocarte —dice justo cuando estoy a punto de venirme.

Antes de que pueda soltar un gemido de decepción, siento que su pene crece más y más. Luego, derrama su semen en mi lengua y en mi garganta.

Me mira fijamente mientras dispara su cálido y espeso orgasmo dentro de mi boca. —Lo has hecho bien, gatita. Pero aún no te vienes. Quiero ser yo quien te haga venir.

Después de la ducha, Vicente me llevó a la cama, me vendó los ojos y me dijo que me pusiera de rodillas.

La oscuridad me rodea. Con los ojos vendados, no veo nada. Mi oído se agudiza, mis oídos buscan continuamente cualquier signo de que Vicente esté en la misma habitación.

Me mezo de lado a lado en la cama, tratando de evitar que mis extremidades se entumescan.

Separó mis piernas y ató mis tobillos a la parte inferior del marco de la cama. Sin previo aviso, me puso las muñecas debajo de mí hasta que mi mejilla quedó aplastada contra la cama, y luego las ató al marco de la cama también.

Por último, mientras él reía, sentí que algo frío me salpicaba en el culo y que algo duro se introducía. Murmuró palabras tranquilizadoras mientras yo lloriqueaba, diciéndome que me relajara.

Sabía que, si hubiera dicho mi palabra de seguridad, Vicente se habría detenido. Me habría quitado las correas y me habría preguntado qué pasaba.

Podría haber parado eso. Pero no lo hice.

¿Qué dice eso de mí?

Cada vez que me meneo, esa cosa fría de mi trasero se desliza dentro de mí. Pensé que esto se sentiría doloroso o al menos incómodo, pero en realidad es...

No me malinterpreten, no digo que sea sin dolor o totalmente cómodo. Esto es sucio e incorrecto, pero, sobre todo, se siente

sensual.

Por eso no detuve a Vicente. Sus dedos acariciando mis mejillas y su voz persuasiva en mi oído me hicieron perder la cabeza.

No sé cuánto tiempo he estado aquí tumbada esperando por él, con mi vagina lista para él. Mi corazón salta con un gran latido cada vez que oigo el más mínimo sonido: un golpe contra la ventana, un ruido sordo justo afuera de la puerta del dormitorio, un paso pesado.

Cuando Vicente me quiera, estoy aquí, lista para que me use. La idea me vuelve loca. Mi vagina se siente vacía, en contraste con mi culo estirado.

Cada vez que trato de bajar mis caderas, el tapón de trasero se aloja más profundo, en un ángulo diferente, lo que me detiene. Debe estar pegado a algo, tal vez a la cabecera de la cama. No puedo alcanzar mis dedos lo suficientemente alto para alcanzar la parte de mí que está mojada.

He estado muriendo por liberarme desde que estábamos en la ducha, cuando tenía el pene de Vicente en mi boca, cuando sus manos me enjabonaban y me lavaban.

Y ahora...

Con un gemido impotente, jalo mis muslos tan cerca cómo puedo en un intento desesperado de aliviar algo de la presión que se ha acumulado en mi vagina. Eso no funciona.

—¿No te dije que ni siquiera lo intentarás? —La voz de Vicente me hace sacudirme contra mis ataduras, sorprendida.

¿Cuándo entró en la habitación? Ni siquiera le oí respirar.

—No me toqué —protesto.

—Sí, gatita. Porque no se podía —dice.

Mis mejillas se calientan. Me siento como una niña a la que acaban de pillar robando galletas de un tarro escondido.

—He estado observándote. —Siento que el colchón se hunde bajo el peso de Vicente, y mi corazón golpea en mi pecho. Está justo a mi lado. —Abrí y cerré la puerta, luego me quedé aquí. ¿Crees que perdería la oportunidad de verte retorcerte frustrada, indefensa, vulnerable y sexy?

Me muerdo el labio inferior. Esto es vergonzoso. Pero a pesar de mi vergüenza -o tal vez debido a ello-, los hormigueos se extienden

por todo mi cuerpo, despertando mis terminaciones nerviosas.

—Dije que no se te permitía jugar contigo misma. Pero no pudiste evitarlo, ¿verdad, gatita? Lo intentaste todo. No lo niegues. Lo he visto todo.

Un gemido se me escapa de los labios cuando Vicente pasa por toda mi columna vertebral con un ligero dedo. Dios, soy tan sensible. Se me pone la piel de gallina.

—Te dije que te castigaría, gatita. Te voy a dar unos azotes. No ahora, sino después, cuando menos te lo esperes.

—¿Qué va a hacer ahora, señor?

Vicente no dice nada. Lo siento moverse detrás de mí, entre mis piernas abiertas. El solo hecho de saber que él está allí hace que todo mi cuerpo se estremezca con anticipación. ¿Qué está mirando? ¿Qué va a hacer ahora?

—Te ves tan sexy que quiero mantenerte atada toda la noche —dice, con el deseo goteando de cada sílaba.

—Vicente, no puedo....

Una bofetada en el culo me hace gritar, cortando el resto de mi oración.

—Esa es una —dice—. Pero aún te quedan dos más porque no te dirigiste a mí correctamente. Te comportarás, ¿verdad, gatita?

Mi excitación crece a medida que la picadura en mi piel comienza a sentirse bien. —Sí, señor.

—Buena chica.

Jadeo cuando siento algo en mi entrada. Algo duro y caliente y... "Vicente —me quejé mientras se deslizaba dentro de mí, llenándome.

—No puedo evitarlo, gatita. Necesito tenerte ahora. —Vicente agarra mis caderas mientras me empuja una y otra vez, convirtiéndome en un montón de escalofríos en la cama. —¿Olvidaste cómo se supone que me llames?

—Lo siento, señor. —Cada palabra que digo está puntuada con un gemido. Mis respiraciones se han convertido en jadeos.

—Me parece que quieres ser castigada. —Vicente me golpea una vez más, haciéndome gritar.

¿Cuántas veces más lo hará? No sé si lo estoy anticipando por aprehensión o por deseo ahora. Todo se mezcla: el placer, el dolor.

Mi cabeza da vueltas mientras Vicente me coge más y más rápido, sus dedos se clavan en mis caderas, sin detenerse ni siquiera cuando me golpea de nuevo. Levanto mi culo más alto en el aire, retrocediendo lo más que puedo, ofreciéndome a él.

—Mañana andarás por ahí con la vagina y el culo dolorido por mi culpa —dice Vicente entre respiraciones frenéticas. —Me sentirás dentro de ti mientras pasas tu día. Te mojarás pensando en mí, incluso cuando sea inapropiado, pero no podrás evitarlo.

Agarro las sábanas con los dedos mientras pierdo el control de mi cuerpo, temblando y estremeciéndome mientras Vicente me llena con su pene y su tapón de trasero. Me destrozo, mi vagina está apretando a su alrededor.

Vicente sigue cogiéndome sin piedad, haciéndome flotar de un orgasmo a otro hasta que soy un montón de mugre sumisa en la cama.

Cuando finalmente reacciono, Vicente ya no está dentro de mí, y su semen se me escapa, goteando por mis muslos. Estaba tan envuelta en mi clímax que ya no era consciente de lo que estaba pasando.

Vicente acaricia mi piel mientras me quita las correas una a una, susurrando palabras ininteligibles mientras su toque me tranquiliza. Me hace sentir amada, atesorada, incluso después de todas las cosas sucias y depravadas que me ha hecho.

—Eres hermosa —dice cuando me quita la venda y se acuesta a mi lado. Mientras me acaricia el pelo, dejo que mi mente flote hacia las nubes. Oigo su voz desde una gran distancia. —¿Está bien si me quedo a dormir?

Una sonrisa me levanta los labios. ¿Por qué no debería quedarse a dormir? ¿Por qué no lo querría conmigo todo el tiempo? —Claro.

VICENTE

—¿Qué es eso de que consigues que alguien limpie a fondo tu casa? —pregunta papá desde el otro extremo de la línea telefónica.

La puerta de la habitación de Isabela se cierra con un suave clic. Ahora está dormida, y no quiero despertarla solo porque mi papá la está llamando. La pobre mujer parece que no ha tenido una buena noche de descanso en años.

—Jesucristo, papá. ¿Por qué estás tan interesado en lo que hago con mi casa? —Enciendo la luz de la sala de estar y doy unos pasos.

—Es inusual, y sabes que presto atención a cosas inusuales. — Su voz es ronca, como siempre. —No te estaba espiándote, si eso es lo que estás insinuando. Es solo que tu madre lo mencionó durante la cena, y hace tiempo que no hablamos.

Han pasado semanas desde que me fui de casa. Me llevó un tiempo encontrar a Isabela, pero la espera ha valido la pena.

—¿Vas a volver pronto a casa? —pregunta.

Eso depende del tiempo que Isabela tarde en aceptar venir a casa conmigo. —Sí. Dame un poco más de tiempo.

—Has pasado suficiente tiempo fuera de casa —dice—. Sabes que estamos en medio de una guerra. No puedes irte cuando quieras.

—Siempre hemos estado en medio de una guerra. —Debo admitir que las cosas empeoraron cuando Isabela desapareció.

Emana un suspiro exasperado. —Mira, no te llamé solo para decirte que sé lo de la señora de la limpieza de tu casa. Tengo malas noticias.

Mis músculos se tensan. Casi había olvidado cómo se siente esto.

He estado pasando tanto tiempo, ya sea jugando al hombre de familia con Isabela o pensando en jugar al hombre de familia con Isabela, que casi había perdido de vista lo que realmente soy. Lo que mi familia necesita que sea.

—¿Qué malas noticias? —pregunto, todo son negocios.

El terror se enrosca en mi estómago, infundiéndome la fuerza que necesito para ser el tiburón, la máquina humana de matar, la fuerza vengadora a la que temer.

—Es James —dice la voz de mi padre. —Se lastimó. Es grave.

Mierda. James es uno de mis hombres de más confianza. El tipo tranquilo en el que siempre podía confiar para hacer bien su trabajo. Uno de los pocos a los que les confiaría mi vida.

Fue James quien nos arrastró a mí y a Oliver al club esa noche cuando volví a la ciudad. Esa noche también vio a Isabela. Recuerdo que los tres nos asustamos por la coincidencia de que Isabela era la mujer con la que me iba a casar.

James no es solo un soldado de a pie o un guardaespaldas. Es un amigo, uno de mis mejores amigos.

—¿Cuán grave?

—Está en coma. Todavía no saben si va a sobrevivir la noche —dice mi papá.

—¿Qué pasó?

—Una pelea con unos hombres que trabajaban para los Lansky en uno de los clubes. Se les fue de las manos. James fue superado en número —dice la respuesta desde el teléfono.

—Mierda.

Hay varios clubes en la ciudad por los que luchan los Gambino y los Lansky. La guerra ha durado tanto tiempo que nadie sabe qué club estaba en qué territorio, y cada vez que un traficante de una familia ve a otro traficante de la otra familia, siempre termina en un altercado, a menudo sangriento.

—No voy a mentir, esto puede empeorar las cosas. Sabes cuánto les gusta a los hombres James. Están enfadados y quieren venganza. Se derramará sangre. Tienes que estar aquí.

Él tiene razón. Debería estar en casa. Mi gente me necesita para guiarlos, para darles fuerza, para idear un plan de ataque.

Isabela y Tomás no me necesitan. Han estado bien sin mí durante años. Pero no puedo estar sin ellos, ahora que he probado lo buenas que pueden ser las cosas.

—No he terminado aquí —le digo, sabiendo que no estará contento con esta respuesta.

—Este es el mayor tiempo que has estado fuera de casa. Normalmente te dejo hacer lo que quieras porque nunca dejas que tu trabajo sufra. Pero ahora, estás sacrificando a tu familia por una búsqueda inútil.

Ojalá pudiera decirle que tengo dos familiares más en los que pensar ahora, y que son más importantes que la vida misma.

Quiero defender mis acciones. Esto es lo más alejado de una búsqueda inútil. He encontrado a la mujer que podría poner fin a esta batalla.

Pero sé que Isabela querría que esperara hasta que esté lista para contárselo a mi familia.

El estridente sonido de un timbre de puerta atraviesa el aire. Miro por la ventana y encuentro a Lily y Tomás parados en el porche.

—Papá, tengo que irme. Pero estoy buscando una solución real, el fin permanente de la guerra. Volveré a casa tan pronto como los encuentre. —Cuelgo.

Abro la puerta principal para ver una mueca en la cara de Lily. Aunque Isabela ha tratado de explicarle que las cosas entre nosotros son buenas ahora, no ha olvidado el miedo en los ojos de Isabela cuando aparecí afuera.

—Hola, amigo. ¿Te divertiste? —Le toco el cabello a Tomás.

—Sí. —Me sonrío mientras lucha por mantener los ojos abiertos.

Me río. —Gracias por cuidar de él.

—¿Dónde está Sara? —pregunta Lily, mirándome como si pensara que me voy a ir con Tomás atado en el maletero para venderlo en el mercado negro.

Me doy cuenta de que la respuesta solo la hará sospechar más. —Está dormida.

Me lleva un tiempo, pero finalmente consigo convencer a Lily de que le estoy diciendo la verdad y no pretendo hacer daño a Isabela

o Tomás. Es una negociación más concisa que algunas transacciones que he tenido con organizaciones criminales.

Lily probablemente todavía piensa en mí como el tipo que hizo que Isabela tuviera tanto miedo que tuvo que abandonar su vida y empezar de nuevo. No es una evaluación injusta, en realidad. Fui la razón por la que Isabela tuvo que fingir su propia muerte.

Ella está siendo una buena amiga, y me reconforta saber que alguien se preocupa por Isabela como ella obviamente lo hace.

Ahora que me tiene a mí, la cuidaré mejor que nadie. Nunca la perderé de vista. Cuando vuelva a casa, ella estará a mi lado.

ISABELA

Los rayos del sol apuñalan mis ojos, y los abro para encontrarme sola en mi cama.

Aquí brilla la luz que entra por la ventana, pero yo estaba en un mundo de oscuridad y respiración pesada y toques violentos que se convirtieron en orgasmos explosivos.

¿Realmente sucedió? ¿Eso fue solo un sueño?

Espera. Hay una pregunta importante que no estoy haciendo. Me roe por dentro y me llega al cerebro...

¿Recogí a Tomás de casa de Lily?

Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda.

Me siento en la cama, deslizo mis pies en mis sandalias peludas de la casa y salgo corriendo del dormitorio. Lily me ha pedido que deje que Tomás se quede a dormir en su casa antes, pero no quería molestarla.

Tomás puede parecer perfectamente encantador, pero ese efecto solamente dura unas pocas horas. Si llora y Lily no me tiene a mí cerca para dármele, ella puede jurar que no volverá a hacer de niñera por mí.

Agarro la manija de la puerta... y me doy cuenta de que se siente más fresco de lo normal. Estoy desnuda.

Ignorando la avalancha de recuerdos sexys de lo que sucedió anoche, tomo la ropa en la parte superior de las pilas de mi guardarropa y salgo corriendo por el pasillo.

—¿Adónde va mamá, tan temprano por la mañana? —dice una voz masculina.

—¿Vicente?

Se acercan pasos pesados. Vicente aparece en el pasillo, sin más que un par de vaqueros, acunando a Tomás contra su cuerpo. Su cuerpo cincelado, ardiente, recién salido de una revista.

Lo miro fijamente, sin palabras que salgan de mi boca. Debería decir algo.

Incluso en condiciones normales, es tan atractivo que apenas puedo concentrarme. Y ahora, sostiene a Tomás en sus musculosos brazos como si el niño de tres años no pesara nada. El nivel de calor está por las nubes.

Es casi injusto lo sexy que se ve cuando claramente acaba de levantarse de la cama, con el pelo todo desordenado por el sueño.

Tomás se ríe sin razón aparente como lo hace a menudo. — ¡Mami!

—Hola, Tomás. Estaba buscándote. —Me acerco y tomo la mano de Tomás, dolorosamente consciente de que los brazos de Vicente están a solo una pluma de distancia. Necesito controlarme.

—¿Dónde creías que estaba? —pregunta Vicente en ese profundo barítono que hizo vibrar todo mi cuerpo anoche.

—¿Cuándo volvió de casa de Lily? —pregunto, sintiéndome irresponsable. Necesito dejar de distraerme con Vicente y prestar más atención a Tomás.

—Después de que te quedaras dormida anoche.

—Tú... ¿lo acostaste y todo eso?

—No fue gran cosa. Estaba cansado después de jugar afuera todo el día. —Vicente me da una sonrisa que me derrite el corazón.

—¿Quieres un poco de café?

—Claro. —Debo estar en una dimensión alternativa donde las cosas se materializan mágicamente sin que yo haga nada. Es la única explicación lógica.

Siguiendo a Vicente, mis ojos se deleitan con las venas de los músculos bajo su piel bronceada. Sus largas piernas se ven increíbles en ese jean. Dos hoyos en la parte inferior de su espalda me dan ganas de extender la mano.

Vicente es un invitado en mi casa, y sin embargo se está encargando de todo por mí.

La culpa se desliza por mi pecho. Pero no puedo recordar la última vez que estuve tan descansada. No puedo negar que necesitaba dormir.

—Aquí. —La voz de Vicente interrumpe mis pensamientos mientras me ofrece una taza de café humeante. La sonrisa en su hermosa cara me dice que sabe que lo he estado observando.

—Gracias. —Miro el café más interesante que he estudiado en mi vida, escondiendo mi cara sonrojada detrás de la taza. —¿Tenías que cambiarlo?

Vicente se ríe. —Sí. Nos conocimos a un nivel más profundo esta mañana, ¿no es así, Tomás?

Tomás también se ríe. Es como si ahora compartieran algún tipo de secreto. El verlos mirarse, sonriendo, me llena el pecho de calor.

Mi mirada se interpone entre Vicente y Tomás. —¿Sabes cómo cambiar un pañal?

—Bueno, esa fue mi primera vez —admite Vicente tímidamente. —No quería despertarte, y había videos en YouTube, así que lo intenté. Me hice pis en la camisa y tuve que quitármela, pero Tomás se ve muy bien, ¿no?

Y tú también, quiero decir. Me muerdo las palabras. No puedo decir lo guapo que se ve sin camisa.

Afortunadamente, una imagen mental me llama la atención y me hace cosquillas en los huesos. Esta mañana, Vicente se encorvaba sobre el cambiador, mientras que en su teléfono se reproducía un video de cómo hacerlo. No puedo evitar reírme.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada.

Esto se siente bien. Café por la mañana, Tomás riéndose felizmente, un hombre sexy, medio desnudo en mi cocina. Podría acostumbrarme a esto.

El problema es que las cosas no pueden seguir así para siempre. No para Vicente y para mí.

Más tarde ese mismo día, cuando Tomás está durmiendo la siesta, Vicente demuestra mi punto de vista.

Me siento en el taburete de la cocina mientras Vicente prepara algo de comida para adultos. Ahora lleva una camisa, pero aún recuerdo cada pequeño contorno debajo.

Se inclina sobre la comida del desayuno y me lleva una cuchara a la boca. —Pruébalo.

El estofado sabe increíble. Rico y complejo. —Eso es mucho mejor de lo que esperaba.

Levanta una ceja. —No sé si eso es un cumplido o un desprecio.

Me río. —No esperaba que cocinaras, eso es todo. Quiero decir que eres un tipo grande, aterrador y mafioso.

Vicente me amartilla una sonrisa torcida, su mirada oscura. — ¿Me tienes miedo, gatita?

Cuando habla así, mi vagina reacciona. No puedo evitarlo. Me hace desear el sexo como nunca antes lo había hecho.

El calor impregna mis mejillas. —No.

—Mentirosa. —Vicente se ríe mientras pasa la comida a dos platos y los coloca en el mostrador entre nosotros. —Tuve que cocinar para mí mismo cuando vivía lejos de casa. Mi mamá me enseñó algunas recetas. Esta es uno de ellas.

Pienso en Vicente en la cocina de su casa de soltero, trabajando en un guiso italiano mientras sigue una receta familiar. —Ya veo por qué te apetece algo así cuando estás fuera de casa.

Me mira fijamente y sonrío. Hace una pequeña pausa mientras flotan motas doradas de polvo entre nosotros. —Isabela, ven a casa conmigo.

El hechizo está roto.

—Así que solo estás siendo tan amable conmigo porque hay algo que quieres, ¿eh? —Mi tono es ligero, pero solo estoy bromeando.

Vicente ha sido muy bueno conmigo. Asombroso. Gentil, amable y comprensivo. Demasiado bueno para ser verdad.

¿Y si esto es solamente una trampa? ¿Y si solo intenta que haga lo que quiere para poder llevarse a Tomás? ¿Y si quiere venganza por lo que hice para deshonar a su familia, o por la parte de mi familia en esta estúpida guerra que libran entre ellos?

Quiero decir, casi me pongo a llorar viendo a Vicente y Tomás esta mañana. Mis ojos se nublaron. Pero por supuesto que trataría bien a Tomás; Tomás es su hijo después de todo.

Claro, tenemos una química increíble en la cama, y tenemos un hijo juntos. Pero, ¿cuánto conozco realmente a Vicente? Acabo de descubrir esta mañana que puede cocinar. Todo lo que sé de él es lo que ha decidido compartir conmigo.

En contraste, no he elegido compartir ninguna información con él. Me arrebató esa elección cuando me buscó y me rastreó.

Ya ha robado mi información. ¿Qué le impide tomar aún más de mí, de mi hijo, de mi vida?

¿Y si me voy a casa y me quitan a Tomás y me matan delante de mi familia? Eso puede sonar a locura para una persona normal, pero mi familia está llena de sangre y violencia. También la familia de Vicente.

Estudio los preciosos rasgos de Vicente. Sus ojos oscuros, llenos de secretos. El pelo áspero a lo largo de su fuerte mandíbula. La armadura de los músculos que cubren su cuerpo.

Es capaz de ser violento, aunque nunca lo haya visto con mis propios ojos. Es fácil de decir.

—¿Y bien? —pregunta Vicente. —¿Qué te parece?

—No lo sé.

—¿Qué tienes en mente? ¿Por qué estás tan reacia a ir a casa?

Las imágenes de Tomás siendo criado por Vicente y su familia plagan mi mente. Tomás es lo suficientemente joven para olvidar todo lo que sabe de mí.

¿Y si Vicente se casa con otra mujer para que Tomás le diga "mami"? ¿Y si cría a Tomás para que odie a mi familia, o peor aún, para que mate a mi familia?

Aun así, no importa lo malo que sea Vicente, no lastimará a su propio hijo.

Quizá Tomás esté mejor con los Gambino. Tienen dinero y recursos. Tomás comerá como un rey, será educado por las mejores mentes del mundo, y literalmente tendrá poder sobre la vida de la gente.

Conmigo viviría escondido, posiblemente mudándose de pueblo en pueblo para evitar ser detectado por hombres peligrosos y violentos. ¿Qué clase de vida es esa?

Estoy eligiendo a sabiendas no hacer lo que es correcto para Tomás. ¿Eso me convierte en una mala madre?

VICENTE

Isabela hace girar su tenedor sobre su plato, mordiéndose el labio como lo hace a menudo cuando está pensando. —¿Qué tienes en mente? ¿Por qué estás tan reacia a irte a casa?

Mira fijamente su estofado y permanece en silencio durante unos segundos tensos. —Estoy preocupada por Tomás —dice finalmente. —¿Por qué?

Isabela mira hacia arriba para ver mis ojos, pero rápidamente vuelve a mirar hacia otro lado. ¿Me está ocultando algo? —Creo que necesita más tiempo para adaptarse a tenerte cerca.

Hasta ahora, Tomás parece estar bien. Creo que le gusto, aunque me roció un poco de pis en la camisa esta mañana. Trato de no tomármelo como algo personal.

—¿Estás seguro de que estás hablando de Tomás y no de ti misma? —pregunto tan suavemente como puedo, ignorando la oleada de impaciencia que se eleva en mi pecho.

La desaparición de Isabela dio nueva vida a la guerra, y ahora James yace en una cama de hospital, luchando contra la muerte. No tengo tiempo para jugar. Las vidas humanas reales están en juego aquí, pero Isabela no parece entenderlo.

Algo parpadea en sus ojos, pero se ha ido casi tan pronto como lo he notado.

¿Está sorprendida de que lo haya adivinado correctamente? ¿Me tiene miedo? No la culparía si lo fuera, no lastimaría a Isabela o a Tomás, pero no soy exactamente un buen hombre.

¿O estoy viendo esto mal? ¿Hay alguna razón en particular por la que quiera aferrarse a su vida aquí? Hasta ahora, no parece que Isabela tenga ninguna razón para quedarse, aunque Lily parezca ser una buena amiga.

¿Está saliendo con un hombre? Solo de pensarlo me dan ganas de golpear algo.

—Bien, tienes razón —dice Isabela en un suspiro. ¿Está a punto de admitir su apego a otro hombre? No sé cómo reaccionaría ante algo así. —Estoy nerviosa por irme a casa.

—Todo el mundo se alegrará de verte. Tu familia estará encantada de ver que sigues viva, y mi familia estará demasiado distraída por lo lindo que es Tomás para recordar lo de la pelea.

—Todo está pasando tan rápido, Vicente. —Isabela eleva su mirada y doy una mirada a su alma ansiosa. —La semana pasada, pensé que iba a vivir como Sara por el resto de mi vida. Mi mayor preocupación era conseguir que mi negocio ganara dinero para poder enviar a Tomás a la universidad.

—Desde que me encontraste, todo lo que sé sobre mis opciones ha cambiado. Ahora, ir a casa no parece una misión suicida. —De hecho, sus mejillas se iluminan de vergüenza genuina, creo que eso me gustaría.

Alcanzo el desayuno y tomo su mano, acariciando su suave piel con mis dedos. Sería un honor para mí ir por la vida sosteniendo esta mano en la mía. —Entonces ven a casa conmigo, Isabela. Quiero pasar mis días contigo y las noches también.

Una sonrisa. Un destello juguetón en sus ojos. Un destello de temerosa esperanza en sus facciones. —¿Tienes idea de cuánto ha cambiado mi vida, Vicente? Ahora, ya no tengo que preocuparme por esconder mi verdadera identidad ni el dinero.

—Pero tengo que lidiar con la incertidumbre de volver a casa. Dices que todos se alegrarán de verme. Pero no estoy tan segura. Algunas personas pensarán que he sido egoísta. Algunos pensarán que soy responsable de la sangre que se ha derramado en esta guerra desde mi desaparición.

Dejé que sus palabras se asentaran. Ella tiene razón, por supuesto. Aunque ahora conozco su versión de la historia, entiendo que al menos una pequeña parte de mí solía pensar que era inmadura por haberse ido de la manera en que lo hizo.

La miro fijamente. —O se sentirán aliviados al saber que no se derramará más sangre. Tal vez hasta estén agradecidos.

Isabela me mira como si las respuestas a todas sus preguntas sobre el futuro estuvieran escritas en mi cara, como si fuese una bola de cristal. Sus labios se separan por completo. —No lo sé.

—Ven a casa conmigo, Isabela —le suplico.

Cuanto más nos demoremos, más riesgos corremos. Por supuesto, ella no lo sabe. No sabe que mi padre está impacientándose. No tiene idea de cuánta potencia está acumulando.

—Yo también estoy preocupada por Tomás —añade. —Ni siquiera sabe quién eres en realidad. Pensé que ese era nuestro siguiente paso.

La manera en que ella dice "nuestro próximo paso" hace que mi corazón se hinche. Ya está hablando de nosotros como si fuéramos una unidad, como si fuéramos un equipo. Las cosas se están moviendo en la dirección correcta, pero me preocupa que no esté sucediendo lo suficientemente rápido.

Anoche, después de acostar a Tomás, me di cuenta de que había cometido un error. Cuando estaba al teléfono con mi padre, le dije que volvería a casa "tan pronto como los encuentre".

Ellos. Ella no.

Fue un simple desliz de la lengua. Estaba distraído por Lily y Tomás esperando en la puerta, preocupado porque el timbre de la puerta iba a despertar a Isabela del sueño que tanto necesitaba.

Pero mi padre es un hombre atento cuando quiere serlo. Es una necesidad en el negocio. A veces, son las pequeñas cosas las que terminan salvando o costando la vida de alguien.

No ha dicho nada, pero sé que no lo haría, aunque se enterara de lo de Tomás. Prefiere aprovechar el elemento sorpresa cuando puede. Ataca antes de que su enemigo sea consciente de cualquier peligro.

Siempre he admirado la forma en que trabaja mi padre. Pero ahora que soy un posible objetivo de su ataque, es aterrador. No sé cuándo, ni si hará un movimiento.

¿Sabe que Tomás es su nieto? ¿Debería decírselo y perder cualquier ventaja que tenga sobre él? ¿O debería guardar silencio hasta que Isabela esté lista para volver a casa?

—Dile a Tomás que puede esperar —le digo a Isabela. — Vayamos a casa primero y esperemos hasta que nos acomodemos a una buena rutina. Luego, le decimos cuando esté listo. Tiene tres años. No sé si lo entendería si se lo dijéramos ahora.

Isabela y yo compartimos una mirada. Aunque no esté al tanto de los detalles, sabe que hay peligro a la vuelta de la esquina.

No estoy seguro de lo que va a pasar. No tengo todas las respuestas. Metí la pata, y eso podría significar que tenemos poco tiempo para considerar nuestras opciones.

Pero voy a hacer las cosas bien si es necesario. Solo necesitamos ir a casa primero. Los tres.

ISABELA

Este día ha sido una verdadera montaña rusa.

Me desperté con un Vicente sin camisa con un Tomás feliz en sus brazos. Ni siquiera tuve que cocinar porque él también se encargó de eso. Y luego me dijo que teníamos que irnos a casa ahora.

Respirando hondo, dejo que el agua caliente me bañe. Al menos esta parte de mi día es algo normal.

Nadie está en la ducha conmigo, lo que no es del todo bueno, para ser honesta.

Vicente no dijo que estaríamos en peligro si no volvíamos a casa de inmediato. No tenía que hacerlo. Podía verlo en sus ojos, escucharlo en el tono de su voz.

Mis duchas duran cinco minutos estos días. No puedo dejar a Tomás solo por mucho tiempo, aunque esté durmiendo la siesta, e incluso si Vicente puede hacerse cargo de todo por mí.

Con una toalla alrededor de mi cabeza y la ropa más presentable que puedo encontrar en mi armario, me dirijo a la habitación de Tomás para ver cómo está. Esto es lo que hago cada vez que me ducho con Tomás en casa.

Pero a diferencia de las otras veces anteriores, la cuna de Tomás está vacía. Él no está aquí.

Tal vez se despertó mientras yo estaba en la ducha. No habría sido la primera vez. Vicente podría haberlo llevado a la cocina a buscar algo de comer.

Primero reviso la cocina, luego la sala de estar, después mi propio dormitorio, posteriormente el baño y luego vuelvo a la habitación de Tomás.

No está en ninguna parte. Miro la cuna con incredulidad como si pudiera hacer que se materializara de la nada.

No te asustes, me digo a mí misma. Pero es demasiado tarde para eso. Mi ritmo cardíaco es diez veces más rápido de lo normal.

Mierda.

¿Me equivoqué al confiar a Vicente a Tomás? ¿Me quitó a mi hijo? ¿Cambió de opinión sobre esperar a que yo estuviera lista para ir a casa con él?

Tal vez debería llamar al 911. Corro a mi habitación y cojo el teléfono que dejé en la mesita de noche.

¿Qué les digo? ¿“Creo que mi nuevo novio, que también es el padre de mi hijo y un príncipe de la mafia, ha secuestrado a mi hijo”? Me dirían que dejara de hacer bromas y me colgarían.

Me quedo mirando la pantalla de mi teléfono.

Tal vez estoy sacando conclusiones precipitadas. Tal vez Vicente acaba de sacar a Tomás a jugar. Voy corriendo a revisar el patio trasero mientras hago una llamada a Vicente. Tono de ocupado.

¿Está al teléfono con alguien? ¿O ha bloqueado mi número, ahora que ya no me necesita?

Es posible que haya llevado a Tomás al parque. Ayer le dije que lo hacemos casi todos los días. Tal vez Tomás se despertó y agotó a Vicente con sus súplicas de que saliera.

No puedo creer que Vicente se fuera así sin decírmelo. Ahora que él está aquí, estoy dispuesto a dar pequeños pasos para verlo como un padre igualitario. Pero llevarse a Tomás sin avisar está mal. Él no haría eso, ¿verdad?

¿Cuánto sé realmente sobre Vicente?

Maldita sea. Es muy posible que Vicente haya secuestrado a Tomás. Podría estar hablando con su abogado en este momento, luchando por la custodia total de Tomás. El sistema legal probablemente no ve con buenos ojos a las madres que fingen sus propias muertes para asegurarse de que obtengan la custodia.

Tal vez Vicente solo me está dando una cucharada de mi propia medicina.

—¡Vicente! —grito mientras doy toda una vuelta a la casa. Continúo gritando mientras me dirijo hacia el frente, girando mi cuello para encontrarlo.

¿Dónde está mi bebé? Todo lo que hago es por Tomás. Si lo pierdo, no sé qué haría.

VICENTE

¿Es la voz de Isabela la que me llama?

Ella emerge del costado de la casa, pareciendo que está a punto de llorar.

Me acerco corriendo a su lado, con el corazón palpitando en mi pecho. —¿Qué pasó?

—¿Dónde está Tomás? —pregunta ella, con la voz temblando.

—¿No está dentro? Estaba durmiendo cuando salí a hacer una llamada. —Hablé con algunas personas en casa que me enojaron tanto que tuve que gritar por teléfono. No quería despertar a Tomás de su siesta.

Isabela mueve la cabeza. Sus labios tiemblan. —¿Dónde está Tomás? —repite.

—No lo sé, pero lo encontraremos. Espera aquí. —Llevo a Isabela a los escalones que conducen al porche y le digo que se siente mientras vuelvo a entrar y reviso cada rincón escondido de la casa que puedo encontrar. Y, aun así, no encuentro a Tomás.

Mierda. Ese maldito viejo cabrón.

—Ven conmigo. —Poniendo mi mano sobre los hombros temblorosos de Isabela, le abro la puerta del auto y conduzco.

Al conectar mi teléfono al sistema de audio del automóvil, vuelvo a marcar el último número al que llamé. —Oliver, soy yo otra vez.

—Hola, jefe. Estaba a punto de llamarte, pero....

—No tengo tiempo para charlas —le corté. —Dijiste que Randy y Edward estaban aquí. ¿Sabes dónde se alojan?

—Sí. Este hotel en el centro. Olvidé el nombre.

Gimo. —Averígualo. Averígualo ahora y llámame. Rápido. Esto es urgente.

Cuelgo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Isabela.

—Los hombres de mi padre están en la ciudad....

Cuando Isabela habla, su voz se llena de acusaciones. —¿Tu padre sabe lo de Tomás?

—Sí. Lo siento mucho. Fue por mi culpa. Dije lo que no debía cuando llamé anoche.

—¿Por qué hiciste eso? —dice Isabela levantando la voz. Sus puños caen sobre mi brazo, pero es mi corazón el que me duele. Su furia resuena en mi coche alquilado. —Me dijiste que nos mantenías en secreto, y aun así se lo dijiste. No debería haber confiado en ti. Debí haber huido a la primera oportunidad que tuve.

—Estoy tan sorprendido como tú. Y esto tampoco me gusta. —Sé que mis palabras no le ofrecen consuelo, pero tengo que intentarlo. Quiero que entienda que nunca traicionaría su confianza. —No tenía idea de que se movería tan rápido.

—¿Así que sabías que iba a hacer algo? —La voz de Isabela se hace más aguda.

—Estaba empezando a juntar las piezas —explico mientras giro hacia la carretera. —Acabo de llamar a casa para saber que mi papá ha estado interrogando a mi ama de llaves sobre mis órdenes de que ella limpiara los dormitorios y abasteciera la cocina. Supongo que se enteró de que había estado preparando la casa para tu llegada y me localizó.

—¿Así que mi bebé está con tu papá? —El miedo gotea de cada sílaba que pronuncia.

—Tomás no puede estar tan lejos. —Cuando Isabela empieza a calmarse, mantengo los ojos en la carretera. Necesito concentrarme en llevarnos a los imbéciles que obviamente secuestraron a mi hijo.

No debería haber salido de casa para hacer esas llamadas. Debí quedarme en la habitación de Tomás y mantener mis ojos fijos en él. Mejor aún, debería haber atado a Isabela y Tomás a mi propio cuerpo para que me siguieran dondequiera que fuera.

Pero es demasiado tarde para arrepentirse. Los sentimientos no me devolverán a Tomás.

Corro por las calles, voy al centro y confío en que Oliver me ayude. Es cierto, cuando me devuelve la llamada, me da el nombre del hotel.

En ese hotel encontraré a Randy y Edward. Y los haré papilla si es necesario. Tengo que darle una lección a la gente.

Nadie me quita a mi bebé. Ni siquiera mi propio padre.

Mi puño golpea la puerta. En mi mente, sin embargo, estoy golpeando a los hombres de mi padre en sus feas caras.

—¿Quién está ahí? —viene una respuesta desde dentro.

—¿Deberíamos decir servicio de habitaciones? —susurra Isabela. Me reiría si la furia que recorre mi cuerpo no fuera tan abrumadora.

—¡Abran, imbéciles! —En voz baja murmuro: —Hijos de puta. Abriré esta puerta con o sin su cooperación.

Isabela pregunta: —¿Tienes una ganzúa?

Las sucias paredes verdes como el vómito del pasillo vibran junto con mis golpes. Una mujer que había estado gimiendo como un gato en celo se calla.

No me sorprendería que las prostitutas conocieran a sus clientes aquí. Este parece el tipo de establecimiento que acepta reservas por hora.

Como regla general, mi padre proporciona un presupuesto de viaje bastante generoso. No hay absolutamente ninguna razón para que estos tipos se queden en un lugar como este a menos que estén gastando el dinero en alcohol o drogas. O ambas cosas. Y prostitutas.

La idea de que mi hijo pase tiempo con esos degenerados hace que me hierva la sangre. —Podemos hacer esto por las buenas o por las malas.

Cuando no oigo ninguna respuesta, me alejo de la puerta. A juzgar por el sonido de la bisagra, se supone que se aleja de mí. Perfecto.

No quería hacer esto porque podría asustar a Tomás, pero no me dejaron otra opción.

Al sujetar mi talón izquierdo al suelo, pateo la puerta con mi otro talón. La madera barata y hueca comienza a astillarse.

—Maldita sea —viene una maldición desde dentro. La misma voz que antes. Pensé que había dos hombres que habían sido enviados a la ciudad.

Sigo trabajando en la puerta, enfocándome en la parte cercana a donde está montada la cerradura.

—Vicente, viene alguien —advierde Isabela en tono ansioso.

Los pasos se precipitan por el pasillo. —¡Hey! —Mirando a un lado, encuentro a un hombre con un guante blanco y manchado, señalándome con el dedo índice.

Ignorándolo, golpeo con más agresividad la puerta. Hay mucho más de donde vino eso; suficiente para convertir a los hombres de mi padre en un maldito desastre.

La puerta se raja en una enorme grieta, se abre y pega contra la pared.

Tom se para justo debajo de una luz superior. Su cabeza calva refleja la luz amarilla. Levanta las dos manos en el aire. —Estaba a punto de abrirte la puerta.

No me importa lo que estaba a punto de hacer. Revisando la habitación, se me cae el estómago. Abro la puerta del baño de un portazo. Tomás no está aquí.

—¡Oye, amigo, no puedes hacer eso! Tendrás que pagar —dice una voz detrás de mí. Probablemente es un tipo que trabaja en el hotel.

—¿Dónde está? —Camino hacia Randy, que retrocede, con los ojos fijos en mí. Levanto la voz y vuelvo a preguntar: —Te juro que voy a matarte si no me lo dices. —¿Dónde mierda está?

—No está aquí, hombre. —Su nuez de Adán se mueve hacia arriba y hacia abajo cuando la parte posterior de su muslo choca contra una silla. Mira hacia atrás, pero es demasiado tarde. Estoy demasiado cerca.

Lo agarré por el cuello de su camisa amarillenta y abotonada y lo golpeé contra la pared. Al instante, el tipo del hotel se calla. Solo están los gemidos de Randy y mis amenazas.

—Sé que no está aquí. Tengo ojos. Dime dónde está. —Ni siquiera me molesto en preguntarle a Randy si se han llevado a Tomás. La respuesta es obvia.

—El aeropuerto. En el aeropuerto —tartamudea, y sus ojos parpadean de miedo. —Nos dijeron que lo trajéramos a casa de inmediato.

Mierda. Se mueven rápido. —¿Qué vuelo?

Hace un sonido nervioso. —Uh, um, creo, uh, no lo sé. 805. Creo que es ese.

Retiro el puño y le miro a los ojos. Sabe que no dudaré en hacerle daño. Me alegraría tener la oportunidad de desahogarme un poco. —Dime.

—No lo sé. Yo no fui el que compró los boletos —dice con voz temblorosa.

Con un fuerte gruñido, le doy un puñetazo en el estómago. Mientras se dobla de dolor, le agarro el pelo con fuerza. —Piensa mejor, imbécil.

—No lo sé. Realmente no lo sé —gime patéticamente.

—¿Está con Edward?

—Sí. Sí. Con Edward. En el aeropuerto. —Repite la misma información como si eso pudiera ayudarme a encontrar a Tomás.

Tomo la muñeca de Tom y le doy la vuelta, golpeando su cara contra la pared. —Dime cómo encontrarlos o te romperé los dedos.

Tom grita de dolor. Habla tan rápido que las palabras se mezclan en una frase incoherente. —El vuelo es a las 8; eso es todo lo que sé, lo juro por la tumba de mi madre.

Se desploma contra la pared cuando lo dejo ir. Puedo oír sus gemidos de dolor mientras doy largos pasos fuera de la habitación.

En el pasillo, el tipo del hotel tiembla contra la pared. El pobre parece que está a punto de orinarse encima. Agarrando mi billetera del bolsillo trasero, le meto unos billetes en el pecho. —Esto debería cubrirlo.

Sus manos tiemblan tanto que deja caer el dinero en el suelo sucio. Murmura un tembloroso agradecimiento.

Isabela mira con ojos firmes y decididos. —Vamos al aeropuerto.

ISABELA

Vicente conduce como un maníaco suicida, lo cual es perfecto. O alcanzamos a Tomás o morimos en el intento.

Todo mi cuerpo vibra de inquietud. Me siento inútil, sentada aquí mientras Tomás cae en manos de un secuestrador, y no de cualquier secuestrador, sino de un jefe de la mafia. —Déjame en el área de Arribos. Llámame cuando hayas estacionado el coche.

—No —viene la respuesta de Vicente, firme e inflexible.

—No tenemos tiempo que perder. No puedo esperar a que estaciones el coche. —Mis dedos impacientes frotan la manija de la puerta.

—Por eso no lo haré.

Me muerdo la lengua. Hacer preguntas a Vicente no nos llevará allí más rápido. Prefiero no forzarlo a dividir su atención entre los autos que rodeamos. Además, el motor rugiente nos dificulta tener una conversación de todos modos.

Nos detendremos en el punto de entrega. El coche apenas se ha detenido cuando empujo la puerta para abrirla. No me importa cuál sea el plan de Vicente; es un hombre grande que sabe cuidarse solo. Necesito encontrar a mi bebé.

Corriendo a través de las puertas de cristal, oigo los pasos de Vicente que me alcanzan. Ha dejado el coche en la acera, y el motor sigue en marcha.

Noreste. Eso es lo que dijo ese tipo.

Me levanto temblorosamente sobre mis pies mientras mi mirada revisa la lista de vuelos en la gran pantalla. —Puerta de embarque 21 —grito lo suficientemente fuerte como para que Vicente lo oiga.

Corriendo a toda velocidad, esquivo a la gente que pasa a mi lado, tan lenta como los perezosos mientras arrastran sus maletas a través de la cavernosa sala.

—¡Cuidado! —me grita una voz ronca.

Vicente está muy por delante de mí, acelerando con facilidad sobre sus largas piernas. Mi corazón golpea mi caja torácica, mis ojos se clavan en él mientras mira a la gente alineada en la fila.

Aunque nací en el seno de una familia mafiosa, solo soy vagamente consciente de lo que se necesita para que mi padre nos compre la enorme mansión, los brillantes coches y los bolsos de diseño.

Cuando Vicente hizo sus amenazas de violencia contra ese tipo en el hotel, no tenía ni idea de cómo reaccionar. Me quedé congelada en el pasillo, en parte horrorizada, en parte fascinada y completamente satisfecha. Se lo merecía.

Mis ojos buscan niños entre la multitud. ¿Qué llevaba puesto Tomás? Ha estado insistiendo en vestirse de azul exclusivamente, así que podría ser la camisa azul celeste con la foto de un marino en el pecho o la camisa azul claro y azul oscuro.

Luego recuerdo que llevaba una camisa blanca a cuadros.

¿Pero lleva puesta una chaqueta? ¿Los secuestradores se acordaron de tomar una chaqueta para él?

Cuando me detengo en el escritorio, Vicente se pone un teléfono en la oreja. Eso no puede ser una buena señal.

¿No has visto al otro tipo? Los puños de Vicente deben estar deseando darle una paliza.

—¿Has visto algo? —pregunto, jadeando por el aliento. Mi sangre se enfría mientras sacude la cabeza.

No. Esto no puede ser el final.

Oh, Dios. Tomás, ¿dónde estás?

—¿Qué mierda has hecho? —Vicente grita en su teléfono.

Salen mis lágrimas, como pinchazos en los ojos. A lo largo de todo el viaje, me imaginé tomando a Tomás en mis brazos, abrazándolo fuerte y no dejándolo ir nunca. Lloraba. Lloraría. Vicente estaría atrayendo a una multitud a su alrededor mientras hace llorar al secuestrador.

Intenté no ilusionarme, pero supongo que no funcionó. Se me escapan las lágrimas de los ojos, pero Tomás no está a la vista.

Mierda. No puedo creer que no esté aquí.

Todo se vuelve borroso cuando veo a Vicente y escucho su parte de la conversación. ¿Quién está al otro lado de la línea? ¿Qué está diciendo?

Quiero insistir en que Vicente ponga la llamada en el altavoz, pero quiero encontrar a Tomás aún más. No puedo interponerme cuando Vicente sigue el rastro de Tomás como un sabueso.

—No lo toques. —Vicente toca la pantalla del teléfono y agarra mi mano, yendo directamente al mostrador.

La gente en la fila voltea la cabeza al pasar, sin duda preguntándose qué clase de imbéciles con derecho somos. Ignorándolos, le pregunto: —¿Dónde está Tomás?

—De camino a casa —dice su sombría respuesta.

¿"Casa"? Como en.... tu casa....

—Mi padre está en casa.

El terror se filtra a través de mi carne y apuñala mis huesos. La carne de gallina me pincha la piel. Mis piernas tiemblan mientras sigo el ritmo furioso de Vicente.

Miro a través de una neblina mientras Vicente mira a la mujer detrás del escritorio y exige dos boletos en el próximo vuelo. Ella hace un débil intento de recordarle a Vicente la línea de gente que llegó antes que nosotros, pero él la detiene. —Esto es una emergencia.

—Lo siento, señor. Todavía tengo que insistir en que....

Habla a través de los dientes apretados, su mano que se curva alrededor de la mía temblando con esfuerzo mientras lucha por contenerse. —Nos vas a dar dos boletos en el próximo puto vuelo, o te meteré en tantos problemas que la cabeza te dará vueltas.

Las mejillas de la mujer, ya demasiado rojas debido a una aplicación de maquillaje con las manos pesadas, se llenan de disgusto. —Señor, por favor, absténgase de usar lenguaje soez. Voy a tener que llamar a seguridad si....

—Ustedes la cagaron —dice Vicente interrumpiéndola. —Mi hijo ha subido a un avión con un extraño y de alguna manera nadie se ha molestado en comprobar si él era el tutor legal.

Los labios brillantes de la mujer se separan, pero no salen palabras. Ella murmura algo y llama a su colega al escritorio,

reduciendo aún más la paciencia de Vicente.

Después de un intercambio agitado, se colocan dos tarjetas de embarque en el mostrador con nuestros nombres. —Embarque en treinta minutos —nos dice una voz brusca.

Se siente como si caminara a través de la neblina solo con la mano de Vicente para guiarme a través de los puntos de control de seguridad, el laberinto de tiendas y las multitudes de viajeros.

Si no fuera por él, estaría llorando de rodillas sin saber qué hacer.

Pero de no ser por él, Tomás seguiría en casa conmigo, sano y salvo, aislado del mundo violento en el que viven nuestras familias.

Espera un momento.

Esto es exactamente lo que Vicente quiere.

Por esto es exactamente lo que me ha estado presionando todo el tiempo que ha estado aquí.

Está consiguiendo lo que quiere. Tomás ya está de camino a la casa de la familia de Vicente. Estoy sentada junto a la puerta de embarque junto a él, aferrándome a cada una de sus palabras.

¿Me ha engañado todo este tiempo?

Le quito la mano de encima a Vicente cuando empiezo a verle bajo una nueva luz.

Ha sido dulce, amable y atento, claro. También se lleva bien con Tomás. Tal vez por eso bajé la guardia. Me olvidé de quién es en realidad.

Incluso después de esa violenta exhibición en el hotel, no me di cuenta de qué clase de monstruo se esconde bajo el comportamiento encantador y seguro de sí mismo de Vicente.

Es un mafioso. Nació en el seno de una familia mafiosa e incluso está preparado para tomar el relevo. Es totalmente capaz de la violencia. Probablemente ya ha matado a gente antes. ¿Quién dice que no puede secuestrar a alguien, aunque sea su propio hijo?

—¿Pasa algo malo? Estás temblando. —La mirada de Vicente parpadea en mi cuerpo. ¿Es una preocupación real en sus ojos o es solo un acto?

—Solo estoy preocupado. —Fuerza una sonrisa. —Ya sabes... por Tomás.

Vicente apoya su mano sobre la mía. Pero lo que hace unos momentos me pareció un gesto de consuelo, ahora me constriñe los pulmones. No puedo respirar.

Subiendo un poco mis pies, murmuro algo sobre ir al baño.

La adrenalina se apodera de mí. Puedo sentir los latidos de mi corazón en todas partes; cada célula de mi cuerpo está palpitando. Me duele la cabeza.

¿Me entregaría a las manos del enemigo si tomara ese vuelo con Vicente? ¿Pero qué otra opción tengo?

Quizás debí arriesgarme a dejar el país después de abandonar mi antigua identidad.

Consideré esa opción. Quería alejarme lo más posible del peligro. Pero el hombre que me recogió en su coche me aconsejó que no lo hiciera. Me dijo que sería difícil falsificar un pasaporte creíble, especialmente cuando habría múltiples puestos de control por los que pasar en múltiples países.

Por otro lado, huir de mi familia ni siquiera fue un crimen. Me dio una identificación falsa para que la usara, diciéndome que no era exactamente legal pero también de bajo riesgo. Los adolescentes usan identificaciones falsas para comprar alcohol todo el tiempo.

Para cuando me paro frente a Vicente, se me ha ocurrido un plan. Algo que espero que nivele el campo de juego.

Con los labios temblorosos, sugiero: —Quizás debería llamar a mi familia y pedirles ayuda.

El ceño fruncido se graba inmediatamente en sus rasgos faciales poco a poco. —¿Qué?

—Sí. —Me retuerzo los dedos, pero mantengo mi cara lo más neutral posible. Tengo que ser fuerte por mi bebé. —Llamaste a tu familia, y no pueden ayudarnos. Tal vez deberíamos considerar otras opciones. Mi mamá puede recoger a Tomás en el aeropuerto. Nadie más en mi familia necesita saberlo.

Vicente me mira como si me hubiera salido una cabeza extra. —¿Tienes ganas de morir?

VICENTE

—¿Tienes ganas de morir? —Lamento las palabras tan pronto como salen de mi boca.

Isabela me mira con los ojos muy abiertos, con la mandíbula abierta. Está temblando.

Es comprensible, por supuesto. La mayoría de la gente no quiere tener nada que ver con la mafia, y la mayoría de la gente pasa por sus vidas sin tener un solo trato con ella. Aunque Isabela tiene un jefe de la mafia como padre, probablemente nunca ha estado involucrada.

Isabela ha estado temblando desde que supo que Tomás volaba a casa con mi familia. Pero ahora, es diferente. Ella me tiene miedo. Ellos no.

Puedo ver el miedo en sus ojos. He visto esa mirada demasiadas veces antes como para no reconocer las señales.

—Lo siento, eso sonó mal. —Estiro la mano para tomarla, pero se estremece y da un paso atrás. Me aprieta el pecho. —Lo siento, gatita. Ha sido un día muy largo. No quise decir eso.

—¿Qué quisiste decir? —La acusación gotea fríamente de su voz. —¿Alguien va a intentar matarme?

—No. Tendrían que matarme antes de poner una mano en un mechón de tu pelo.

—¿Entonces por qué dijiste lo que dijiste? —Es una pregunta justa.

—No me refería a ti. Pero tu familia, todos los que se acerquen a Tomás, estarían en peligro. —Me rastrillo el pelo con los dedos. —En caso de que lo hayas olvidado, nuestras familias están en medio de una guerra ahora mismo. Si tu madre aparece y trata de alejar a Tomás de Edward, podría llevar a..... —Me muerdo la lengua antes de poder terminar la frase. —Digamos que no sería bonito.

—Así que está bien que llames a tu familia. Pero cuando sugiero hacer lo mismo, de repente van a matar a alguien —pregunta Isabela, con la ira ardiendo en sus ojos.

—Eso no es lo que quiero decir. —Miro a los agentes de la puerta en el mostrador, pensando, preparándome. —Tomás está con mi familia, así que es solo un asunto familiar interno para mí en este momento. Si involucras a tu familia, eso va a complicar la situación, posiblemente volviéndola violenta. Y sé que no quieres que Tomás esté en medio de situaciones violentas.

Los dedos de Isabela juegan con la tela de sus pantalones de yoga. No tuvo tiempo de cambiarse, así que lleva puesta una camisa vieja de la universidad, junto con una chaqueta que cogió del perchero de la puerta principal.

Todavía eclipsa a todos los demás en este aeropuerto, por supuesto. Pero, aunque está tratando de ser fuerte, parece muy frágil.

La abrazaría y la protegería del mundo, pero a juzgar por la forma en que se apartó de mi caricia, probablemente sea una mala idea.

Un anuncio suena a través del sistema de audio. Me levanto y dejo de poner mi brazo sobre los hombros de Isabela. —Es hora de abordar. No te preocupes. Mi padre juró que no le haría daño a Tomás. Vamos a verle pronto.

—Tal vez no sea tan malo que me vaya a casa. —La suave voz de Isabela viene del asiento de al lado.

Ella todavía no se encuentra con mi mirada, eligiendo en vez de ello mirar su regazo. Pero hemos estado en el aire durante al menos media hora, y ella ha dicho exactamente una frase, así que es una mejora.

Elijo mis palabras con cuidado. No quiero molestarla. —Sí. Podría ser bueno para ti. Y para Tomás también.

—He estado pensando en ello, ¿sabes? Me voy a casa.

—¿Sí? —Me ceñiré a respuestas breves y no controvertidas. Quiero escuchar lo que está pasando en su mente.

—Quizás sea bueno para Tomás tener una gran familia que lo cuide.

Eso es discutible.

Claro, una buena familia puede proporcionar un sistema de apoyo sólido. ¿Pero una familia como la mía, que me ha arrojado a un mundo de mentiras y engaños, de sangre y violencia?

No lo sé. No lo sé. Tal vez en un mundo alternativo, soy un escalador corporativo perfectamente feliz con una esposa y un par de hijos. Pero hay una posibilidad de que no hubiera conocido a Isabela, y no hubiéramos tenido a Tomás.

Ahora que tengo a Isabela y Tomás en mi vida, no cambiaría nada.

Isabela suspira. —Toda su vida solo ha contado conmigo. Dios sabe que apenas me mantenía firme.

—Oye, no seas tan dura contigo misma. Estabas haciendo un gran trabajo.

Me da una sonrisa pálida. —No debí dejarlo solo. Debí llevarlo conmigo al baño.

Sacudo la cabeza. —Date un respiro, gatita. Eres demasiado dura contigo misma.

—Se necesita un pueblo para criar a un niño. Eso es lo que dicen, ¿no? Tomás tendrá una vida mejor en casa, con abuelos, tíos y tías.

Cuando tomo su mano en su regazo, ella se siente sorprendida pero no se aleja. Le doy lo que espero sea una sonrisa tranquilizadora cuando me mira. —Haré lo que sea por Tomás. Lo sabes, ¿verdad?

Algo parpadea en los ojos de Isabela, pero no puedo entenderlo. —Sí —dice ella, volviendo a su mente.

Dos auxiliares de vuelo empujan un carro por el pasillo y colocan bandejas de plástico frente a nosotros. La comida es terrible, pero de alguna manera Isabela se las arregla para tragar más de la mitad de ella. Parece más tranquila después de la comida. Más fuerte.

—Extraño a mi familia —dice, limpiándose la boca con una servilleta de papel. Sonríe. —Tal vez no mis hermanos. Pero mi mamá, mi papá y mi hermana.

Mientras una azafata se inclina para recoger nuestras bandejas, la culpa me aprieta el estómago.

Debería habérselo dicho a Isabela antes, pero nunca fue el momento adecuado.

Al principio, pensé que aún estaba en contacto con su familia, lo que significaba que lo habría sabido. Cuando me enteré de que no tenía ni idea de lo que había pasado... No lo sé. No lo sé. Sentía que ya había pasado por mucho, y no había razón para que yo la agobiara con esa información.

Pero ahora que nos vamos a casa, tarde o temprano sabrá la verdad. No hay una buena manera de dar la noticia, pero preferiría que se enterara por mí.

El aire presurizado probablemente no es la razón por la que es difícil respirar. Y el espacio mínimo para las piernas probablemente no es la razón por la que es difícil moverse.

Me doy la vuelta para mirarla a la cara. —Hay algo que tengo que decirte.

Una multitud de emociones parpadean en su hermoso rostro. Su voz es pesada por el cansancio, fría por la desconfianza. —¿Qué pasa?

Inhalo profundamente y me preparo para que todo cambie entre nosotros. —Tu hermano. Bruno. Él es.... él murió.

Isabela no dice nada, pero no tiene que hacerlo. El choque de la revelación derriba su máscara de indiferencia cuidadosamente mantenida y me lo muestra todo. Incredulidad. Dolor. Ira. Desconfianza.

Ella tuerce su mano lejos de mi alcance. Cuando habla, su voz tiembla, no solo de tristeza o miedo esta vez, sino también de rabia. —¿Qué pasó?

He escrito mis líneas y practicado qué decir. De alguna manera, no hace que esta confesión sea menos difícil. —Hubo un tiroteo en un club. No sé cuánto sabes de los conflictos entre nuestras familias, pero una gran razón es que no pueden ponerse de acuerdo sobre una clara división de territorios. Así que cuando dos grupos de hombres se ven en un club en disputa, los problemas tienden a seguir. Esa noche en particular, se puso feo.

Las lágrimas brotan de los ojos de Isabela, y ella las limpia rápidamente con el dorso de su mano. —¿Sufrió?

—Fue rápido —respondo rápidamente.

—¿Estuviste allí? —Su mirada clava una espada en mi corazón.

Asiento con la cabeza. —Yo fui el que apretó el gatillo.

El silencio de Isabela dice más de lo que las palabras pueden expresar. Sus ojos... Sus ojos... Mierda, ¿me odia ahora?

—Me estaba apuntando con un arma. Fue... No tuve elección — intento defenderme.

—¿Cómo pudiste? —El ácido gotea de sus palabras y me quema por dentro.

—Era la guerra —le explico. —Eso es lo que significa cuando te digo que es una guerra total entre nuestras familias. Por eso te necesitan en casa. Es por eso que yo....

—¿Por eso es que tú...?. —Isabela levanta una ceja. —¿Por eso estabas tan decidido a encontrarme?

Sacudo la cabeza. —Necesitaba encontrarte porque no podía olvidarte. Me perseguiste como una sombra.

Isabela mira hacia otro lado. Cuando vuelve a ver mi mirada, ha recuperado la compostura. Tiene una cara de póquer. Es un porte perfecto.

No sé qué es lo que más me duele: la furia ardiente en sus ojos hace unos momentos o la total apatía que me está mostrando ahora mismo.

—Gatita, yo....

—No me llames así —dice ella, disparando fuego sobre nuestro reposabrazos metálico compartido durante una fracción de segundo antes de restaurar su apacible superficie, un yeso invisible que recubre perfectamente las grietas de su mascarilla.

Mido mis palabras y empiezo a explicarme, esperando que al menos considere las circunstancias. No fue en blanco y negro. La mayoría de las cosas en nuestro mundo no son tan claras. — Probablemente no te importe, pero ojalá no hubiera estado allí. Ojalá no hubiera apretado el gatillo. Pero la verdad es que Bruno estaba muerto en el momento en que apuntó con un arma a mis hombres. Incluso si no hubiese sido yo quien lo hiciera, alguien más lo habría hecho.

—Las cosas han estado mal durante mucho tiempo, Isabela. — Respiro profundamente, pero hasta el aire se siente como fragmentos de vidrio raspando mis pulmones. —Se habían perdido muchas vidas. En ambos lados. Ya sabes lo impulsivo que era Bruno. Era beligerante. Duro con una pelea. Él provocaba a la gente. Me las arreglé para llevarme a un hombre con él y llevar a varias personas al hospital.

Isabela permanece en silencio. No responde a mis palabras, pero tampoco me detiene. Mirando fijamente a la pantalla negra pegada al asiento de enfrente de ella, Isabela se queda quieta como una estatua de mármol.

—Soy un asesino, Isabela. Hice las paces con ese hecho hace mucho tiempo. Es algo que se me queda grabado. No se irá por mucho que me frote la piel. —Inclino mi cabeza hacia atrás en el asiento acolchado y estudio su perfil.

Isabela parpadea rápidamente como si fuera a hacer retroceder las lágrimas. Pero se ve tan estoica que me pregunto si es solo mi imaginación.

Siento como si estuviera hablando con una losa de piedra, pero sigo. —No elegí nacer en mi familia, igual que tú no tuviste nada que decir al respecto. Ojalá no tuviera que traerte de vuelta, pero sabes que tarde o temprano, alguien iba a encontrarte.

—Me llevó algún tiempo hacer las paces con mi suerte en la vida, pero he aprendido que una vez que estás en la mafia, por elección o por otros medios, la única opción es quedarme y aprovecharla al máximo. Eso también va por nosotros dos. No estamos exentos.

—Isabela, puedo darte una vida de paz. Podemos difundir esa paz, compartirla con nuestras familias, asegurarnos de que nadie más pierda la vida en esta estúpida guerra. —Hago mi última súplica, esperando que ella me oiga, aunque finja que no lo hace.

—Te quiero de verdad, Isabela. Haría cualquier cosa para hacerte feliz.

ISABELA

Extrañas miradas me lanzan puñaladas tan pronto como la limusina que nos recogió en el aeropuerto se desliza por las altas puertas de hierro forjado de la finca Gambino.

Cuando el conductor baja la ventanilla para dejar que el guardia de seguridad mire dentro, me echa una mirada subrepticia. Tal vez por eso el conductor mantiene la ventanilla baja.

Los otros guardias vestidos de negro giran la cabeza cuando pasamos como si pudieran mirar a través de los vidrios polarizados. Incluso el jardinero saca su atención de los setos y fija sus ojos en el coche, y deja sus tijeras de metal que cuelgan de su mano bronceada.

Puedo sentir sus miradas quemando un agujero en mi espalda cuando salgo de la limusina y subo las escaleras hacia la casa, donde el personal me mira de la misma manera fría.

Me siento como una prisionera desfilando como la vencedora de la guerra para que la gente se quede boquiabierta.

Vicente me agarra de la mano y se lo permito. El calor de su piel se siente como mi línea de vida mientras me guía a través de una habitación de lujo tras otra. Techos altos, suelos de mármol, pilares gigantes. Como mucha gente en este negocio, la familia de Vicente tiene gustos caros.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. —Su voz es tranquila, firme. Tranquilizante.

Caminamos codo con codo, de la mano, como si fuéramos cómplices de la delincuencia, pasando por muebles de gran tamaño, arañas de cristal y cuadros con marcos dorados. La extravagancia de nuestro entorno contrasta con la fealdad que se esconde en su interior, el engaño y la violencia que se esconde bajo la plácida superficie de la riqueza y la estabilidad.

Si los Gambino no se hubieran llevado a Tomás, no habría tenido problemas para confiar en Vicente. Y si no hubiera matado a mi hermano, me habría refugiado en su bondad.

Pero esas cosas pasaron. Y no sé si puedo perdonar y olvidar. No es como si se hubiera olvidado de darme una tarjeta para mi cumpleaños. Mató a mi hermano y secuestró a mi hijo.

¿Qué otros secretos me está ocultando Vicente? ¿Qué oscuras obras ha hecho con las mismas manos que me han sostenido, acariciado y llevado a las cumbres del placer gritón?

—Vicente. —No tengo que susurrar, pero es difícil no hacerlo cuando siento que todo el mundo nos está escuchando, tratando de averiguar qué negocio tiene una mujer muerta que aparece aquí con su príncipe.

—¿Sí, Isabela? —No me ha llamado "gatita" desde que le dije que no lo hiciera. Pero después de cuatro años de llamarme "Sara", hacer que alguien me llame por mi nombre real sigue siendo demasiado íntimo, viniendo de alguien en quien no confío.

—¿Dónde está Tomás?

Los labios de Vicente se apretujan en una línea. —Más vale que esté aquí. O algunas personas se encontrarán en un mundo de dolor.

Su enojo fluye a través de su mano y dentro de mi cuerpo, llenándome de coraje. No me siento sola con él luchando a mi lado.

¿Pero cómo puede ser eso cuando él es la razón por la que me arrojan al ring en primer lugar? Si no fuera porque Vicente me encontró, Tomás y yo estaríamos durmiendo en paz en casa ahora mismo.

—¿Lista? —pregunta, con la mano en el mango de latón unido a las altas puertas dobles de madera tallada.

Debería haberme hecho esa pregunta antes de llevar a Tomás a casa sin mi permiso. Dejando a un lado mis dudas, me concentro en mi hijo. Necesito ver a Tomás. Averiguar si está bien. Debe estar aterrorizado. —Sí.

Esto es todo. Ahora, mi vida depende de estos hombres.

Nadie, ni siquiera mi familia, sabe que estoy viva. Y mi única amiga ni siquiera sabe que me ha estado llamando por un nombre

falso todo el tiempo.

Nada impide que los Gambino me maten a tiros y arrojen mi cuerpo a una tumba sin marcar en el bosque. Oficialmente, Isabela Lansky ya es una mujer muerta.

Me trago los nervios mientras Vicente gira la manija de la puerta. Tengo que ser fuerte. Por el bien de Tomás.

Entramos en una habitación con hermosos y oscuros paneles de madera en las paredes y una alfombra de felpa bajo los pies. Estantes tan altos que llegan hasta el techo, llenos hasta reventar de libros. Una chimenea crepita en el fondo, disfrutando de todo en su cálido resplandor.

Un hombre se sienta detrás de un pesado escritorio de caoba, y el poder emana de su persona. Descansa su copa de cristal. El hielo chasquea mientras flota en el líquido. Recostado en su silla como si hubiera estado esperándonos, sonrío. —Encantado de conocerla finalmente, señorita Lansky. Esperaba verte hace cuatro años, pero más vale tarde que nunca.

Suprimiendo el miedo que me sube por las tripas, camino por la habitación. —¿Dónde está mi hijo?

Los ojos oscuros de León Gambino centellean de diversión, su expresión me recuerda a su hijo. —Tienes espíritu. Me gusta eso. Seré honesto contigo; no esperaba que una mujer muerta fuera tan luchadora.

—Deja de joder —dice Vicente con su voz cortada al acercarse sus pasos. —¿Dónde está Tomás?

—Es un lindo alborotador —dice León, reclinado en su gran sillón de cuero, tan relajado como estaría si estuviera en la playa. Su pelo de sal y pimienta adquiere un tono amarillo de la chimenea. —Está a salvo.

Presionando mis palmas contra la superficie de su escritorio, me inclino hacia adelante y brillo. Pongo la expresión más intimidante que puedo tener. —¿Dónde?

León se ríe como si yo fuera una linda niña exploradora ofreciéndole galletas. —Me alegro de verla, señorita Lansky. De verdad lo estoy, aunque hayas sido mala. Nos has causado muchos problemas.

Antes de que pueda hacer caer mi indignación sobre León, Vicente habla. —Papá.

—Siéntense, ustedes dos. Tenemos algunas cosas de qué hablar. He estado esperando cuatro años. No has visto a tu hijo en unas horas. —León mueve los dedos, señalando a las sillas que están al otro lado de su escritorio.

Un fuerte portazo en la mesa me hace saltar. Los ojos de Vicente están encendidos, quemando un camino de furia hacia su propio padre. —Dinos dónde está Tomás.

León nos mira fijamente antes de levantar las manos en el aire como si se rindiera. —Está bien, está bien. Está a salvo. Los jóvenes de hoy en día. Tan impacientes.

El raspado de un cajón contra sus rieles metálicos llena el aire. León se desliza y toca su teléfono, luego lo sostiene para que veamos una imagen en movimiento de Tomás durmiendo sobre lo que parecen sábanas blancas, con su pequeño pecho subiendo y bajando con sus respiraciones regulares.

—Eso es en vivo. Así que ves que está bien. No soy un monstruo por completo. Yo no le haría daño a un niño pequeño —dice, burlándose de su tono. Obviamente, encuentra nuestra angustia entretenida. —Ahora, señorita Lansky, por favor siéntese, o voy a tener que volarle los sesos.

—Papá, te juro que....

—¿Ha llamado, señor Gambino? —he oído a un hombre preguntar. Dándome la vuelta, me encuentro con una montaña de hombre de pie junto a la puerta, con la mano dentro de su chaqueta, sin duda ya tomando su arma.

—Siéntate tú también, Vicente. De lo contrario, no puedo garantizar la seguridad de la señorita Lansky. —La voz de León tiene un ligero tono. No estaba contenta cuando me opuse a él, pero el hecho de que Vicente se le pusiera en su contra es lo que más le molesta.

No hay otra opción. Tomamos nuestros asientos.

—¿No es bonito cuando todo el mundo se lleva bien? —pregunta León. —Deberías haberme escuchado desde el principio.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto.

León levanta una ceja. —Tengo la misma pregunta para usted, señorita Lansky. Por mucho que lo intente, no entiendo por qué te escapaste hace cuatro años, escapando de un matrimonio arreglado, solo para ahora jugar a la familia con mi hijo.

Supongo que suena ridículo cuando lo dice así. —No sabía que Vicente era el hombre con el que debía casarme.

León dirige sus manos. Su frente se arruga con la concentración. —Ahora que has llegado a conocer a Vicente, supongo que ya no tienes ninguna objeción al matrimonio....

—Bien... Uh... Yo no... —Tartamudeo, mi corazón late fuerte en mi pecho. Miro a Vicente, pero me mira con tanta curiosidad en los ojos como su padre. —Aún no puedo responder a eso.

—¿Por qué no? Has tenido cuatro años para pensarlo. —Me mira con sus ojos intensos. —Déjenme ponerlo de esta manera. ¿Cuáles son tus planes, ahora que has vuelto de la muerte?

—No lo sé... Hasta hoy, no tenía ni idea de que esto iba a pasar tan rápido.

—Papá, hemos tenido un largo viaje. ¿Podrías darnos un respiro y hacer esto en otro momento? Necesitamos ver a Tomás. —La forma en que Vicente habla de nosotros me hace sentir menos sola, como si tuviera a alguien luchando de mi lado.

—Yo también tengo algunas preguntas para ti —dice León. — ¿Por qué no me dijiste que habías encontrado a la señorita Lansky?

Vicente emite una gran exhalación. —Porque sabía que te volverías en contra de nosotros.

La risa de León llena su oficina. Le hace más preguntas a su hijo sobre lo que había pasado mientras él no estaba. Entonces, por insistencia de Vicente, nos despide.

Tengo los ojos cerrados con el guardia junto a la puerta. Algo me dice que está decepcionado por no haber podido usar su arma contra mí.

Después de vivir en paz durante tanto tiempo, se siente extraño estar de vuelta en este mundo, donde la violencia es un medio viable para resolver problemas, y la vigilancia constante es la solución obvia a la desconfianza.

Pero no me importa. Voy a ver a mi bebé.

VICENTE

Suspiro de alivio cuando abro la puerta para encontrar a Tomás exactamente donde mi papá dijo que estaría, durmiendo como la pantalla de su teléfono nos mostró que estaría.

Para ser honesto, tenía mis dudas. Mi padre no sabía que Tomás era su nieto, después de todo. Dicho esto, por muy monstruoso que sea, dijo la verdad. Nunca ha hecho daño a los niños, al menos a los que no eran suyos.

Mantuve mis preocupaciones en secreto por Isabela. Estaba tan nerviosa todo el tiempo que estuvimos en su oficina que me preocupaba que se rompiera.

—Oh, nene. Tomás, cariño. Estoy tan contenta de que estés bien. —Isabela apoya sus manos en las barandillas de seguridad alrededor de la cuna, encorvada sobre el costado para mirar la cara de Tomás cuando duerme.

La fría luz de la luna entra por la ventana mientras Isabela levanta la camisa de Tomás, revisando su cuerpo en busca de heridas. Pongo mi brazo suavemente en la espalda de Isabela y casi grito de alegría cuando ella no me dice que me retire.

—No está herido. —Isabela suena como si se le hubiera quitado un gran peso de encima.

—Se ve tan tranquilo —remarco.

Isabela sonrío mientras mira con amor a nuestro hijo. —Sí. No creerías que lo secuestraron con solo mirarlo.

Una risita brota de mi estómago y sale de mi boca. Isabela se me une, riéndose mientras se cubre los labios con ambas manos, luchando por mantenerse en silencio.

—Shhhh.... No podemos despertarlo —dice, con los hombros temblando.

—Sí. Ha tenido un largo vuelo.

No sé si es un simple alivio o si la ridícula situación nos ha alcanzado finalmente. Pero cada vez que nuestros ojos se encuentran, nos desplomamos en ataques de risa, del tipo que nos deja sin aliento.

—¿Mamá? —La voz de Tomás es casi un susurro, pero es suficiente para exigir toda nuestra atención.

—Hola, tú —dice Isabela con suavidad. —¿Te divertiste hoy?

Tomás murmura una respuesta incoherente y sonrío, sus ojos cansados se cierran de nuevo. La vista llena mi pecho de un calor que se extiende por todo mi cuerpo. Así que esto es lo que se siente al ser padre.

Isabela pone una mano tierna en la frente de Tomás y le quita el pelo suelto de la cara. Luego, endereza la columna vertebral, se aleja un paso de mí. Se mueve en la cama junto a la cuna. —Dormiré aquí.

Esa mirada de nuevo. La euforia de haber encontrado a Tomás sano y salvo ha pasado. Ahora que se ha vuelto loca, vuelve a poner la guardia en alto. Su rostro es una máscara de indiferencia, y sus pensamientos internos un misterio.

Ojalá pudiera pasar la noche aquí en este cuarto de huéspedes con mi pequeña familia. Pero Isabela no me quiere aquí, eso lo sé.

—Está bien. Te veré por la mañana.

Si necesita espacio, se lo daré. Pero no voy a dejar que se vaya otra vez. Nunca.

Ahora que estamos de vuelta en casa, puedo ver claramente lo bien que podemos encajar todos juntos, lo felices que podemos ser.

No importa lo que cueste, Isabela y Tomás se quedarán.

Salgo de la habitación y atravieso la casa grande, mis piernas me llevan al dormitorio en el que solía dormir cuando era niño. Acostado en la cama, miro el techo, y mi mente está ocupada con las fantasías de tener a mi familia para siempre y planes para hacerlos realidad.

Mañana por la mañana, sé que mi padre querrá verme. Después de eso, supongo que tendremos que tener una reunión con los Lansky.

¿Cómo reaccionarán si descubren que Isabela está viva? No dudo que Isabela estaba diciendo la verdad sobre no tener ningún contacto con su familia. ¿Se enfadarán? ¿Estarán felices? ¿Sentirán que los traicionó?

Pase lo que pase, Isabela siempre tendrá un lugar al que volver a casa. Ella debe estar a mi lado.

ISABELA

—¡Sí! —Mi papá marcha hacia mí, con la cara roja y los ojos ardientes, señalándome con un dedo acusador. Me estremezco, presionando mi espalda contra la parte de atrás del sofá, pero él no se detiene. —Tu hija mató a su propio hermano. —¿Lo sabes?.

—Marco —la voz de mi mamá resuena en la sala de estar de los Gambino, regañando suavemente a mi papá. —Acordamos que al menos intentarías mantener la mente abierta.

Una bella mujer abre la puerta de la oficina de León Gambino y anuncia a la habitación que su jefe ha estado esperando a mi padre.

Con una última advertencia, mi padre se da la vuelta y entra en la oficina de León. La secretaria bien vestida me sonrío con simpatía. Lástima que no estuviera anoche; me habría hecho sentir más a gusto.

—Isabela. —Mi mamá se deja caer en el sofá a mi lado, y luego me abraza, cortando mi línea de visión hacia mi papá. Poniendo sus manos en la parte de atrás de mi cabeza, me acaricia el pelo.

Este gesto puede parecer normal, viniendo de una figura materna. Pero mi familia tiende a mostrar sus emociones cerca de sus pechos, y mi mamá no es una excepción.

Sus hombros tiemblan mientras la abrazo. —Mamá, ¿estás llorando?

Cuando habla, su voz tiembla un poco. —Pensé que no volvería a verte nunca más.

Con sus palabras, todas las emociones que he estado reteniendo se me acercan a los ojos, escapando como lágrimas. —Yo también.

Nos sentamos allí, sin pronunciar palabras, sino diciéndonos todas las cosas esenciales con nuestro abrazo.

—Ahora, ¿me han dicho que tengo un nieto? —Mamá se separa del abrazo y mete la mano en su bolso para enjugarse las lágrimas,

ofreciéndome los familiares pañuelos de papel con aroma floral.

Asiento con la cabeza mientras me limpio las lágrimas de la cara y me sueno la nariz, riéndome de alivio a pesar de que sé que la mierda no ha terminado de golpear el ventilador. Me levanto y llevo a mi mamá al segundo piso de la mansión, ignorando las frías miradas de la mujer que barre las escaleras y unos chicos que cuelgan un gran cuadro.

Caminamos por un ancho y largo pasillo hasta que veo la pintura de un hombre lobo llevando a una mujer aterrorizada hacia un rincón oscuro. Me recuerda a mi primer encuentro con Vicente. Es curioso cómo pasé de tenerle miedo a verlo como mi protector y volver a tenerle miedo, aunque supongo que ahora tengo una imagen más matizada de él.

Me detengo en una de las muchas puertas idénticas y la abro. Alguien ha venido a hacerme la cama, pero Tomás sigue durmiendo en su cuna, sin ser molestado.

—Oh, es precioso —jadea mi madre. Tomás no es su primer nieto, aunque supongo que eso no lo hace menos especial.

Nos quedamos junto a la cuna, conversando en silencio sobre el niño dormido. Mamá quiere saber todo sobre Tomás, y estoy encantada de complacerla. No es frecuente que encuentre un público cautivo que esté realmente interesado en el hecho de que el color favorito de Tomás cambie cada mes, o que esté empezando a mejorar en comer por su cuenta.

—Debes haber estado aterrorizada —dice ella, con su mirada suave cuando llego a la parte del secuestro. Es difícil de creer que eso fue ayer.

—Sí.

Se aleja de la cuna y se sienta en el borde de la cama. Al unirme a ella, recuerdo la última vez que nos sentamos juntas en la cama, una al lado de la otra, así como así. Hace cuatro años. Cuando me dijo que matara a la persona que había sido toda mi vida y que empezara de nuevo en algún lugar lejano.

La mirada de mamá es firme pero gentil. —Me parece que han pasado muchas cosas en los últimos días. Tu cabeza debe estar dando vueltas.

—Vicente me habló ayer de Bruno —le dije. —Papá tenía razón. Lo maté.

Mamá me toma la parte superior del brazo. —Isabela, no. No puedes pensar así. No fue tu culpa.

—¿Cómo puedes decir eso?"

—Porque es verdad. No fue tu culpa —dice, metiendo mi cabello detrás de la oreja. —Pensabas que ibas a morir si te quedabas. No te culpo por irte y tú tampoco deberías.

—Si no fuera por mi partida, aún estaría vivo hoy.

—Si no fuera por Moisés escuchando ramas ardientes en el desierto, algunos primogénitos egipcios habrían llevado una vida plena. —Mamá me regala una sonrisa irónica. —Cariño, se llama el efecto mariposa. Una cosa lleva a la otra, pero eso no significa que sea culpa o intención de nadie.

Dejé que su sabiduría calmara la culpa que apretaba mi estómago. Sigue ahí, enrollándose como una serpiente que puede lanzar un ataque en cualquier momento. Incluso si voy a hacer las paces con ello, me llevará algún tiempo.

—¿Qué voy a hacer, mamá? —Suspiro. —¿Qué debo hacer?

—No lo sé. Y no puedo decírtelo. —Ella sacude la cabeza, aplastando cualquier esperanza que tenga de que me dé una respuesta clara. —No deberías pensar en lo que yo quiero ni en lo que quiere tu padre. Olvídate de lo que los Gambino quieren.

La miro fijamente, estupefacto. Me crie para ser una buena chica, ¿y ahora me dice que vaya en contra de todos los instintos que tengo dentro de mí?

—La vida es corta, Isabela. La muerte de Bruno me ha enseñado eso. Y en cierto modo, tu muerte también, aunque no fuera real. Solo tienes una vida. Nada de repeticiones. Vive tu vida como quieras.

Ella ha cambiado, me doy cuenta. Solo he estado fuera durante cuatro años, y mi madre ahora tiene una filosofía de vida completamente diferente. Mirando más de cerca su cara, me doy cuenta de las nuevas líneas y manchas de la edad, la textura correosa de su piel.

—Ahora, las cosas no están tan mal como pensábamos hace cuatro años —dice mamá. —Mantener al bebé y casarse con Vicente no habría sido la sentencia de muerte que habíamos pensado. Pero eso no significa que debas casarte con él ahora.

—¿No lo es? —Me quedo boquiabierta ante la mujer que tengo delante. ¿Dónde está la madre con la que crecí, la que me enseñó la importancia de poner a la familia en primer lugar?

—No. —Mamá sacude la cabeza. —Te gustaba lo suficiente este hombre como para acostarte con él hace cuatro años, y tuviste a su bebé. Eso fue todo. No significa que tengas que pasar el resto de tu vida con él si no quieres. Olvídate de las familias, de la guerra, de los viejos en cuartos húmedos que toman todas las decisiones. Piensa en lo que quieres. ¿Te gusta Vicente?

El calor sube a mis mejillas, y sé que me estoy poniendo roja brillante.

Mamá se ríe. —No te culpo. Es un bombón.

—¡Mamá! —No puedo creer que haya dicho eso.

Se ríe de mi indignación. Es contagioso. Antes de que nos demos cuenta, nos reímos como colegialas.

—Es un buen hombre —dice mamá en un tono más serio. —¿Te trata bien?

Pienso en esa mañana que Vicente cuidó de Tomás para darme un respiro; la forma en que le gritó a su propio padre, luchando por mí; la suave caricia en mi piel después de que me llevó al orgasmo, una y otra vez. De nuevo, mis mejillas arden. —Sí.

La sonrisa de mamá hace que mis mejillas se pongan aún más calientes. —Eso es bueno. Un buen hombre que se preocupa por ti no tiene precio.

Me muevo con mis jeans, frotando los vaqueros entre mis dedos. —Entonces, ¿debería casarme con él? ¿Terminar la guerra?

—Cariño, tu padre es un mafioso. Siempre habrá conflicto y peligro en su vida y en la nuestra también, por extensión. Desearía que no estuvieras agobiada por nuestras decisiones. —Hay algo más que un poco de tristeza en su voz. Hay culpa también.

—No es tu culpa, mamá. Como dijiste, es el efecto mariposa. No es como si tuvieras la intención de que las cosas salieran así.

—Gracias por decir eso, cariño. Es curioso cómo a veces es más fácil ver las cosas claramente cuando das un paso atrás.

Asiento con la cabeza. Hay muchas cosas que debo considerar, pero mamá me ha ayudado a descubrir lo que es importante y lo que se puede ignorar.

Mamá se ofrece a llevarnos a Tomás y a mí a casa con ella, pero me niego. Aunque tenga que soportar el ambiente hostil de esta casa, siento una profunda necesidad en mi alma de permanecer cerca de Vicente. Parece importante.

¿Cómo se supone que voy a tomar decisiones sobre este hombre sin conocerlo mejor? Además, en este momento estoy completamente segura de que no estoy en peligro aquí, no con la protección de Vicente sobre mí.

Mi mamá y yo hacemos planes para reunirnos a almorzar y visitar la tumba de mi hermano. Justo cuando estoy concertando la cita en mi teléfono, Tomás llora por mí, y mi mamá se apresura a llegar a la cuna, sonriendo de oreja a oreja.

Volver a casa ya parece una buena decisión. Tomás crecerá rodeado de mucho amor.

Me paro en la parte superior de los escalones de mármol con Tomás en mi cadera, saludando a sus abuelos. Hoy está de buen humor, gracias a Dios. Su sonrisa hace que hasta mi papá sonría a través de la ventana abierta del auto mientras se aleja.

El coche se encoge hasta que parece un juguete. Me doy la vuelta y empiezo, sin esperar a la gran figura oscura que está detrás de mí.

—Lo siento —dice bruscamente, dando un paso atrás. El pelo del hombre está salpicado de canas, y tiene un estómago ligeramente prominente, pero hay un aire a su alrededor que transmite que no se anda con rodeos. —Se supone que debo llevarte a casa.

¿"Hogar"? Frunzo el ceño. Le dije a mi madre que quería darle una oportunidad a Vicente. Mi padre no protestó. Cree que aquí es donde debería estar. Soy su cordero sacrificado, su ofrenda de paz. —No. Me quedo aquí.

—Lo siento, pero Vicente me dijo que te acompañara a su casa. Estarás más cómoda allí.

—Oh. —No se me ocurrió que Vicente viviría lejos de su familia porque yo nunca lo hice. Pero por supuesto que lo haría.

Aunque esta mansión es más que suficiente para albergar a toda la familia Gambino, Vicente es un hombre adulto. Como mujer joven, tuve que quedarme bajo la protección de mi padre, vivir bajo su techo.

No es justo que lo sepa. Podría escribir un ensayo completo sobre el sexismo en familias como la nuestra. Pero ahora mismo, haría cualquier cosa para distanciarme -y a Tomás- de León Gambino.

—El coche estará esperando aquí cuando termines de empacar. —Los labios del hombre se curvan hacia arriba, pero con las gafas de sol oscuras sobre sus ojos, es difícil tomarlo como un gesto amistoso. Tal vez el tratamiento frío que he recibido del personal de la casa hasta ahora ya me ha cansado.

Razón de más para dejar este lugar, supongo. —Gracias.

No me lleva mucho tiempo empacar. No traje nada más aparte de mi bolso, y el secuestrador de Tomás obviamente tampoco. Probablemente debería volar de vuelta en algún momento para recoger mis cosas. Va a ser un dolor en el culo, pero es algo que tengo que hacer. Además, será bueno ver a Lily.

Cuando entro por la puerta principal, con la mano de Tomás en la mía, el hombre me saluda desde el asiento del conductor de un BMW negro.

—No entendí tu nombre —dije cuando entré y puse a Tomás en el asiento para niños.

—Me llamo Oliver. —Mientras el auto se desliza por el largo y sinuoso camino de entrada, recuerdo dónde escuché el nombre antes. En el coche, cuando Vicente estaba al teléfono.

Oliver fue el hombre que nos dijo dónde encontrar a los secuestradores. El primer tipo al que llamó Vicente. Ha asignado a su hombre de mayor confianza para que me mantenga a salvo. Saber esa información me hace sentir apreciada.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien está cuidando de mí, y se siente bien. Siento que finalmente puedo soltarme un poco, dejar de tomar las riendas para tensarlas.

—¿Dónde está Vicente? —le pregunto a Oliver, en parte para conversar, pero en parte porque quiero verlo. Anoche dejamos las cosas de un modo extraño.

—Está en el hospital.

Me duele el aliento en la garganta. —¿Está bien?

—Sí. Sí, está bien -responde rápidamente Oliver, sintiendo mi angustia-. —Solo está visitando a alguien.

Me desinflo con alivio, mis músculos se aflojan. —Oh.

—No te preocupes. Vicente es un hijo de puta duro. Inteligente también. No veo a nadie llevándolo al hospital pronto, especialmente ahora que has vuelto y..... —Oliver se detiene abruptamente, el resto de su frase flota torpemente en el aire, sin decir nada, pero es obvio.

Ahora que he vuelto y tenemos un hijo juntos. Ahora que he vuelto y vamos a casarnos. Sus expectativas pesan mucho sobre mis hombros.

—Quiero decir, ahora que tiene que pensar en ti, creo que tendrá cuidado. —Oliver trata de arreglar su error, pero el daño está hecho. La pausa fue demasiado larga. —No querría preocuparte.

—Correcto.

La risa de Oliver resuena en el coche, en plena efervescencia.

Pasamos el resto del viaje en silencio hasta que Oliver enciende la radio y la música de los éxitos más recientes llena el aire. Miro por la ventana al paisaje cambiante.

No me di cuenta de lo mucho que extrañaba esta ciudad. No pensé que volvería a poner un pie en California, pero aquí estoy. De vuelta de la muerte. Menos como un ave fénix y más como una paloma con un ala rota.

—Estamos aquí —anuncia Oliver. El cielo es de color púrpura y amarillo dorado, el sol está colgando bajo, asomándose justo encima de las otras grandes casas de la zona.

Le agradezco a Oliver y lo sigo a mi cuarto. Ahora que se ha quitado las gafas de sol, me doy cuenta de lo juguetones y amables que son sus ojos. También tiene pestañas largas y gruesas. Considerando su línea de trabajo, no me sorprende que elija usar gafas de sol siempre que pueda.

Con Tomás deambulando por el dormitorio, le doy las gracias nuevamente a Oliver antes de que se vaya. Tengo la sensación de que lo veré mucho en los próximos días.

Tomás charla emocionado mientras mira dentro del armario. — ¡Secuaz!

Me acerco para investigar y, para mi sorpresa, encuentro la camiseta de Tomás con su personaje de dibujos animados favorito encima de un montón de ropa. ¿Qué es esto?

Abro la puerta del armario y se me abre la boca. Esperaba que estuviera vacía. Pensé que tendría que comprar algo en el centro comercial para ayudarnos hasta que me devolvieran la ropa de Delaware.

Pero mis vestidos cuelgan sobre montones de ropa bien doblada en el armario. Mi ropa y la de Tomás también.

¿Cuándo lo hizo? Supongo que puedo preguntarle a Vicente sobre ese asunto más tarde. Un tema de conversación seguro, ya que tendremos toneladas de cosas difíciles de hablar.

Mi curiosidad se incrementó, revisé el baño de la habitación. Mi acondicionador está en el estante de piedra de la ducha, junto con el suave jabón corporal de Tomás. Los libros de las estanterías también están llenos de nuestras cosas. Sonrío mientras pienso en leer la historia favorita de Tomás antes de acostarlo esta noche.

Cuando saco el cajón de la mesita de noche, hasta encuentro mi loción dentro. Y al ver mi vibrador Valentina me doy cuenta de que una ola de vergüenza me calienta las mejillas.

Me aventuro fuera del dormitorio. Este lugar no es tan grande como la mansión principal de los Gambino. También es más pequeño que la casa de mi familia. Pero en comparación con el alquiler de dos dormitorios en el que viví durante cuatro años, todavía se siente como un palacio.

Abriendo una puerta tras otra, encuentro tres dormitorios más en la misma planta, cada uno con su propio baño en la habitación.

Solo hay una puerta que no se puede abrir, probablemente sea la habitación de Vicente. Mis padres son igual de cuidadosos, solamente abren la puerta una vez al día cuando su ama de llaves de mayor confianza limpia la habitación.

—Hola, señora Lansky —canta una voz femenina mientras bajo las escaleras.

Encontré a una mujer de pelo gris tirando de un bollo suelto, de pie en la cocina, con un delantal colgando de su cuello. —Hola.

—Estaba a punto de prepararte la cena. ¿Qué te parece el salmón a la parrilla? ¿Con puré de papas al ajo a un lado?

—¿Estás bromeando? Eso suena maravilloso. —Después de cuatro años de cuidar de Tomás por mi cuenta y de hacer todas las tareas de la casa, la idea de tener a alguien que cocine para mí me parece un lujo. ¿Y que la comida sea tan gourmet? Me siento como si hubiera muerto y me hubiera ido al paraíso culinario.

La mayor parte de mi vida viví como una princesa en la casa de mi padre, sin tener que mover un dedo. Ahora, he olvidado lo que se siente sentarse y dejar que la gente maneje los detalles de la vida.

—Perfecto —dice la mujer del delantal. Ella sonrío. —Mi nombre es Lydia. Cocino y limpio para el señor Gambino. Bueno, la mayoría de las veces limpio porque normalmente no come en casa, así que me emocioné cuando me dijo que preparara algo para ti.

Wow. Sé que Vicente delega el trabajo, pero estoy sinceramente conmovida por esta consideración. Ni siquiera tuve que pedir que me llevaran mis cosas por todo el país. Lo ha pensado todo.

Eso no cambia el hecho de que Vicente me haya ocultado algunos hechos esenciales, pero tengo que admitir que podría acostumbrarme a esto.

Tengo mucho en qué pensar. Esa noche, mientras estoy despierta en la cama, muchos pensamientos sin palabras revolotean por mi mente.

Aquella primera y fatídica noche conocí a Vicente. Nuestra cita a ciegas. La forma en que me desgastó y me convenció con su paciencia, determinación y amabilidad. Las oscuras revelaciones de los últimos días. Las palabras de mi madre.

¿Lo más extraño? No puedo explicar por qué me siento como me siento, pero...

A pesar de que nada es seguro ahora mismo, me siento bien. En paz. Por primera vez en años, las cosas finalmente están poniéndose en su lugar.

VICENTE

—¿Ya están en casa? —le pregunto a Oliver mientras me siento dentro del auto.

—Claro. Tu hijo es adorable, por cierto. Me hace preguntarme si tal vez era el hijo de otro hombre.

—Vete a la mierda. —A pesar de mi irritación, respiro un poco más fácilmente. Me preocupaba que Isabela hubiera decidido irse con sus padres hoy más temprano.

La sonora risa de Oliver llena el auto. Saca una mano del volante para golpearme ligeramente en el bíceps. —Tranquilízate, ¿quieres?

—Ver a James indefenso en su cama de hospital no me pone de buen humor. —En cuanto digo las palabras, el estado de ánimo se vuelve sombrío.

Oliver se queda callado mientras conducimos por caminos familiares de regreso a casa. —Dicen que puede despertarse en cualquier momento.

—Claro. O nunca.

Nunca se sabe con el coma que me dijo el médico. Podría llevar una semana o un año.

No tengo problemas para cubrir las facturas del hospital de James. Es uno de mis hombres de más confianza. Pero tengo problemas para determinar cuánto tiempo es demasiado para esperar.

Como muchos hombres que trabajan para mí y para mi padre, James no tiene familia, así que somos nosotros los que tenemos que tomar estas decisiones en su nombre. Creció en el sistema de hogares de crianza y no ha tenido mucha suerte con las damas; en realidad, no es una gran sorpresa. Las mujeres tienden a evitar el compromiso a largo plazo con los hombres que trabajan para la mafia.

No por primera vez hoy, pienso en Isabela y en las opciones que enfrenta. No tiene muchas opciones. Puede vivir en la jaula dorada de su padre o en la mía. Ojalá pudiera liberarla, pero como princesa de la mafia, siempre habrá alguien que la vea como un objetivo.

Respiro profundamente. Habrán pasado horas desde que Isabela y Tomás estaban en este coche, pero todavía puedo oler el fresco y dulce aroma del jazmín salvaje en el aire.

Tal vez solo sea mi imaginación. La echo de menos, y no puedo esperar a verla de nuevo.

He fantaseado con tenerla en mi casa, y ahora esa fantasía se ha hecho realidad. Incluso hay una feliz sorpresa en la forma de Tomás. Mi vida es literalmente mejor que mis sueños más salvajes. Pero si no convengo a Isabela de que se quede, lo perderé todo.

ISABELA

La fría luz de la luna se filtra a través de las cortinas que cubren la ventana. Una inyección de adrenalina me despierta al ver una sombra encorvada sobre la cuna de Tomás.

Fijando la mirada en la silueta oscura, busco la pesada lámpara de mesa de latón en la mesita de noche que elegí específicamente para este propósito. Pero mis dedos no encuentran lo que busco. Miro de reojo y me doy cuenta de que esa no es mi mesita de noche.

Me lleva dos segundos darme cuenta de dónde estoy. No hay forma de que un intruso haya podido pasar la estricta seguridad de este lugar. Así que ese debe ser...

—¿Vicente? —Mi voz se pone áspera y me aclaro la garganta.

Gira la cabeza al oír el sonido. —Hola. No quise despertarte —susurra. Su mirada me sigue mientras le quito las sábanas y me uno a él al lado de la cuna.

—¿Qué hora es?

—Uh, dos de la mañana. —Una pizca de culpa tiñe su voz.

—No te preocupes por despertarme —le dije. —Estoy acostumbrada. Tengo un niño pequeño, ya sabes. Solo hace poco que ha empezado a dormir toda la noche.

—Razón de más para que necesites descansar. —Vicente me da una sonrisa amable. Inclina la cabeza hacia abajo. —Se ve tan tranquilo cuando duerme.

—Sí. —Estudio las características de Vicente como si fuera a encontrar allí todas las respuestas que busco. Su cabello oscuro se movía hacia adelante, cubriendo su frente. Sus fuertes antebrazos cubrían el costado de la cuna. Sus labios se curvan mientras ve a Tomás estirarse mientras duerme. Sus ojos brillan de amor por el niño. Nuestro hijo.

Vicente levanta la mirada y me atrapa con las manos en la masa. Miro hacia otro lado, pero no antes de notar que su sonrisa enferma de amor se convierte en una sonrisa engreída.

Digo algo. —Así que, ¿acabas de llegar a casa? Me he dado cuenta de que sigues en tu traje.

Como si se lo creyera. Obviamente, no estaba mirando su ropa.

—Sí —dice—. Quería cenar contigo, pero había cosas que hacer.

Me muerdo la lengua, sin preguntarme qué quería decir con "cosas" y si de hecho estaba deambulando por las calles para matar a alguien de mi familia.

No es su culpa, me recuerdo. Hasta mi mamá lo dice. Al igual que no es mi culpa que la guerra siga en curso.

—Escuché que fuiste al hospital —pregunto.

—Uno de mis hombres resultó herido. —Vicente está siendo cuidadoso. No hay detalles. No quiero saber qué violentos altercados lo han llevado a la cama del hospital.

—¿Cómo le va?

—Podría ser mejor. Está en coma.

—Lo siento —susurro.

—No es gran cosa. Al menos, no debería serlo. Es parte del trabajo. —Su mirada se dirige hacia Tomás. La vista parece calmarlo, quitarle algo de su cansancio, hacer que el mundo parezca un lugar mejor.

Tampoco quiere poner en peligro a sus amigos y familiares, me doy cuenta. Él tampoco eligió esta vida.

Vicente da un gran suspiro. —Debería irme. Es tarde.

Nos paramos a cada lado de la puerta abierta, con los ojos cerrados.

—Gracias por dejarme quedarme y ver a Tomás dormir un rato. Necesitaba eso —dice.

—No hay problema.

Se queda callado por un segundo, pero no se aleja. —Me encantaría quedarme si te parece bien.

Me imagino su calor envolviéndome bajo las sábanas, sus brazos como un escudo protector, su olor llenando mis pulmones y

extendiéndose por todo mi cuerpo. Me quitaría la capacidad de pensar con claridad. —Tal vez otra noche.

La sonrisa de Vicente permanece, pero puedo ver la decepción en sus ojos. —De acuerdo. Buenas noches, Isabela.

—Buenas noches. —Le doy una sonrisa que espero que ayude a suavizar el golpe.

Se da la vuelta, pero se detiene antes de que cierre la puerta. —Tengo una sorpresa para ti, por cierto —dice.

—¿Sí?

—Sí. Te mostraré algo mañana.

VICENTE

—Wow. ¿Cuándo lo instalaste? —Los labios de Isabela se abren de par en par mientras sus ojos ven el patio de recreo de mi casa.

Una sonrisa se extiende por mi cara. Esa es exactamente la reacción que esperaba. Lo hice bien, si se me permite decirlo.

Antes de salir a buscar a Isabela en Delaware, esta parte del patio trasero era una extensión prístina e ininterrumpida de césped verde. Ahora, un gran parque infantil con escaleras, escaladores verticales y barras de monos se asienta sobre azulejos de goma que rebotan bajo los pies, amortiguando a Tomás cuando cae.

—Tan pronto como me enteré de lo de Tomás.

—¿Como cuando descubriste que era tu hijo? —Isabela mira hacia abajo sus dedos, contando, probablemente tratando de averiguar cuánto tiempo le tomó instalar esta cosa.

Mientras tanto, Tomás no cuestiona nada. Simplemente carga a toda velocidad hacia el extremo equivocado del tobogán, cayendo de bruces mientras intenta abrazarlo. —Oushhh —gime suavemente.

Corro hacia Tomás mientras deja caer su trasero sobre la baldosa de goma.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Isabela con voz tranquila.

Tomás gira su cabecita hasta que encuentra a Isabela, que sigue de pie en el mismo lugar que antes. —Sí. —Él sonrío.

Una inyección de orgullo surge a través de mí. Ni siquiera llora.

Le ofrezco una mano al valiente hombrecito. —¿Necesitas ayuda para levantarte?

Tomás agarra mi mano y se levanta, me da las gracias, y luego rebota en sus pequeños pies. Como si nada hubiera pasado. Tan educado también, con el cortés 'gracias'.

Isabela ha hecho un gran trabajo criando a Tomás por su cuenta. La miro con asombro cuando se me une por el tobogán.

—Yo también me asusté cuando se cayó por primera vez —dice Isabela, con los ojos fijos en Tomás. —Pero luego leí en alguna parte que es mejor para Tomás si me comporto bien.

—Eso es increíble. —Tengo mucho que aprender. Hay tanto para ponerse al día.

Nos quedamos en silencio, los dos evitando lo que hay que decir, temiendo perturbar este delicado equilibrio. Pero sonreír y saludar a Tomás solo puede ocuparnos por un tiempo.

—Me alegra que hayas elegido quedarte aquí —digo y rompo el silencio.

Tarde o temprano tendríamos que tener esta conversación. Pasé toda la noche pensando en nuestra situación, y ahora todo mi cuerpo vibra de inquietud.

Isabela se vuelve hacia mí. Tiene una sonrisa juguetona en sus labios. Se ve hermosa con el sol brillando su cálido resplandor sobre ella. Pero eso ya lo sabía. Lo que me sorprende es la falta de recelo en su hermoso rostro. Por primera vez, parece despreocupada. —Quiero decir que toda mi ropa está aquí. Y todas mis otras cosas también. Así que tengo que estar aquí.

Me río. —Si hubiera sabido que eso era todo lo que se necesitaba, lo habría hecho desde el principio.

—¿Cuándo volaron esas cosas? —pregunta ella, con el pelo flotando en el viento.

Le hago otra ola a Tomás mientras mete la cabeza por un agujero. —Pareces estar muy preocupado por el momento en que hago las cosas. ¿Importa eso?

—No. Me preocupa más la posibilidad de allanamiento de morada, así como el robo —responde Isabela rápidamente, con una sonrisa desprotegida en sus labios. Su vestido se agita con el viento, revelando destellos de sus suaves muslos de porcelana.

Este no es el momento de mirarla con esos ojos. Distráido, le arranco la mirada de las piernas, riendo. —Me he enfrentado a cargos peores.

Su sonrisa desaparece. —No lo dudo.

Maldita sea. Mi boca y yo. Ahora probablemente esté pensando en Bruno.

Todavía puedo verlo en mi mente.

Mi arma apuntando a su pecho. Su arma apretando contra mi sien. Si apretaba el gatillo, James y Oliver lo hubieran matado en ese mismo instante. Sabía que podía irse a casa a su cama caliente, pero había estado bebiendo, y siempre había sido imprudente.

Una sensación de malestar me apretó el estómago. Las náuseas me atravesaron el pecho. Tuve un mal presentimiento sobre este encuentro.

Entonces lo sentí. Un ligero cambio en la presión del metal en mi sien. Estaba a punto de disparar.

Así que lo hice primero. Parpadeé, y él estaba en el suelo, con sangre esparcida por toda su camisa, todo su cuerpo moviéndose sobre un asfalto gris.

—Maldita sea —maldigo.

Espero que Isabela me esté mirando. Pero no hay hostilidad en su mirada. Ni siquiera la ira. Y todavía no ha levantado ningún muro entre nosotros. —He pensado mucho en lo que hiciste. He decidido no culparte por ello.

La miro fijamente.

—Mi madre me lo contó todo. Sobre cómo Bruno se había sentido frustrado por otra cosa que no tenía nada que ver contigo —dice con calma.

Pensé que ese podría haber sido el caso. Nos conocimos en el lugar y momento equivocados. Escucharla directamente de la boca de Isabela levanta un peso de mis hombros que ni siquiera me di cuenta de que llevaba.

—Y ahora estoy segura de que no tuviste nada que ver con el secuestro —dice—. La forma en que mirabas a tu padre... No creo que seas tan buen actor.

—Quería esperar hasta que estuvieras lista. Era importante para mí que tomaras la decisión consciente de estar conmigo. Todavía lo es.

Isabela sonrío. Hay un alegre brillo en sus ojos. Tal vez sea solo mi imaginación, pero parecen más claros de lo que nunca han sido.

—Si me hubieras dicho que te ibas a encargarte de mover mis cosas, habría accedido a volver a casa antes.

Sonrío. —Lo tendré en cuenta la próxima vez que quiera que hagas algo.

Nuestros ojos se cierran, y el tiempo parece detenerse por un momento, hasta que el grito penetrante de Tomás quiebra el aire, seguido de ataques de risa. Nos miramos el uno al otro y nos reímos también, aliviados de que esté bien, sabiendo que ambos compartimos la responsabilidad sobre él ahora.

—He estado pensando por mi cuenta, Isabela —le dije. —Siento mucho haberte ocultado algunas de las cosas feas. En algún lugar de mi mente, sabía que iba a volver a morderme en el culo. Pero no quería asustarte. Eso fue egoísta de mi parte. Lo siento.

—Disculpa aceptada. —Isabela asiente con la cabeza. —Para ser honesta, creo que yo también estaba enfadada conmigo misma. Por mucho que traté de convencerme de lo contrario, no podía dejar de pensar que Bruno seguiría vivo si no fuera por mí huyendo de mi antigua vida.

—Eso no lo sabes. Pudo haberse peleado con otra persona y terminar igual.

—Supongo que tienes razón. Me parece tan tonto ahora que me escapé de esto. —Isabela recorre con su mirada nuestro alrededor y luego me mira a los ojos. —De ti.

¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? Alcanzo el desfiladero entre nosotros, cerrando el espacio con mi mano. —¿Has decidido quedarte entonces? Eso significaría mucho para mí. Porque no sé cuándo pasó, pero tú y Tomás se han convertido en las cosas más importantes de mi vida.

Mi corazón salta a mi garganta mientras espero. Se siente como una eternidad, pero probablemente solo le toma a Isabela dos segundos para sonreír y asentir con la cabeza. —Sí, Vicente. Me encantaría que nos convirtamos en una familia.

Casi no puedo creer lo que oigo.

Familia. Esa palabra solía significar otra cosa: deber, obligación.

Pero ahora que Isabela y Tomás han entrado en mi vida, está tomando un nuevo significado. Felicidad.

Todo lo que es bueno en el mundo.

Levanto su mano hasta mis labios y le beso los nudillos. —No te arrepentirás, gatita. Te haré feliz. Tú y Tomás y nuestros otros hijos.

Me estremezco cuando me doy cuenta de cómo la he llamado. Me dijo específicamente que no la llamara 'gatita'. Pero ahora parece que no le importa. —Nuestros otros hijos, ¿eh? —pregunta.

Me encogí de hombros. No voy a retractarme de eso. Desde que vi a Tomás, incluso antes de saber que era mi hijo, quería que Isabela tuviera otro bebé.

Esta vez, estaré ahí para ella desde el principio. Le compraré cualquier cosa extraña que ansíe durante el embarazo, la tomaré de la mano en la sala de partos, y pasaré las noches sin dormir de las primeras horas de la noche.

Viviré la paternidad con ella.

—Vicente, hay algo más que tenemos que discutir antes de empezar a hacer planes para el futuro.

Mi corazón se detiene. —¿Qué pasa, gatita?

—Quiero que me prometas algo.

—Cualquier cosa.

Ella sonrío irónicamente. —No hables demasiado pronto.

—Dime lo que quieres, y haré que suceda.

El miedo parpadea en sus ojos. —Quiero que me prometas que Tomás, y cualquier otro niño que podamos tener en el futuro, no estará involucrado en el negocio familiar.

—Hecho.

Isabela da una risa incómoda. —Piensa antes de hablar.

Hago una pausa de dos segundos. —Hecho.

Su risa se desvanece, y me mira profundamente a los ojos como si estuviera buscando respuestas. —Hablo en serio.

—Yo también. —Hago una pausa. —A mi padre no le gustará mucho. Y apuesto que el lado de tu familia tampoco estará encantado. Pero que se jodan.

—¿Lo dices en serio? —pregunta ella, con la esperanza apareciendo en su voz.

—Te lo dije, haría cualquier cosa por ti. Y nuestros hijos. —Asiento con la cabeza, sonriendo. Puse mi mano en su cintura y la

acerqué. —Te quiero, gatita.

Su cara se ilumina, y ella me irradia. —Yo también te amo.

Epílogo Isabela

~ ~ ~ ~ ~ *Nueve meses después* ~ ~ ~ ~ ~

Me siento en una jaula, con mis manos envueltas alrededor de las barras de metal mientras mis piernas cuelgan sobre el borde.

No es una jaula figurativa. Literalmente estoy suspendida del techo, usando solo un sostén de encaje negro y bragas haciendo juego. Una venda en los ojos me ha robado la vista, así que todo lo que puedo hacer es pincharme los oídos y escuchar.

Mi corazón golpea mi pecho, regular, pero rápidamente.

No es frecuente que Vicente y yo nos tomemos una noche libre de ser padres, así que me alegro de que esté convirtiendo esto en un acontecimiento.

Tomás va a pasar la noche con mis padres. Tan pronto como lo dejamos en la casa en la que crecí, Vicente tenía una sonrisa de gato de Cheshire en la cara.

—¿Qué? —pregunté con un tono sospechoso.

Vicente es muy bueno para mantener su trabajo fuera de casa, y yo he estado felizmente inconsciente de lo que hace durante todo el día (y la noche). Cuando tenemos tiempo libre, lo pasamos con Tomás. Así que no tenía ni idea de qué esperar.

—No vamos a casa —dijo. Me tiró una caja negra en el regazo. Tiré de la cinta negra y brillante y abrí la caja para encontrar la ropa interior de encaje que estoy usando ahora.

Por lo que pude ver antes de que Vicente me pusiera una venda en los ojos, esta habitación tenía el mismo aspecto que la noche que nos conocimos. La misma cama. El mismo espejo de gran tamaño. El mismo interior oscuro y premonitorio.

Excepto que había una jaula colgando del techo. Al igual que una jaula de pájaros, tenía un fondo plano y sólido y una cúpula hecha de barras de metal dorado.

Vicente me levantó y me dejó aquí, diciéndome que esperara. No dijo cuánto tiempo. Su única instrucción era no jugar conmigo misma.

Es irónico, supongo. Yo sentada en una jaula dorada.

Al crecer, sentí que vivía como un animal enjaulado, atrapada por las reglas restrictivas de mi padre. Pensé que me había escapado cuando me deshice de mi identidad en el bosque, pero cambié una cárcel por otra. No podía dejar el país y vivía con miedo.

Ahora que estoy con Vicente, por fin sé lo que es la libertad. Como esposa de un mafioso, por supuesto, no puedo vivir como la mayoría de la gente. Pero estoy haciendo las cosas que quiero hacer de todos modos. Elegí esta vida. Quiero vivir con Vicente, criando a Tomás juntos.

No estoy viviendo en una jaula. Estoy en casa. Justo donde quiero estar. Figurativamente.

Dicho esto, aunque esta jaula literal no fue idea mía, me encanta.

No puedo dejar de pensar en lo que hará Vicente cuando vuelva aquí. ¿Está aquí conmigo, viéndome mientras sus intensos ojos arden de lujuria?

Podría estar sentado en el sofá de la esquina de la habitación como lo estaba la primera noche. Podría estar dando vueltas alrededor de la jaula ahora mismo, y sus pasos son silenciados por la gruesa pila de la alfombra.

Podría tocarme en cualquier momento. Forzar su mano entre mis piernas. Mis muslos están separados por las barras de la jaula. Obscenos. Accesibles. Vulnerables.

La humedad se me escapa, me pongo la ropa interior. Me adelanto, presionando mi calor contra una barra de metal. La jaula se balancea en el aire mientras balanceo mis caderas.

—Malo, mala gatita. —Una voz profunda atraviesa el aire y me estremece en la quietud. La jaula se balancea desde el momento, traicionándome, arrojando una luz brillante sobre mi transgresión secreta. —¿Qué te dije?

Mi corazón salta a mi garganta. —Dijo que no jugara conmigo misma, señor.

—Así es. —Se acerca, aunque no puedo oír sus pasos. Cuando habla de nuevo, suena como si estuviera rodeando mi jaula, con su voz que viene de todos lados. —¿Y qué hiciste?

—No me toqué a mí misma. —En el fondo, sé que no se tragará esa excusa. Pero una parte de mí quiere ser castigada, que Vicente suelte a la bestia salvaje que lleva dentro.

—Hmm... Crees que encontraste una laguna jurídica, ¿eh?

Grito mientras la jaula se inclina violentamente hacia un lado. Vicente debe haber tomado las barras y apoyado su peso en la jaula. —Lo siento, señor.

—Así me gusta más —dice sombríamente. —Pero tendré que castigarte.

Un pequeño gemido se me escapa de los labios. Mi corazón late más rápido. Mi adrenalina sube. La llama en mi vagina arde más brillante.

La jaula se balancea de lado a lado como un péndulo, mi trasero desnudo va moliéndose incómodamente contra el piso de metal duro, mis manos están agarrando las barras tan fuerte que mis nudillos deben estar volviéndose blancos.

Justo cuando tengo el equilibrio bajo control, la jaula se detiene abruptamente. Un ligero toque en la pierna me hace saltar. Vicente se ríe. Obviamente, encuentra mi reacción divertida.

—Una gatita en una jaula —dice mientras sus dedos dejan un rastro serpenteante por mi muslo. —Toda mía para jugar.

Empujé mis caderas hacia adelante, tratando de tener más contacto con su mano. Pero en vez de eso, se aleja, rompe el contacto, y todo lo que puedo hacer es quejarme de frustración. Me muevo hacia adelante hasta que el calor me presiona contra una de las barras de hierro, pero Vicente me da una palmada en la parte superior del muslo y me congelo.

—Parece que no eres capaz de escuchar, gatita. —El tono oscuro de Vicente es una advertencia. Su mano agarra mi muslo de una manera que me dice que me quiere, pero se está conteniendo. —No se te permite jugar contigo misma. Eso significa que no puedes

tocarte con las manos y que tampoco puedes llegar al orgasmo de otra manera. —Abro la boca, pero Vicente habla sobre mí. —Y sé que no te viniste. Aún no está permitido.

Una gran y cálida mano agarra mi mandíbula y me gira la cabeza.

—Quiero ver tu linda cara —dice Vicente, con su mano subiendo por mi muslo. —¿Sabes por qué no puedes jugar contigo misma, gatita?

—Porque usted lo dice, señor. —Afinco mis dientes en mi labio inferior, tratando de mantener mi cuerpo quieto. Sé que tan pronto como haga el más mínimo movimiento, Vicente dejará de tocarme, y eso es lo último que quiero.

—Buena respuesta, gatita. Pero no es eso. No puedes jugar contigo misma porque esta vagina -me agarra por encima de las bragas- es mía. No es tuya. —¿Lo entiendes?

El calor de la palma de la mano de Vicente se filtra a través de mis bragas, y me siento cada vez más húmeda. Probablemente puede sentirlo a través del encaje. —Sí, señor.

—Bien. —Su palma presiona contra mi vagina, haciéndome gemir.

Quiero ponerme en su contra. La presión que se acumula dentro me está matando. Cada célula de mi cuerpo me está instando a hacerlo, a frotarme contra él, a ir en contra de sus órdenes.

Pero me contengo. Me muerdo el labio hasta que me duele, hasta que me sabe a óxido que se me escapa de la piel rota de la lengua.

Quiero ser una buena chica para él. Incluso si me duele. Es la única manera de que me dé satisfacción. Tengo que darle lo que quiere para que me dé lo que necesito.

El sonido agudo de las cadenas de metal me dice que Vicente me está dejando salir. —Una buena chica merece una recompensa — dice mientras me abraza y me carga. Inclino mi oreja contra su clavícula, escuchando sus latidos calmantes. ¿Qué me va a hacer?

Mi corazón se acelera ante la incertidumbre de todo esto. Pero al mismo tiempo, confío en él. Completamente. Puede hacer lo que quiera; sé que tiene mi placer en el frente de su brillante mente. Vicente se ocupará de mí.

Grito mientras me arroja a la cama. Salto un poco hasta que mi espalda se asienta sobre el satén fresco y lujoso.

—Una recompensa por una buena chica —repite Vicente. —Pero primero, ese castigo que mencioné.

—¿Qué me va a hacer, señor? —Aunque la oscuridad cubre mi visión, giro la cabeza de un lado a otro, tratando de determinar dónde está Vicente, buscando pistas.

—Pronto lo sabrás —dice. Lo oigo abriendo y cerrando cajones. Escucho con el corazón en la garganta mientras algo cruje. No puedo verlo, pero siento que su presencia dominante se está acercando.

Luego, sin previo aviso, algo caliente gotea sobre mi estómago y me hace chillar.

—Está bien. —La voz de Vicente es tranquilizadora. —Vas a estar bien.

Respira. Todo lo que derramó sobre mí se enfría rápidamente y se endurece contra mi piel, el dolor se convierte en un suave calor.

—No estuvo tan mal, ¿verdad? —pregunta Vicente, dándome claramente una salida si quiero terminar este juego, pronunciar mi palabra de seguridad. —Era solo un poco de cera.

Mientras Vicente acaricia mi piel con sus dedos, el calor que irradia desde el punto justo encima de mi ombligo envía ondas de placer a mi vagina, haciendo que mi cuerpo anhele más.

—¿Estás bien, gatita? —Su voz es suave.

Asiento con la cabeza. —Sí.

—Bien. Ese fue tu castigo por jugar contigo misma. ¿Recuerdas el día en que te dije que no te pusieras nada debajo de la falda y me desobedeciste?

Me refresco la memoria. —Íbamos al parque. Había otros padres allí.

—Sí. Por eso quería que lo hicieras. No habría sido muy divertido ir dando órdenes a casa —dice—. Ahora, solo por quejarte de ello, doblaré tu castigo.

—Lo siento.... —Mi propio grito corta mi palabra medio formada.

—Son dos, gatita —anuncia Vicente mientras la cera se desliza por mis costados antes de que se solidifique, formando una capa

protectora sobre mí.

—Queda otro —digo yo.

—Exactamente. Pero no te castigaré ahora —dice—. Estás haciendo que se me ponga tan duro que no puedo concentrarme.

Una sonrisa juega en mis labios, y pongo mis manos sobre el borde de la cama, tocando los muslos de Vicente y buscando hasta que encuentro la evidencia. Me estaba diciendo la verdad. Su pene es un bulto grande y duro en la parte delantera de sus pantalones.

Vicente gime mientras su pene salta bajo mi toque. Rápido como el rayo, se despoja de sus pantalones, eliminando la barrera entre nuestras pieles. Mis dedos absorben el calor de su varilla de hierro y trazan las venas a lo largo de su eje.

—¿Puedo, por favor, chuparle el pene, señor?

—Por supuesto. —La rapidez con la que responde hace que mi sonrisa sea aún más amplia. Siento que sus manos me agarran y me ponen en posición, con la cabeza colgando sobre el borde de la cama. Su voz es ronca cuando vuelve a hablar. —Abierta.

Dejé mi boca abierta para él, sintiéndolo empujar cada vez más adentro. Su grosor estira mis límites, haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas. Pero los gruñidos bajos que hace Vicente, el sutil movimiento de su pene, la textura casi aterciopelada de ese monstruo, hacen que no pueda parar.

Incluso si no estoy completamente cómoda, aquí es exactamente donde quiero estar, haciendo exactamente lo que quiero hacer. Lo que sea que me acerque a Vicente, ahí es donde reside mi felicidad. Incluso si la gente piensa que está mal o pervertido. Aunque nadie más lo entienda.

Cuando Vicente sale de mí, un fino hilo de saliva me atraviesa la mejilla. Hace un sonido bajo, casi un gruñido animal. —Tengo que tenerte.

—Mi vagina es suya, señor. —Separo mis piernas, sabiendo que eso solo abrirá su apetito. Quiero que me devore, que desate su hambre, que me folle hasta que nos haga trabajar a los dos en un frenesí loco.

—Así es —dice, subiendo para ocupar el lugar que le corresponde entre mis piernas abiertas. Me quejo cuando me tira de

las bragas y me agarra de los muslos. —Mierda. Estás tan jodidamente mojada. Estás tan mojada por mí.

Al sonido de su gruñido, mi vagina reacciona como por instinto, apretándose alrededor del aire, anhelando ser llenada. —Estoy lista para usted, señor.

—Lo sé. Puedo oler tu calor. —Me empuja, no despacio, no con suavidad. Solo hace falta un movimiento suave para que se entierre hasta la empuñadura, dejándome sin aliento.

—Oh, Dios. —El acolchado insonorizado de todas las paredes absorbe mis gemidos. Nadie puede oírnos. Solo somos Vicente y yo. Es bueno que confíe en él completamente porque no podría llamar a seguridad desde aquí dentro.

Ahora que soy un poco mayor y un poco más sabia, me doy cuenta de lo estúpida que fui al aceptar entrar en la habitación privada con Vicente la noche que nos conocimos. Podría haber sido un asesino con hacha por lo que sé.

Al mismo tiempo, no podría estar más contenta de que pasara. Sin esa noche, no habiéramos tenido la oportunidad de conocernos fuera de la influencia de nuestras familias. Seguramente es probable que no hubiera tenido que fingir mi propia muerte, y no habríamos tenido que perdernos cuatro años de unión.

Pero no lo haría de otra manera.

Mi excitación aumenta y aumenta hasta que siento que el clímax está a mi alcance. Y entonces, Vicente me saca.

Alcanzo mis manos hacia donde creo que está, intentando agarrarlo.

—Paciencia, gatita —dice.

Grito cuando el calor me pica la piel otra vez. Cera. El tercer castigo.

—Estás bien —dice suavemente, con el dedo apretando contra mi clítoris y frotándome en círculos perezosos. Me mete dos dedos más en mi vagina. Mis gimoteos se convierten en gemidos, incluso cuando él presiona un dedo resbaladizo contra mi culo.

Mis mejillas arden. No sé si me avergüenza el placer que siento cuando sus dedos me invaden el culo, o si estoy ardiendo de lujuria. Tal vez sean ambas cosas.

Los dedos de Vicente me llevan cada vez más alto con cada golpe, cada empuje. Justo cuando vuelvo a sentir el clímax a mi alcance, me saca los dedos de encima.

Abro la boca para protestar, pero luego presiona la cabeza de su pene contra mi culo. Mi corazón me golpea en el pecho. Hemos hablado mucho de esto, pero nunca lo hemos hecho.

—Relájate, gatita —dice. Entonces, se mete dentro de mí. Va despacio, retrocediendo cada vez que se encuentra con cierta resistencia. Cuando mi frente está cubierta de sudor, oigo su voz. —Estoy hasta el final. ¿Cómo se siente, gatita?

¿Qué se siente al tener mi cereza anal reventada? Pecado. Sucio. Y excitante. Siento que Vicente se ha apoderado completamente de mí.

—¿Se siente bien? —pregunta de nuevo.

Mordiéndome el labio, asiento con la cabeza. Ni siquiera puedo hablar.

Poco a poco, Vicente me folla más fuerte y más rápido, sus dedos acarician el interior de mi vagina y mi clítoris. Ya sensible desde la cercanía de mis orgasmos, llego al clímax y me siento como si me estrellara contra el borde. Me agarro a los brazos fuertes de Vicente mientras mi vagina se aprieta a su alrededor.

Con un fuerte gruñido, me golpea más fuerte y sus dedos se clavan en mi carne. Lo siento sacudirse en el culo, es una sensación extraña y sensual. Me agarra de las caderas cuando se viene, tirando cuerdas de semen dentro de mí.

Como de costumbre, Vicente me abraza y me acaricia suavemente, sus manos son un bálsamo calmante. —Me sorprendería mucho si hubiéramos causado otra concepción sorpresa.

—Bueno, sí. No estás exactamente en el lugar correcto para la concepción. Biología básica. —Riendo, enciendo mis brazos alrededor de Vicente. Esta vez, no huiré de él. Nunca.

Vicente me ha arruinado para otros hombres. Ni siquiera puedo fantasear con el sexo con otra persona. No puedo ir a menos que sea el pene de Vicente dentro de mí, a menos que sean las manos

de Vicente las que me hagan daño y me traigan placer al mismo tiempo.

Aunque le guste infligirme dolor en el cuerpo, Vicente es el hombre con el que estoy destinada a estar. Aunque no sea perfecto, esta es la vida que debo vivir.

Epílogo Vicente

~ ~ ~ ~ ~ *Cinco años después* ~ ~ ~ ~ ~

—¿Estás bromeando? —La mandíbula de Isabela se abre, medio indignada, medio riendo.

—Dios mío, papá. ¿Puedo entrar ahí? —pregunta Tomás emocionado.

Le erizo el pelo a Tomás. Solía hacer esto con la mano colgando a mi lado, ahora casi hasta los hombros, y él se escabulle cuando intento hacerlo. Es un verdadero desafío. Vivo una vida dura, lo sé.

Hoy, sin embargo, Tomás se mantiene en su lugar, aunque está casi vibrando por la emoción. Sus ojos maníacos se deslizan entre mi cara y la casa del árbol.

—Por supuesto. Es tuyo. —Apenas termino de hablar antes de que Tomás salga corriendo hacia la nueva adición a nuestro patio trasero.

—Me fui por una semana, y a esto es a lo que llegué a casa. — Isabela sacude la cabeza, pero la pequeña sonrisa en sus labios me dice que al menos está un poco contenta. —¿Sabes cuánto tiempo me llevó encontrar un regalo de cumpleaños para él en París? ¿Y cuánta molestia fue enviarlo a casa? Y ahora, me has eclipsado.

—¿Qué le compraste? —pregunto. El sol todavía cuelga bajo en el cielo, y nadie le ha dado a Tomás regalos por su noveno cumpleaños todavía, nadie más que yo.

—Este barco a batería, fabricado a pedido —dice con un suspiro.

—Es un buen regalo. —Me detengo, doblando los brazos sobre mi pecho mientras miro la gloriosa estructura de madera que se alza sobre un gran árbol. Hay una escalera de acceso, por supuesto, así

como un puente que lo conecta con el siguiente árbol. Incluso hay un balcón envolvente. —Solo que no tan bueno como el mío.

Isabela me pega juguetonamente en el bíceps. —¿Te diste cuenta de que Tomás estaba dando pistas sobre un equipo de construcción de robots la última vez que Olivia y Ethan vinieron?

—Sí. No me lo podía perder. La semana pasada le envié a Ethan un enlace de compra del equipo, pero me dijo que Javier ya le había mostrado exactamente qué modelo comprar y dónde comprarlo. Tomás no ha sido exactamente sutil. —Me río, recordando la conversación que tuve con mi mejor amigo, que también es mi cuñado. Nuestros hijos ahora también son duros como ladrones.

—Dios, incluso consiguió que Caleb trabajara para él. —Isabela sacude la cabeza, incluso cuando sus labios se curvan ligeramente. En el fondo, sé que está contenta de que Tomás esté creciendo con mucho amor de ambos lados de la familia. Incluso Valentina se ha convertido en un ser humano decente y en una tía cariñosa con mis hijos.

Casi inmediatamente después de la boda, mi papá y su padre se hicieron amigos. Me parece que siempre se habían respetado a pesar de la guerra intergeneracional.

Ahora que ambos son abuelos de los mismos niños, no es raro encontrarlos fumando cigarrillos juntos mientras se muestran fotos de dichos niños en sus teléfonos.

—Me parece un acuerdo mutuamente beneficioso. ¿No has notado que Tomás nos está ayudando a elegir un regalo para Javier por su último cumpleaños? —Dibujo citas en el aire.

—¿Crees que tal vez lo estamos malcriando?

—¿Tomás? No. Tienes que admitir que estaba superando a su viejo set de exteriores —digo, señalando al patio de recreo que instalé hace seis años cuando Isabela y Tomás se mudaron por primera vez.

—Supongo que tienes razón. Yo solo....

—¿Qué es eso? —Una voz aguda viene de detrás de nosotros. Nos damos la vuelta para encontrar a nuestra Elisa, nuestra hija de cuatro años, saliendo de la casa, frotándose los ojos con incredulidad.

La gente dice que los niños son como pequeños borrachos, y tengo que decir que veo eso en mis hijos. Con su pelo desordenado y su paso soñoliento e inestable, Elisa parece que acaba de tener una gran noche en el bar.

—Se llama casa del árbol, cariño. Es un regalo de cumpleaños para Tomás. —Isabela arroja su brazo sobre los hombros de Elisa, pero ella se escabulle, resbaladiza como una anguila, y luego continúa su aturdida caminata hacia la casa del árbol.

Me río. Estos chicos son los compañeros de cuarto más graciosos que he tenido en mi vida.

Isabela emite otro suspiro. —Solo tiene tres años. El viejo patio de recreo está bien para ella. Le encanta.

—Claro. Pero no hay razón por la que no pueda disfrutar de ambas. —Sonrío.

—Veo que esto se convertirá en una pelea antes del mediodía.

—Qué optimista. —La acerco y le beso la frente. —No te preocupes. Hay mucho espacio para todos allá arriba.

Con mis hijos, vivo una vida plena. Sin embargo, no siempre puedo pasar un día entero con ellos, a menos que sea una ocasión especial como la de hoy. Isabela de alguna manera se las arregla para mantener el fuerte, incluso se lleva a los niños de vacaciones con sus padres cada pocos meses.

—¡Mamá! ¡Papá! —Tomás y Elisa se sujetan a la barandilla del balcón y nos saludan mientras saltan arriba y abajo, riéndose y gritando.

Isabela se ríe mientras ambos saludamos a los niños. —Bien, lo admito; es un gran regalo.

—Lo sé. —Le muestro una sonrisa engreída.

El brillo de la alegría en los ojos de Isabela siempre me traerá alegría. Aunque lo veo todo el tiempo, sé que nunca me aburriré de él. Hacerla feliz siempre me hará feliz.

—No puedo creer que ya esté tan grande. —Isabela sonrío mientras mira con nostalgia a los niños que entran y salen corriendo de la casa del árbol. Ella grita: —¡Oye, ten cuidado ahí arriba!

—Estarán bien. Los rasguños y los moretones son una parte normal de la niñez —decía algo que leí en uno de los libros sobre la

crianza de los hijos que Isabela tenía en su regazo en una ocasión.

Los rayos dorados del sol matutino hacen que Isabela parezca que casi brilla cuando se ríe. Una década después de conocernos, está tan guapa como siempre. —Siempre sabes qué decir. Es molesto.

—Oh, vamos. Te encanta. Tú me amas. No puedes evitarlo.

Isabela me mira por el rabillo del ojo. No está haciendo un buen trabajo suprimiendo su sonrisa. —De acuerdo. Sí, lo sé. Pero a veces puedes ser muy irritante, especialmente cuando llegas tarde a casa y me dejas para que me defienda entre estos pequeños monstruos.

He estado ocupado. Sé que Isabela se preocupa cuando estoy trabajando. Cree que voy a vagar por un callejón, golpeando a un tipo y tirándolo a la basura, o algo peor.

Hace seis años, cuando Isabela decidió quedarse en mi vida para siempre, supe que ese era el camino de menor resistencia para ella. Era la mejor opción para Tomás.

Estaba encantado de que eligiera estar conmigo, por supuesto. Pero también le pedí una y otra vez que se asegurara de que esta fuera la vida que ella quería. Sin falta, dijo que sí.

Pero también detecté un poco de tristeza en sus ojos, cada vez. Una tristeza en su voz cada vez que la llamaba para decirle que llegaría tarde a casa. Ser la esposa de un mafioso no es un paseo por el parque.

Y es por eso que he estado trabajando aún más duro y pasando más tiempo fuera de casa. Así no tendrá que quedarse sentada y preguntarse si volveré a casa de una pieza.

—Yo también tengo un regalo para ti —digo, con una gran sonrisa que se extiende de oreja a oreja. Planeaba decírselo esta noche, después de la fiesta de cumpleaños, pero el secreto está rogando que se sepa ahora.

—¿Dónde escondiste la otra casa del árbol? —pregunta ella, agarrando su cuello para ver el patio trasero.

—Gracioso. No vas a tener una casa en el árbol.

—¿Una mazmorra, entonces? Con una jaula, algunas sujeciones, remos... Es muy difícil encontrar tiempo para ir al club últimamente.

—Me dispara una sonrisa traviesa y coqueta.

—Me encanta tu sucia mente. Pero es mejor.

Isabela inclina la cabeza con curiosidad.

—¿Recuerdas el asunto secundario en el que he estado trabajando? —Durante los últimos tres años, he estado trabajando con una empresa constructora para construir un edificio de apartamentos en un barrio prometedor.

Isabela se arruga suavemente las cejas. —Sí....

—Finalmente terminamos la construcción la semana pasada. El administrador de mi propiedad ya ha empezado a comercializarlo, y ya tenemos un montón de solicitudes.

—Vaya. Es una gran noticia —dice Isabela, obviamente sin entender el significado de la noticia todavía. Ella sonrío. —Entonces, ¿me darán una unidad?

—No me estás entendiendo.

—Ya te tengo a ti —dice ella.

—He estado dejando ir lentamente el negocio de mi padre, vendiendo nuestros activos, entregándolos a otras personas. No te lo dije porque quería esperar hasta que todo estuviera arreglado. Y ahora, está hecho. Estás viendo a un empresario completamente legal.

—Así que ahora tengo una oficina que puedes visitar en cualquier momento. Y he contratado a gente para que maneje el negocio por mí. —Me río. —A Oliver y a James les va a costar mucho adaptarse, pero serán grandes ayudantes.

Mientras hablo, la cara de Isabela se ilumina. —¿Hablas en serio?

—Yo no mentiría sobre algo así.

—¡Oh, Dios mío! —Isabela chilla tan emocionada como Tomás hace unos minutos, saltando arriba y abajo mientras me abraza.

—¡Lo sé! —Salto con ella. —Soy el mejor donante de regalos de todos los tiempos.

Isabela se ríe, y eventualmente, nos quedamos quietos, jadeando mientras nos abrazamos. —Me estoy haciendo demasiado viejo para saltar así.

Me río. —Nunca serás viejo a mis ojos.

—No sabía que estabas trabajando en algo así.

—Ya he perdido mucho tiempo. No quiero perderme nada más. Quiero estar a tu lado mientras nuestros hijos crecen.

—Te quiero —susurra. Cuando su mejilla roza mi cuello, siento algo mojado en mi piel.

—Yo también te quiero, gatita. Y espero que sean lágrimas de alegría.

Se ríe. —Por supuesto. No puedo ser más feliz.

Fin

¡Muchas Gracias!

Sería un enorme ayuda si me dejas un comentario honesto en el sitio de Amazon. De esta forma ayudarás a otros lectores a conocer tu opinión sobre la novela y a mi me ayudas enormemente para saber que te gusto y que puedo mejorar como escritora.

Un fuerte y caluroso abrazo, tu amiga.